

Oscar Gueller

El criminólogo 





El criminólogo

1.ª edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

© Oscar Gueller

© El criminólogo

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
X: @elperroylarana

Edición y corrección

Luis Enríquez
Héctor González

Diagramación

Arturo Mariño

Diseño de portada

Roberto Chávez Pabón

Hecho el Depósito de Ley:
ISBN: 978-980-14-5404-5
Depósito legal: DC2023001792

Oscar Gueller

El criminólogo

Una crónica del delito
desde la naturaleza humana

*A Esther Díaz, mi amor eterno.
A Oscar Josué, Jeferson y Julián,
mis custodios, quienes me hacen
ser una mejor persona cada día.*

NOTA EDITORIAL

Esta historia está basada no en una, sino en múltiples semblanzas de la vida real. La mayoría de los nombres han sido cambiados para proteger la identidad de los protagonistas y como homenaje a otras personas también auténticas. Sin embargo, las referencias a algunos personajes históricos mantienen sus nombres verdaderos debido a que los hechos narrados en torno a estos son conocidos por la mayoría del público.

PRESENTACIÓN

I

Nos encontramos ante una obra científica, lironda, fresca, de novel escritura y sin pretensiones literarias, cuyo autor transita con el personaje principal –Félix Segovia– sus avatares y compromisos. Un camino signado por el devenir de un criminólogo, profesión de corta edad en su país, de muy alta demanda en cuanto a sus servicios y con gran proyección de futuro, pero frecuentemente desdibujada en su comprensión y pertenencia. Lo que muy probablemente el autor busca esclarecer en su peregrinar del personaje Félix Segovia en los diferentes escenarios de su acometer criminológico.

Acercarnos a su lectura desde el prejuicio de las comparaciones no sería ecuánime, pues bien es sabida la existencia de obras de envergadura literaria y de paradigmática pertinencia criminológica. Bastaría mirar de un lado o del otro para toparse desde La Biblia con el asesinato de Jesús o el de su preterito antecesor Abel; el *Macbeth* de Shakespeare; de Fiódor Dostoyevski *Crimen y castigo*; *El Asesinato en el Oriente Exprés* de Agatha Christie; *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos; o *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa, entre muchas otras. Pero, como

ya se dijera, no viene al caso ni al estilo científico de escritura comparación alguna.

El criminólogo de la obra que nos ocupa tiene la virtud terrena de ser un mortal, que en nada busca emular el cliché de los superhéroes insensibles, superdotados y sobrehumanos. Por el contrario, este es un personaje sensible y conocedor de las estrategias de intervención y acompañamiento individual y colectivo. Un criminólogo que, en el acaecer lógico de un profesional respetable —no forjado de la noche a la mañana, por generación espontánea, a la usanza de estos tiempos—, a sus cuarenta años y con casi la mitad de ese tiempo de graduado, habría labrado la experticia necesaria y como consecuencia de esta el reconocimiento por su labor.

Para Félix Segovia “la criminología es una ciencia multidisciplinaria que se encarga de estudiar el delito y la conducta desviada con todos los elementos que componen a los mismos, así como de la reacción social ante estos. Para la que, lo más importante es el ser humano, las personas, la gente. Tanto de manera individual como colectiva”.

Entre los diversos personajes y sus muy disimiles tramas el autor recorre junto a su personaje principal la fenomenología de la otredad, descifrada en la violencia en la pareja o violencia doméstica y su desenlace en homicidio-suicidio; en el campo, monte, frontera y la guerrilla, donde un personaje como Sócrates, enseña que no siempre se sabe a quién se tiene al frente.

Además de ello, en el ambiente penitenciario donde Félix Segovia desarrolló sus prácticas de campo como criminólogo en formación había una realidad inverosímil y “siniestra”, en

un país con un cuestionado Estado de Derecho: en los consumidores de sustancias psicoactivas; en las siluetas de mujeres bellas, algunas de ellas saboreando con él los sin sabores del amor, al igual que en los *intrínquilis* de los personajes famosos o no de la política venezolana.

Por último, es necesario apuntar que, tanto en el autor como en su personaje principal se trasluce la inclinación por dedicarse a esa particular forma de vida o de trabajo, la de criminólogo, aun a sabiendas que su vocación y el “grueso de sus labores no le reportaba beneficios económicos”, lo que no es nada extraño en la realidad para los diversos profesionales en Venezuela y, sin embargo, aquí continuamos haciendo lo que amamos.

DR. FÉLIX ÁNGELES

II

La vida es un escenario donde suceden cosas, como escribió una vez Clifford Geertz sobre lo que sería la cultura. El delito, el crimen, las pasiones y la compleja naturaleza humana los abordamos desde diferentes circunstancias y miradas. Los abordamos desde la propia vida, desde nuestras subjetividades, desde la academia, desde el arte. Oscar Gueller escribe esta novela combinando estos elementos, de manera elocuente y muy intensa, ofreciéndonos la maravillosa posibilidad de acercarnos a la vida, combinado sus escenarios, desde la literatura.

Cuando terminé de leer la novela *El criminólogo. Una crónica del delito desde la naturaleza humana* de Oscar Gueller —mi querido Oscar Gueller—, tenía una especie de nudo en el estómago y la respiración entrecortada, leyendo un final preciso, esperanzador, a pesar de encontrarnos con la debilidad humana y la traición. Durante esta lectura pasé por una infinidad de emociones a la vez que me iba exigiendo hacer reflexiones criminológicas. De golpe todos los años que estuve dando clases en la Escuela de criminología se vinieron encima. Y me sentí más cerca de la criminología que nunca.

Le escribí un mensaje de texto a Oscar cuando me disculpaba por la tardanza en la entrega de este prólogo. Le decía “Estoy con el corazón palpitante. Las emociones me tomaron de golpe. Es celebración lo que hay en estos días, gracias a un amigo un tanto raro, que hace una de las mejores criminologías

desde una ficción aparente. Estoy escribiendo. Todo es tan bello y estruendosamente humano”.

Esta novela no me permitió dejarla de lado ni un momento, a pesar de una cotidianidad muy exigente en mi vida por estos días. La manera como escribe provoca una especie de adicción en su estilo narrativo, con una potente construcción de cada personaje. Una adicción por la profundidad que tiene al abordar cada uno de los personajes, por la sensibilidad frente a la propia naturaleza humana y las relaciones que se construyen, se crean, se deshacen, se desvanecen o profundizan según lo que vaya aconteciendo.

En esta novela Gueller ha desarrollado aspectos emocionales, valores, empatías que permiten introducirnos hondo en el fenómeno del crimen y de todo lo vinculado con lo humano, con esa condición que nos define y dibuja. Con estos elementos nos da la oportunidad de comprenderlos en profundidad, de abordar sus significados. Esta novela nos permite apreciar la variedad de actitudes desviantes suspendiendo lo temporal o permanente de la moralidad convencional. Esta historia es muy nuestra, habla de las vidas de nuestra gente, relatos sacados de historias y cotidianidades que tenemos cerca, con las que nos tropezamos en la calle, en las redes, en los textos que leemos, en lo que escuchamos en los pasillos de nuestra propia Escuela de criminología. Además se da en un contexto histórico y político de mucha complejidad y muy exigente, tanto en lo político como en lo social.

Las historias y narraciones de vida encontradas en esta novela tienen una inmensa fuerza. Desde acá vemos a la criminología posicionarse, desde la literatura, desde historias narradas,

partiendo de la idea de que las historias son importantes para responder a las preguntas de quiénes y qué somos, tal como lo platearan Jerome Bruner, Anne De Fina y Catherine Riessman cuando se referían a las posibilidades que encontramos en el análisis narrativo temático, en base a información obtenida a partir de autobiografías escritas y entrevistas con el formato de relatos de vida. De esta manera se evidencia las potencialidades del lenguaje literario para discutir y ampliar el debate sobre temas relevantes de los distintos paradigmas criminológicos.

Apostamos de esta manera al reto de ver y hacer criminología desde otros horizontes, otras maneras, creativas, empáticas, profundamente humanas, enfrentándose una vez más, esta vez, de manera contundente, al positivismo que ha marcado tanto a la criminología, creando una deforestación trágica a la interpretación y análisis criminológico.

Esta novela, desde su propuesta literaria, nos da la posibilidad de expresar lo acontecido dentro de lo posible relacionado con la violencia y el crimen, aspectos fundamentales de la criminología, sabiendo además, que la criminología recibe una permanente y cambiante influencia de doctrinas, movimientos y luchas sociales muy variadas como el feminismo, la democracia participativa, el antirracismo, concepciones sobre la libertad, derechos personales, sobre el propio cuerpo, etcétera. La interpretación de los hechos criminológicos busca desenrañar las relaciones entre el castigo y aquello que compone a una sociedad: instituciones, modos de producción, regímenes de poder, lazos de solidaridad, tipos de culturas, etcétera. El camino recorrido en esta novela evidencia las potencialidades

de la literatura para discutir y ampliar el debate sobre temas relevantes de los distintos paradigmas criminológicos.

Gueller nos ofrece una fuente de resistencia y creatividad, sin ningún tipo de obsecuencia respecto de los planteos dominantes de la criminología. Con este escritor caraqueño se puede tratar temas de orden criminológico, se puede también impugnar al castigo, sin ser atrapado por discursos hegemónicos que lo vuelvan aceptable.

DRA. YANETT SEGOVIA

EL CRIMINÓLOGO

*Yo no quiero mirar lo que he mirado
a través del cristal de la experiencia
el mundo es un mercado donde se compran
honores, voluntades y conciencia.*

RAMÓN ORTEGA
VERDADES AMARGAS

1

A medida que se acercaba en su automóvil al Centro Penitenciario de la Región Los Andes en Mérida y atisbaba por enésima vez en su vida las inmensas rejas, las tenebrosas concertinas de seguridad con sus afiladas cuchillas y los imponentes muros blancos que lo rodeaban, volvió a experimentar de nuevo aquel cosquilleo desagradable en el estómago que sin lugar a dudas era la más primitiva y elemental de las emociones: el miedo. Sin embargo, ni aún durante la época más terrible de aquel penal, la cual era conocida por todos como “la guerra”, se sintió tan al borde del pánico como en ese momento. Y es que en ese instante no solo conducía hacia aquel edificio tan familiar, sino que además intuía que estaba conduciendo hacia su destino.

Al llegar a la garita de vigilancia bajó la ventanilla y se anunció con el guardia de turno, entregándole su credencial. Automáticamente, el hombre uniformado de verde la tomó, realizó una anotación en un cuaderno, se la devolvió e hizo

subir la barrera para que pasara el vehículo, de manera que siguió manejando hacia el estacionamiento, que se encontraba prácticamente vacío. Aparcó en un sitio cercano a la entrada, apagó el motor y se bajó del mismo.

Mecánicamente se despojó de su pistola automática, su reloj de pulsera, su anillo de boda, su billetera –de la cual sacó su documento de identificación para colocarlo en un bolsillo–, su teléfono celular, que de igual manera tendría bloqueada la señal dentro del recinto penitenciario y arrojó todo dentro del auto. Aunque gran parte de ese ritual fuese innecesario en ese momento, era una costumbre del anterior período del penal de la cual no había logrado deshacerse.

Se acercó caminando al puesto de vigilancia de la entrada y se percató que estaba comandado por el sargento Romero, un viejo conocido.

—Criminólogo, ¿cómo le ha ido? – lo saludó este de la forma habitual—. Tenía tiempo sin verlo por aquí.

A aquellos que insistían en llamarlo por su título, él se encargaba de aclarárselo muy bien. Durante todo el ejercicio de su profesión había recibido las más diversas denominaciones: doctor, licenciado, comisario, inspector... hasta detective en alguna oportunidad. Y a pesar de que prefería que lo trataran por su nombre de pila, cuando se convertía en una misión imposible con algunas personas, entonces les explicaba cuál era exactamente la carrera que había estudiado y se aseguraba de que no lo olvidaran nunca más.

—Sargento, todo bajo control –le respondió con la misma cortesía—. He estado algo ocupado. ¿Qué tal se encuentra usted?

—Muy bien, gracias a Dios. Pase adelante —le indicó abriendo la reja.

Al percatarse de que uno de sus subalternos se disponía a atenderlo, el sargento se le adelantó y lo apartó en señal de que él se hacía cargo. Le recibió el documento de identificación, se lo entregó al mismo soldado que había apartado y a continuación acompañó al visitante hasta el cuarto de revisión.

Una vez dentro de la habitación, Romero, con su fusil colgado en el hombro derecho, levantó la mano izquierda y sacudió la cabeza en señal de que no había necesidad de revisarlo.

—No se preocupe —le dijo—, usted es de la casa.

—Gracias —le contestó, dio media vuelta y continuó su camino hacia el interior del penal.

Al salir de la habitación de revisión, tras una orden del sargento Romero, otro guardia le abrió una serie de rejas y le hizo pasar a la recepción. Ahí, detrás de un mostrador, lo estaba esperando su colega y amigo de muchos años, Leonardo Márquez, quien trabajaba como jefe de los custodios en el centro penitenciario, quien al verlo se puso de pie y salió a recibirlo con un abrazo.

—Hermano —le dijo Leonardo estrechándolo brevemente entre sus brazos—, ¡qué gusto me da verte de nuevo activo! ¿Todo bajo control?

—Así es hermano —le respondió—, todo bajo control.

—Me alegro de verdad. Ya está lista la sala de entrevistas y el privado de libertad en espera de que lo busque.

—Excelente. Muy agradecido...

—Ni lo menciones. Sabes que solo tienes que llamar.

Una vez más fue conducido a la sala donde había grabado decenas de entrevistas, llenado infinidad de manuscritos y ayudado a solucionar una de las situaciones más complicadas de rehenes carcelarios en la historia del penal y del país. Tomó asiento en una silla colocada tras una mesa de metal, sacó del bolsillo su libreta de anotaciones, un lápiz de grafito, una pequeña grabadora digital, las colocó sobre la mesa y se dispuso a esperar. A pesar de que por primera vez en mucho tiempo se sentía nervioso y con ansiedad, su actitud demostraba la mayor de las tranquilidades. Parecía de roca.

Un par de minutos más tarde entró a la sala el privado de libertad custodiado por Leonardo. Era un simple muchacho, vestido con la braga color anaranjado de los sentenciados y con la cabeza rapada, que caminaba arrastrando los pies. El custodio le señaló una silla frente a la mesa de metal que fue ocupada por este y se retiró de la habitación.

El criminólogo sentía que el corazón se le iba a salir por la garganta, no obstante seguía controlándose. Decidió esperar un poco en silencio, mientras el muchacho se encontraba mirando al piso y él se dedicaba a analizarlo. Era moreno, de contextura atlética, alto, sin ninguna señal, marca o defecto que llamara la atención; a pesar de su altura, fácilmente pasaba desapercibido. Hasta que levantó la mirada... entonces el corazón le dio un vuelco.

Aunque tan solo contaba con dieciocho años de edad, sus ojos le transmitieron más de setenta años de historia, de guerra, de sufrimiento, de violencia, que gritaban desde la profundidad de sus oscuras pupilas. Por un instante, toda la experiencia y

toda la teoría parecieron perderse en el vacío de esa mirada. Sin embargo, hizo un acopio de fuerzas y se recompuso.

—¿Qué tal? —se escuchó a sí mismo saludando al muchacho—. ¿Te importa si grabo nuestra conversación?

—Qué más da —le respondió este encogiéndose de hombros.

—Vale —dijo mientras encendía la grabadora—. ¿Cuál es tu nombre?

—Josué.

—¿Por qué estás privado de libertad, Josué?

—Porque justamente apareció la policía.

—¿Y qué estabas haciendo?

—Robando.

—¿Solamente?

—También golpeé a alguien.

—¿Te gusta?

—¿Qué cosa?

—Robar y golpear a las personas.

—No.

—¿Y por qué lo hiciste?

—No lo sé.

—¿Es la primera vez que te atrapan?

—Aquí en Mérida, sí...

—Entonces, hubo otros robos y otras personas golpeadas.

—Puede ser.

—¿Te dijeron que todo lo que digas en esta y cualquier otra entrevista conmigo está resguardado por el secreto profesional? Como si estuvieras hablando con tu abogado. Además, estas sesiones cuentan para reducir tu pena.

—Sí, todo eso me lo dijeron.

—Entonces, ¿hubo otros robos?

—Sí.

—Y otras personas golpeadas, ¿verdad? —el muchacho asintió con la cabeza.

—¿Has asesinado a alguien? —le soltó repentinamente.

—No, nunca —respondió sin dudar, mirándolo fijamente a los ojos.

En ese instante, el criminólogo había dejado atrás el miedo, los nervios y la ansiedad. Una vez dueño del hilo de la conversación, empezó a sentir de nuevo como se metía dentro del cerebro y las entrañas de su entrevistado. Empatía, lo llamaban algunos, pero en su caso era algo más cercano a una posesión.

—Vale —prosiguió—. ¿Qué te gusta hacer?

—No lo sé.

—¿Te agrada dormir?

—Un poco.

—¿Te gustan las mujeres?

—No todas.

—¿Y los hombres?

—Me atraen las mujeres, ¿ok?

—¿Te agrada tener relaciones sexuales?

—A veces.

—¿Te gusta comer?

—Algunas cosas.

—Por ejemplo...

—La pizza.

—Vale. ¿Qué otra cosa?

—Papas fritas.

—Muy buenas. ¿Cuál es la comida que más te gusta?

—La pasta que me preparaba mi papá cuando yo era un niño.

La entrevista había llegado justo a donde él quería conducirla. En ese momento estaba seguro de que el muchacho estaba listo para abrirse. Así que le realizó una pregunta directa al corazón.

—Y, aparte de la comida, ¿qué otras cosas te gustan de esa época?

—Tornear —respondió con una sonrisa y un leve brillo en los ojos.

—Tornear —repitió el criminólogo—. ¿Qué es tornear?

—Moldear cosas con el barro para luego hornearlas y decorarlas.

—Vale. ¿Por qué te gusta tornear?

—Porque cuando me siento a tornear me olvido del mundo. Me meto en el barro, en darle la forma que yo quiero. Me pongo creativo y me siento lleno. Como cuando uno tiene hambre, ¿ve? Uno come y se llena. Así me siento torneando. Como que mato el hambre. Pero el hambre de vivir no de comer. Yo no podría hacer otra cosa en la vida, no podría ser taxista o panadero. Siempre he querido es tornear.

—¿Y por qué no te dedicas a eso?

—Porque no tengo cómo. No tengo el torno, ni el horno, ni nada. Por eso es que robo, porque no puedo tornear.

Había llegado el momento de darle la segunda estocada al muchacho, de ponerlo a pensar ya no en el pasado, ni en el presente, sino en el futuro.

—Vale, Josué. ¿Sabes por qué estoy aquí?

—No.

—¿Ni te lo imaginas?

—No.

—Porque te voy a ayudar a que salgas y te dediques a tornear.

2

El criminólogo Félix Segovia, a sus cortos cuarenta años de edad, ya se había convertido en un profesional muy respetado, apreciado y reconocido en todos los círculos relacionados con el delito y la conducta desviada donde se desenvolvía. Desde el centro penitenciario, la policía científica, los tribunales, la Facultad de Ciencias Jurídicas, Penales y Criminológicas, los centros de rehabilitación y demás instituciones de control social formal, hasta alcohólicos y narcóticos anónimos, pasando por centros religiosos y organizaciones vecinales, la gran mayoría de los que hacían vida en estos ámbitos lo conocían, lo admiraban y le cooperaban; aunque bien vale decir que la colaboración la recibían realmente las demás personas de parte de él.

A pesar de que el grueso de sus labores no le reportaban beneficios económicos, algunas de sus asesorías e intervenciones eran contratadas por personas, instituciones y organizaciones pudientes, que aunado a un salario pagado por el Estado en función de un cargo público que tenía en la Policía Científica, le proporcionaban más que suficiente para vivir cómodamente.

Casi dos décadas atrás, cuando apenas se había graduado y todavía la criminología no tenía gran auge en Venezuela, había rentado una pequeña oficina en el centro de la ciudad de Mérida —a un par de manzanas de su apartamento— donde aún en la actualidad funcionaba su despacho: un espacio de

doce metros cuadrados con una pequeña sala de espera, salida a la calle y un pequeño baño en el trasfondo, amoblado con un modesto escritorio, un par de sillas al frente, una un poco más grande detrás, un archivo y una pequeña biblioteca. Decorado por el insustituible título universitario enmarcado en la pared, acompañado de placas, diplomas y reconocimientos. Sobre el escritorio una computadora portátil, una impresora, un teléfono digital y múltiples figurillas, adornos, suvenires y regalos. El mobiliario, los equipos y accesorios habían ido cambiando y evolucionando en función de la época, la tecnología y las circunstancias.

En este despacho recibí, por casi un año, todos los lunes a primera hora a uno de sus casos más típicos: Ángel Carnevali. Un joven proveniente de una familia acomodada con problemas de conducta y adicción. Había llegado como la mayoría: recomendado por un conocido de su padre, quien le ofreció “cualquier cosa”, a cambio de que ayudara a su hijo. Durante las primeras sesiones le había llenado su ficha criminológica y desarrollado su familiograma, con el propósito de determinar cuál era la mejor manera de coadyuvarlo a superar sus dificultades.

La apariencia física de Ángel se conocía en el lenguaje de la calle como “una orden de detención andante”. Tenía su piel blanca llena de tatuajes, *piercings*, túneles y el cabello totalmente rapado. Usaba mucha joyería, ropa ancha y de color oscura. Conducía un automóvil negro de último modelo, en ocasiones una moto de alta cilindrada y siempre cargaba dinero en efectivo proveniente del negocio de su padre. Además su actitud era rebelde, agresiva y desafiante. En las sesiones

siempre avanzaban con mucha dificultad, como caminando por un campo minado. Sin embargo, el criminólogo se empeñó hasta lograr su cometido.

Su historia era similar a la de muchos otros jóvenes. Hijo único de padres profesionales, ya entrados en años, demasiados ocupados para prestarle la atención que demandaba, con todas las comodidades y recursos disponibles a su alcance. En el último año de la escolaridad básica comenzó a consumir alcohol y cigarrillos, de ahí pasó a probar marihuana y otras drogas. Posteriormente se enganchó con el *creepy*, su conducta se había tornado violenta e irascible y a pesar de haber sido referido al departamento de psiquiatría del hospital público, no había conseguido superar el problema. Por ello, su padre había optado por contratar sus servicios. Así fue que Félix se convenció de que el problema radicaba principalmente en sus progenitores, hacia ellos enfiló la intervención y logró su recuperación.

Empezando los lunes y a lo largo de la semana se encargaba de los casos sociales, personas que requerían sus servicios de parte de algún conocido o remitido por alguna institución. En todos los casos recibía una llamada a su teléfono celular o al de la oficina y los citaba en su despacho a una hora determinada, si llegaban un poco antes los acomodaba en la sala de espera, a menos que fuera una emergencia o ameritaran su presencia en un sitio específico; y en todos los casos los atendía o acudía al lugar, hubiera remuneración o no.

Así fue como un lunes justo después de la última sesión de Ángel, llegó la señora María. La habían llevado personalmente Sócrates y Yarumí, unos buenos amigos que siempre le remitían

casos de su comunidad. Mientras aún estaba saliendo de su despacho el joven, su amigo dejó a su compañera en la sala de estar y entró con la mujer, conversó un rato con el criminólogo y luego se retiró dejándolos a solas.

María era una mujer adulta de unas cuatro décadas de edad, que aparentaba ser mucho mayor. Las arrugas en su cara, sus ojeras, junto con un estilo de vestir anticuado y desarreglado le hacían parecer de sesenta. Además, su estado de desesperación acentuaba todo lo anterior. Sin siquiera haberse sentado comenzó a hablar y sollozar.

—Doctor, usted tiene que ayudarme —le dijo.

—Por favor tome asiento señora María —le respondió Félix. Una vez esta le hizo caso, le ofreció una servilleta.

—Gracias —le respondió aceptando la servilleta y enjugando sus lágrimas—. Usted es mi última esperanza doctor.

—Vale, señora María, yo no soy doctor, soy criminólogo pero sí la voy a ayudar. Llámeme Félix, ese es mi nombre. Cuénteme su problema.

El caso que le traía era realmente peliagudo. La señora María era una trabajadora informal que alquilaba teléfonos celulares bajo una sombrilla en una esquina para sobrevivir. Con eso pagaba el alquiler de su casa, su manutención y la de su hijo adolescente. Este último representaba realmente el epicentro del problema.

El muchacho tenía más de un año enganchado a la heroína. Al principio se metía un “chute” de manera ocasional, luego pasó a dos o tres a la semana y en la actualidad necesitaba uno o dos diarios. Hacía unos meses atrás había comenzado a hurtarle cosas. Sin embargo, para evitar que siguiera vendiendo

los pocos bienes que tenían y además que fuera a meterse en problemas con otras personas, ella comenzó a financiarle los chutes diariamente.

Esto por supuesto le había ocasionado un desfaldo financiero enorme a la señora María, quien ganaba apenas para sobrevivir. De manera que debía varios meses de alquiler, estaba endeudada con sus vecinos, familiares, amigos y no tenía ni siquiera para pagar la renta de los celulares que alquilaba.

—Y lo peor de todo es que aumentaron el precio del chute —le explicó al final esta, empezando con los sollozos—. Ya no puedo más con esto, ayúdenos a mi hijo y a mí se lo suplico.

A medida que escuchaba el relato de la señora, Félix Segovia iba preparando mentalmente cuáles debían ser las palabras precisas a utilizar. Tal y como un cirujano que a medida que ve los resultados de los exámenes se va imaginando el tipo de incisión o corte que debe hacer para extirpar y/o arreglar el problema, la mente del criminólogo maquinaba cómo atacar el asunto desde la raíz y a diferencia de un caso como el de Ángel, aquí debía ser implacable.

Una de sus principales estrategias se basaba en aquella que en el argot militar era conocida como la “cabeza de playa”. Esta consistía en que durante una invasión armada, las fuerzas agresoras debían ubicar el punto más débil de la geografía del enemigo y atacarlo con todas sus fuerzas, de manera que una vez tomado ese punto, se pudiera convertir en una posición a defender y desde donde avanzar para controlar todo el territorio. Así que sin dilación, atacó.

—Señora María —le dijo casi susurrando—. Una madre es un ser especial, como un ángel. Es una dadora de vida.

Esta lo miró enternecida, con algunas lágrimas en los ojos.

—Pero hay algo que quisiera saber —le expresó mirándola fijamente y elevando más el tono de la voz—. ¿En qué momento se transformó usted de un ángel dador de vida...?

—Hizo una pausa y culminó casi gritando:

—... ¿EN UN ÁNGEL DE LA MUERTE?

La señora María lo miró con los ojos abiertos de par en par y rompió en llanto; se llevó las manos al rostro y comenzó a llorar de manera desconsolada. Él permitió que llorara un poco. Luego se levantó, rodeó el escritorio, le ofreció otra servilleta y le puso las manos sobre los hombros.

—Yo los voy a ayudar a ambos —le dijo mirándola directamente a los ojos—, pero tiene que confiar absolutamente en mí. Deme su teléfono celular, a partir de este momento está decomisado y usted va a quedar incomunicada. Vamos, voy a llevarla a un sitio donde la van a cuidar y atender durante los próximos días.

—Doc... se... señor Félix —tartamudeó sorprendida parando de llorar—, es que yo no soy adicta, el que consume es mi hijo.

—Sí, lo sé. Pero usted es codependiente y parte fundamental del problema. Confíe en mí, su hijo va a llegar a buscarla aquí a mi oficina y yo lo voy a ayudar.

Esta accedió y por increíble que parezca, tal y como lo predijo, eso fue exactamente lo que ocurrió. La señora María se quedó internada en un hospital psiquiátrico por recomendación del criminólogo y autorización del jefe del Departamento de Psiquiatría. Durante todo un día estuvo llamando Daniel, su hijo, al teléfono celular de ella y negándose a conversar con

Félix. Al día siguiente cedió y concertó una cita con él en su despacho.

Daniel era un muchacho delgado y larguirucho. Tenía la piel cetrina y unas oscuras ojeras sobre los ojos. Se mostraba ansioso, visiblemente desesperado y denotaba los primeros síntomas del síndrome de abstinencia del consumo de heroína o expresado de manera coloquial: “el mono”. Se encontraba moqueando, con los ojos llorosos y tenía escalofríos. Al entrar al despacho se sentó frente al escritorio y sin saludar al criminólogo comenzó a interrogarlo.

—¿Dónde está mi mamá? —le preguntó.

—Ella está en buenas manos, Daniel —respondió.

—¿Quién es usted? ¿Por qué la secuestró?

—Soy Félix Segovia, un amigo de tu mamá. Ella no está secuestrada, voluntariamente vino a pedirme ayuda contigo.

—¿Conmigo? ¡Ja! ¿Acaso yo necesito su ayuda?

—Sabes que sí, Daniel. Tienes un problema que no puedes afrontar solo.

—Mire, me estoy enfermando. Anoche tuve fiebre, diarrea y vómito. Si en verdad quiere ayudarme présteme dinero...

—¿Para comprar heroína?

—¡Sí, maldición! ¡Para comprar un chute! ¡Lo necesito!

—Yo sé que lo necesitas. Física y psicológicamente te hace falta.

—¡Así es! ¿Me va a ayudar?

—Sí, Daniel. Te voy a ayudar... pero no como crees.

—No hay otra forma. Necesito un chute... al menos un chute.

—Daniel, ¿tú crees que esto es vida para ti y para tu mamá? ¿Cuánto tiempo crees que vas a sobrevivir así? ¿Acaso no crees que también vas a matar a tu madre?

—¡No me venga con discursos baratos! —gritó levantándose de la silla.

—Siéntate —le dijo el criminólogo sin levantar la voz, pero con una autoridad y una sequedad mortal que le hicieron obedecer de inmediato—. Sé que en este momento tú no entiendes de razones. Sin embargo, debes comprender que es la última oportunidad de recuperarte y se lo debes a tu madre. Esa mujer te lo ha dado todo y es la única persona en el mundo que realmente te ama.

El muchacho dejó de temblar y comenzó a llorar. Su respiración se aceleró y se veía que estaba al borde de un colapso emocional y físico. Félix colocó un documento en el escritorio frente a él y puso encima un lapicero.

—Tú y tu madre necesitan que firmes esta autorización para que yo pueda ayudarles —le expresó—. Ella ya firmó. Por una vez en la vida acompáñala.

Vacilante, con la mano temblorosa, el muchacho tomó el lapicero y firmó al pie del documento, junto a la de su madre.

3

Unas de las actividades que le reportaba mayores beneficios económicos eran las asesorías criminológicas de seguridad: instituciones, organismos y empresas de las más diversas índoles solicitaban sus servicios si tenían problemas para controlar los hurtos, robos, estafas y cualquier otra actividad delictiva

o perjudicial en los ámbitos interno o externo que pusiera en peligro las ganancias y/o los objetivos de las organizaciones.

Entre sus clientes más productivos estaba una red de supermercados que había tenido muchos problemas con los hurtos internos. Debido a una situación económica adversa en la que se encontraba sumido el país, los propios empleados se dedicaban a sustraer alimentos –particularmente productos de primera necesidad– con el fin de ser revendidos en el mercado negro. Aun cuando los propietarios habían implementado una red de vigilancia panóptica basada en la tecnología, los hurtos de comida iban en aumento. De manera que alguien les recomendó su trabajo y estos lo contactaron.

El criminólogo realizó un estudio de los procedimientos que se llevaban a cabo dentro de la empresa, desde el reclutamiento de personal, su entrenamiento, hasta la compra y venta de mercancía y el almacenamiento de la misma. En función de este diagnóstico tomó como base el modelo de prevención primaria, el cual se fundamenta en la educación y tiene como objetivo ir a la raíz de la situación problemática, en este caso, los empleados.

De esta manera, reformó todos y cada uno de los procesos, estableció métodos de control más rigurosos en la selección de nuevos ingresos, implantó un sistema de remuneraciones y sanciones que estimulaba la buena conducta y a la vez instauró un modelo de adiestramiento que reafirmaba el sentido de pertenencia, los valores, la moral y la ética. Al poner el énfasis en las acciones preventivas sobre las reactivas, los hurtos disminuyeron hasta casi desaparecer.

Otra asesoría exitosa, aunque sin remuneración, la había desarrollado dentro del propio campus universitario de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Penales y Criminológicas, donde él mismo había estudiado. Existía una situación complicada debido al ingreso de motocicletas dentro de las plazas, aceras y otras áreas adyacentes a los salones de clases. A pesar de que la gran mayoría de los conductores eran estudiantes, profesores o empleados de la universidad –los cuales afirmaban que los estacionamientos eran muy inseguros para dejar sus motos ahí–, el libre acceso de estos vehículos a lugares inapropiados había elevado significativamente el número de robos perpetrados por motorizados ajenos al proceso educativo.

Las autoridades universitarias se reunieron y empezaron a surgir las más inverosímiles propuestas, como cercar todos los espacios, colocar muros y hasta prohibir el acceso de todas las motocicletas a la facultad misma. Finalmente decidieron asignar la tarea de resolver el problema a la Escuela de criminología y la directora de esta –quien había sido su profesora y era su amiga personal–, le pidió su ayuda.

Una vez más realizó un diagnóstico de las causas del problema. En esta oportunidad optó por aplicar el modelo de prevención situacional, enfocándose en el ambiente donde se desarrollaban las circunstancias inconvenientes. En función de esto se establecieron mecanismos de control de acceso de los vehículos a la facultad, solicitando su identificación a todos los conductores y guardando un registro de los mismos. Además se habilitó un espacio en cada uno de los estacionamientos exclusivo para aparcar las motocicletas, donde se instalaron

tuberías y cadenas en el piso con el fin de asegurarlas, asignando también vigilantes para dichos espacios.

Adicionalmente se organizó una campaña educativa ejecutada por los estudiantes de la Escuela de criminología, en la que se involucró a todos los motorizados y demás actores que hacían vida dentro de la facultad, con el objetivo de concienciar acerca de los peligros del ingreso de motocicletas dentro de las plazas, aceras y otras áreas adyacentes a los salones de clases. Y finalmente la universidad adquirió una serie de cepos tranca ruedas para motocicletas con el fin de disuadir a cualquier infractor de las normas, cuyo uso incluía un trámite burocrático bastante engorroso para ser liberado el vehículo. De esta manera, los robos con motocicletas desaparecieron por completo.

Otra de las facetas más interesante de sus labores las desempeñaba en la Policía Científica, donde trabajaba como criminólogo adscrito a la Unidad de Psiquiatría Forense desde hacía casi diez años. En este departamento ejercía principalmente dos funciones relacionadas con el ámbito de su profesión, en la primera de ellas se encargaba de entrevistar a los actores de algún hecho delictivo –bien fuera víctima o victimario– con el propósito de desarrollar la ficha criminológica de los mismos, en función de determinar el mejor camino para su neutralización, recuperación y/o reinserción social. Este era un trabajo que se complementaba con el que realizaban los psiquiatras forenses, quienes principalmente diagnosticaban patologías médicas y sus respectivos tratamientos.

La segunda actividad era el perfilado criminológico, que consistía básicamente en el estudio de los elementos de un

hecho delictivo donde se desconocía al victimario, tales como la escena del crimen, la víctima y el tipo de delito, con el fin de analizar las huellas psicológicas así como los datos estadísticos de crímenes similares para realizar un perfil de las características físicas y el estilo de vida del probable perpetrador del mismo. Esto tenía como objetivo colaborar a ubicar posibles sospechosos que permitieran la aprehensión del delincuente.

Sin embargo, por muy interesante que fuera esta faceta de su profesión, era quizás la que tenía el mayor porcentaje de fracasos, al menos desde su propia perspectiva. Y esto se debía no a la falta de compromiso del criminólogo o inexactitud de los datos obtenidos, sino debido a la gran cantidad de procesos burocráticos que había que seguir como funcionario para la toma de decisiones de manera eficiente y eficaz.

Uno de los casos más desafortunados que había pasado por sus manos trabajando en la Policía Científica fue el del famoso boxeador venezolano, campeón mundial en su categoría, Ever “El Indio” Viloria y su esposa Syboney. Los antecedentes de la tragedia de este hombre récord del boxeo internacional incluían un largo historial de abuso de drogas, peleas callejeras y violencia doméstica. Fue remitido a la institución por los médicos del hospital público, los cuales asistieron a Syboney tras haber recibido una paliza que le había dejado varias costillas fracturadas y un pulmón perforado.

Por increíble que parezca, su esposa jamás reconoció las agresiones. Incluso en esa última ocasión ella se empeñó en contar una versión inverosímil de que se había resbalado en las escaleras de su casa, se había caído, golpeado en las costillas, fracturándose las mismas y perforándose un pulmón.

Ninguno de los médicos que la atendieron validó esa historia, por lo que después de terminar su período de hospitalización la remitieron a la unidad de psiquiatría forense de la Policía Científica y Félix la entrevistó.

Syboney era una mujer extraordinariamente hermosa, de piel blanca, rostro ovalado, facciones suaves, ojos grandes, cabello negro, largo y ondulado. No obstante, su mirada era profundamente sombría y su actitud absolutamente introvertida. Resultaba una tarea titánica intentar extraerle una emoción, una reacción, una sonrisa. Ni siquiera se podía afirmar que tuviera miedo, simplemente parecía incapaz de sentir, como si le estuviera prohibido. Para el criminólogo fue una de las entrevistas más difíciles de su carrera.

—Hola, Syboney, ¿cómo estás? —le preguntó de entrada.

—Bien —respondió.

—Voy a grabar nuestra conversación, ¿estás de acuerdo?

—Ok.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—No.

—Hubo un incidente donde saliste lastimada. Cuéntame, ¿qué pasó?

—Me caí.

—¿Cómo?

—Resbalé y me caí por las escaleras de mi casa.

—¿Y con qué te resbalaste?

—El piso estaba mojado.

—Vale. ¿De qué lado caíste?

—Del derecho.

—Y luego, ¿te deslizaste o rodaste?

—Me deslicé.

—Y te fracturaste dos costillas del lado izquierdo y una del derecho.

—Sí.

—¿Estás segura que eso fue lo que pasó?

—Sí.

—Pero si caíste del lado derecho y te deslizaste, parece difícil que te hayas fracturado dos costillas del lado izquierdo y una de ellas te haya perforado un pulmón.

—Pues sí.

—Cuéntame lo que realmente ocurrió.

—Eso fue lo que pasó.

—El informe del médico forense dice que es imposible que haya ocurrido así. De hecho, dice que tienen que haberte golpeado, lo más probable con los puños cerrados y alguien con muchísima fuerza. Quizás un boxeador.

—No, nadie me golpeó.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿A dónde llevan las escaleras de tu casa?

—A la azotea.

—Y las escaleras o quizás la azotea, ¿tienen cerámica?

—No, cemento gris.

—Vale. Y cuando llueve, ¿se moja esa azotea?

—No, está techada.

—Pero, ¿hay algún baño arriba?

—No.

—¿Un grifo, llave o tubería?

—No.

—Entonces, ¿cómo es que estaba mojado?

—No lo sé.

Ni siquiera se esforzaba por parecer convincente. En esa tónica transcurrió casi una hora de entrevista, sin que el criminólogo consiguiera la forma de que ella se abriera y le dijera la verdad, lo cual era vital para poder obligar a su esposo a que se internara y recibiera ayuda profesional. Salió abatido de la sala de entrevistas y se reunió con la doctora Martha Giralt, psiquiatra forense y jefa de la unidad.

—Es imposible —le dijo a la doctora—. Ella jamás lo va a acusar.

—¿Tanto miedo le tiene? —le interpeló ella.

—El problema es que no sé si tiene miedo, no sé si tiene tristeza, no sé si tiene rabia. Parece programada para no sentir.

—Qué locura, voy a tratar de hablar con ella.

—Vale, ojalá tengas suerte.

—En la recepción está su esposo.

—Listo, préstame tu oficina. Voy a entrevistarlo.

—Anda con cuidado, recuerda que no hay ninguna acusación en su contra.

—Lo sé, simplemente los quiero ayudar. A ambos.

El boxeador accedió a reunirse con el criminólogo. Este era un hombre de corta estatura, fornido, rasgos duros, pelo hasta los hombros y con múltiples tatuajes. Su actitud era hiperactiva. Félix no podía imaginárselo bajo los efectos de las drogas estimulantes que consumía. Había leído el archivo que contenía sus antecedentes penales, donde resaltaba un expediente que incluía una detención por pelear y golpear a cinco policías... a la vez. Aunque estaba consciente de que debía ser precavido,

su sentido del deber lo impulsaba a hablar con aquel hombre, intuyendo que estaba a las puertas de una tragedia.

—He seguido su carrera muy de cerca —le dijo el criminólogo una vez estuvieron sentados frente a frente—. Su récord es impresionante, veintisiete nocauts consecutivos, los dieciocho primeros en el primer *round*.

—Así es —le respondió el boxeador—. Eso es lo mío, pelear.

—¿Cuál es su secreto?

—Cuando estoy en el ring me transformo en una máquina de lanzar golpes. Mi único objetivo es destruir al otro boxeador. Molerlo a golpes.

—¿Qué siente usted cuando boxea?

—Me siento excitado, como poseído. Y si me llegan a pegar en la cara es peor, empiezo a verlo todo rojo, como si me pusiera unos lentes de ese color y ahí sí es verdad que me vuelvo asesino.

—Sí, lo he visto. ¿Y sus hijos ven sus peleas?

—No, pero ellos saben a lo que me dedico y están orgullosos de su padre.

—¿Y su esposa?

—¡Claro! Ella sabe que es su deber acompañarme a todas mis peleas.

—Vale. ¿Cuánto tiempo tienen de casados?

—Vivimos juntos desde que ella tenía catorce y yo quince años. Y ya teníamos varios años de novios, o sea que tenemos toda la vida juntos.

—Interesante. ¿Y qué tal es su relación?

—La mejor, no tenemos ningún problema. Los dos sabemos cuál es nuestro sitio. Yo me encargo de llevar el dinero y

ella de cuidar la casa y los chamos. No tenemos problemas de ninguna clase.

—Vale. ¿Usted todavía sigue consumiendo algún tipo de drogas?

—No, para nada, eso era antes. Yo sé que tuve problemas con la policía, pero eso era cuando consumía cocaína, ya yo dejé eso.

—¿Usted estaría dispuesto a realizarse una prueba toxicológica?

Durante toda la entrevista el boxeador se removía nervioso en su asiento y no dejaba de levantar las manos, hacer ademanes de golpes, mover la cabeza. Pero cuando Félix le hizo esa pregunta, brincó de la silla.

—¿Y por qué? —respondió Ever con otra pregunta—. ¿Acaso ella me está acusando de algo?

El criminólogo estudió fríamente a aquel hombre, sus movimientos, su coraza de violencia. A diferencia de su esposa, él era una montaña rusa de emociones. Guardó silencio por un instante y finalmente lo enfrentó.

—No —le respondió Félix—. Ella no lo está acusando de nada. Pero usted y yo sabemos que fue lo que pasó.

—No sé de qué me habla... —el rostro se le enrojeció y parecía a punto de explotar.

—Mire, campeón, mejor siéntese. Esta conversación es entre usted y yo. Mi única intención es ayudarlo, a su esposa, y a sus hijos. Y según veo la cosa, esta es quizás la última oportunidad que tiene de cambiar y no perder todo lo que ha logrado. Yo sé de dónde viene, de la pobreza, del hambre, de los problemas y cómo ha podido superarse. Pero aún tiene

esa espina ahí clavada, que le impide ser una mejor persona. Déjeme ayudarlo, déjeme rescatarlo. Yo puedo hacer un enlace para que se vaya a desintoxicar a Cuba. Le garantizo que va a volver dejando atrás la adicción a la cocaína.

A medida que el criminólogo iba hablando, al boxeador se le había ido aclarando el rostro y se había vuelto a sentar. Por un minuto permaneció sosegado, en silencio y mirando el suelo. Parecía que el mensaje le había llegado.

—Tiene razón —le dijo al fin—. Yo tengo un problema que debo resolver.

—En verdad me alegro que lo asuma. Mire, aquí tengo un documento que necesito que firme... —expresó extendiéndole una hoja.

Repentinamente, el boxeador se levantó de un salto y alzó las manos.

—Tranquilo amigo —le dijo—. No tengo necesidad de ir a Cuba, hoy mismo viajo con mi esposa a la capital para internarme en la clínica donde me ayudaron la vez pasada...

—Campeón —le interrumpió Félix—, no es necesario que vaya su esposa, usted es quien necesita el tratamiento. Además, en Cuba...

—No se preocupe, confíe en mí. Hoy mismo nos vamos.

Inmediatamente le dio un fuerte apretón de manos y abandonó la oficina. El criminólogo sabía que tenía que detenerlo; no obstante, no tenía ninguna forma legal de hacerlo. Así que aquel hombre abandonó las instalaciones de la Policía Científica junto a su esposa.

En la noche siguiente, en un hotel de lujo en Caracas, la ciudad capital, Ever “El Indio” Vilorio bajo los efectos de la

cocaína asesinó a su esposa de tres puñaladas. Después de consumado el acto, llamó a la policía, confesó y fue detenido. Dos días después lo hallaron colgado en una celda con su propio pantalón.

4

La familia de Félix Segovia era oriunda de Caracas. Su madre, Esther Díaz, se había divorciado de su padre cuando él contaba con tan solo tres años de edad. A partir de ese momento su padre se había prácticamente desentendido de él. Su progenitora se volvió a casar, tuvo dos hijos más y siendo que en los años ochenta del siglo xx la situación social en la ciudad capital se hizo sumamente difícil debido a la inseguridad, el alto costo de la vida e incluso en el ámbito laboral, tomaron la decisión de mudarse al estado Mérida, con el objetivo de mejorar la calidad de vida de la familia. Llegaron al estado andino justo cuando Félix cumplía los diez años.

El idilio de Félix con la criminología había nacido en su último año de escolaridad básica. Un profesor universitario les dictó –a sus compañeros y a él– una charla en su salón de clases y les entregó material por escrito dedicado a promover esta incipiente carrera en la universidad pública. De hecho, habían pasado unos pocos años desde su apertura y la inscripción de la primera promoción. Dicho promotor se presentó como criminólogo graduado en una universidad de España. Era un hombre de mediana edad, alto y de contextura gruesa, con una voz profunda.

—¿Quién tiene una idea de lo que es la criminología? —preguntó para comenzar la charla.

Después de escuchar las opiniones de los jóvenes estudiantes prosiguió.

—La criminología es una ciencia multidisciplinaria que se encarga de estudiar el delito y la conducta desviada con todos los elementos que componen a los mismos, así como de la reacción social ante estos.

Al ver las caras de estupefacción de su auditorio, continuó la explicación.

—Les voy a dar un ejemplo para entender este concepto. Alguien me puede decir, según La Biblia, ¿quién fue el primer asesino?

Félix, que provenía de una familia religiosa y por ende conocía la historia bíblica, respondió de inmediato.

—¿Caín, que mató a su hermano Abel!

—Muy bien. ¿Cuál es tu nombre?

—Félix.

—¿Puedes contarnos esa historia, Félix?

—Claro. Caín y Abel eran hijos de Adán y Eva. Según La Biblia, Abel era bueno y Caín era malo. Ambos les hicieron ofrendas a Dios, pero a este le gustó la ofrenda de Abel y no la de su hermano. Entonces, Caín tomó un palo y golpeó a su hermano hasta matarlo.

—Ese es un buen resumen del cuento. Ahora bien, Félix, ¿lo que hizo Caín fue un delito?

—No, porque se supone que en ese momento no había leyes por escrito.

—Excelente respuesta. Pero fue malo, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Entonces, aunque en esa época el homicidio no era un delito, pues para ser considerado como tal debía estar establecido así en un contrato legal por escrito, sí era una conducta desviada, porque se alejaba del comportamiento normal y apropiado entre las personas y más aún entre hermanos. Hoy día, en todas las sociedades civilizadas, incluyendo la nuestra, es considerado un delito. Bueno, ambas acciones, tanto el delito como la conducta desviada son objeto de estudio de la criminología. Pero hay más. En esta historia el victimario fue Caín. ¿Y la víctima?

—¡Abel! —respondieron los estudiantes en coro.

—¿Solamente? —preguntó el profesor y después de una pausa, prosiguió—. No, el resto de sus familiares también fueron víctimas indirectas. Todos esos actores, victimarios y víctimas, son el verdadero fin de la criminología, la cual persigue ayudarlos a recobrase, reinsertarlos socialmente o neutralizarlos, según sea el caso. Lo que nos lleva al otro propósito que tiene esta maravillosa ciencia, el control social, que no es otra cosa que el conjunto de acciones formales o no formales que buscan vigilar, estudiar, solventar, evitar y prevenir las acciones delictivas y las conductas desviadas en la sociedad.

A continuación, el profesor relató una parábola que se le quedaría grabada para siempre a Félix.

—Para la criminología lo más importante es el ser humano, las personas, la gente. Tanto de manera individual como colectiva. Hay un relato que ejemplifica muy bien lo que les estoy diciendo. Una jovencita que fue con su familia a la playa a pasar un rato agradable, al llegar se encontró con un triste

espectáculo. El hecho es que las tortugas marinas ponen sus huevos a cierta distancia de la orilla y luego vuelven al mar. Pues era la época del nacimiento de las pequeñas tortugas y su carrera hacia el agua.

Todo el auditorio escuchaba la historia con la más profunda atención. El profesor continuó:

—Lo que debía ser una hermosa escena, se había convertido en una carnicería. Resulta que las gaviotas estaban aprovechando el momento para darse un succulento banquete con las pequeñas tortugas y aunque algunas lograban escapar, la mayoría estaba siendo asesinada por las aves. La jovencita, al ver la triste situación, comenzó a tomar las tortuguitas, una por una, corría hacia la orilla y las arrojaba al mar. Así continuó por más de una hora. Hasta que su padre, viendo que su hija estaba ocupando el tiempo que habían destinado para divertirse en salvar a las tortugas, se acercó a la orilla para detenerla.

—Hija —le dijo tomándole la mano justo cuando iba a lanzar una pequeña tortuga—, no pierdas tu tiempo. Hay demasiadas gaviotas hambrientas y muy pocas tortugas. Por muchos viajes que hagas, no vas a hacer ninguna diferencia para la mayoría.

—Es verdad —le respondió la jovencita inclinando la cabeza—. Para la mayoría no... pero para ella sí.

Así que se soltó de su padre, arrojó a la pequeña tortuga que tenía en la mano al agua y corrió a buscar otra. Lo más interesante de este cuento es que al final su padre se sumó a la tarea de ayudar a las tortugas bebés. Así es la criminología. Busca ayudarlos a todos, pero aun si eso es imposible, entonces trata de hacer la diferencia para los que se pueda, uno por uno de

ser necesario. Y al final, eso es lo que hace que el criminólogo también se salve.

Con esas palabras entró la criminología en su vida y se quedó prendado de ella. Siendo solo un adolescente, por primera vez a su corta edad se dio cuenta de lo que quería dedicarse a hacer el resto de su vida, deseaba ser criminólogo. A partir de ese momento se enfocó en hacer todo lo posible por ingresar a la universidad pública a estudiar esa carrera. Presentó la prueba de selección y aprobó con la segunda mejor calificación. Se sometió a una revisión psicológica y la pasó con facilidad. Entró a la Escuela de criminología y obtuvo el título en cinco años, graduándose con honores.

Lo más importante de su formación consistió en realizar una gran cantidad de horas de práctica, se entrevistó con un buen número de privados de libertad en el Centro Penitenciario, hizo encuestas de victimización y percepción de seguridad en diversas comunidades o dentro de la misma facultad y analizó estadísticamente las mismas, asistió a diferentes centros de atención a la víctima, organismos de intervención como alcohólicos y narcóticos anónimos, además de asesorías criminológicas guiadas de temas reales, visitas educativas a las instituciones policiales de control social formal y, por supuesto, unas pasantías donde tuvo que conjugar la teoría con la práctica ejecutando una intervención criminológica en un espacio específico y con un caso auténtico.

Por otro lado, en el ámbito laboral tuvo la buena fortuna de conseguir empleo por medio tiempo mientras estudiaba, primero en la Oficina Nacional Antidrogas y luego en la Dirección de Prevención del Delito. Esto le permitió ganar experiencia

en estas áreas tan ligadas a la criminología y además desarrollar las pasantías en la última de las mismas.

Desde el momento en que escuchó hablar por primera vez de la criminología se consagró a ella de manera exclusiva en alma, cuerpo y mente, e incluso sacaba tiempo para otras actividades relacionadas con esta, como investigaciones, artículos, charlas, ponencias y conferencias en centros educativos, religiosos, organizaciones comunitarias y otros organismos a las que les ofrecía las mismas y algunas a las que acudía en calidad de invitado.

De esta forma se dedicó a la criminología las veinticuatro horas, los siete días de la semana, por casi dos décadas. Hasta que un amor diferente llegó a su vida, signado además por la fatalidad.

LOS INVISIBLES

*Lo que brilla no más tiene cabida
y aunque brille por oro lo que es cobre,
lo que no nos perdonan en la vida
es el atroz delito de ser pobre.*

RAMON ORTEGA
VERDADES AMARGAS

1

Durante el último año de su carrera universitaria, Félix comenzó a trabajar por medio tiempo en la Dirección de Prevención del Delito, un ente público adscrito al Ministerio de Interior y Justicia. Desde ahí se coordinaban planes, programas y proyectos en conjunción con las comunidades para prevenir la violencia en todas sus manifestaciones. Sus actividades primordiales consistían en la elaboración y ejecución de encuestas para su posterior análisis, con el propósito de desarrollar charlas y ponencias para ser dictadas en diversos ámbitos comunitarios, buscando la integración con la institución y la participación de todas las comunidades en las políticas preventivas.

Mientras participaba en una de esas jornadas de trabajo en una colectividad conoció a Sócrates. Era un individuo de piel morena, alto, delgado, de pelo liso y rasgos indígenas, quien era reconocido por sus vecinos por su trabajo cooperativo en el vecindario, lo que lo había convertido en líder comunitario. Tenía además un verbo encendido que atraía a la gente, lo que

aunado a la congruencia con sus acciones, lo hacían respetado y querido por todos los que le conocían. A Félix le ocurrió exactamente lo mismo, empezó a sentir una gran admiración por él y su trabajo siempre colaborativo y diligente con los demás.

En coordinación con Sócrates y apoyado por el trabajo institucional, comenzaron una labor de ayudas sociales y rescate de personas en situación de calle que permitió que un buen número de individuos se beneficiaran de esta asistencia. No obstante, existía un grupo especial al que ayudaban, al cual —si bien Félix participaba en la recolección de donativos para colaborar con ellos— Sócrates personalmente era quien los asistía. Era un conjunto de personas a los que este llamaba los compas y los cuales, según su testimonio, se encontraban distantes, en otra ciudad y eran víctimas de una violencia extrema. Como confiaba en él, Félix no le hacía demasiadas preguntas al respecto.

Cuando ya tenía varios meses de conocerlo y de desarrollar conjuntamente esas y otras actividades de cooperación social, Sócrates se dejó caer una tarde por la institución pública, se le acercó y le dijo que necesitaban hablar en privado. Esto le extrañó en sobremanera a Félix, ya que por lo general no se mostraba tan misterioso. Ambos salieron fuera del edificio donde trabajaba y comenzaron a caminar. Repentinamente, Sócrates se volvió, sacó de su bolso unas hojas grapadas y se las entregó.

—Léase este material y después conversamos —le dijo—. No lo comparta con nadie.

A continuación se dio media vuelta y se alejó caminando con paso ligero. A Félix le consumía la curiosidad por conocer

el contenido del material que le acababa de entregar pero esperó hasta regresar a su trabajo para revisarlo. Una vez en el sitio, buscó un lugar privado y lo leyó con avidez. El mismo trataba sobre la confianza y el secreto, desde un punto de vista muy particular. Se planteaban los mismos como asuntos sagrados, que no debían ser violados aun a costa de la propia vida. Se resaltaban términos como el honor, la lealtad y la fidelidad como principios inquebrantables y la palabra empeñada como un compromiso ineludible.

A partir de ese momento, estuvo esperando con ansias que Sócrates apareciera. Durante un par de semanas no dio señales de vida. Finalmente una tarde se presentó con una hermética sonrisa y nuevamente salieron a dar un paseo.

—¿Qué le pareció el material? —le preguntó de pronto.

—Muy interesante —respondió Félix—. Pero me da la impresión de que me quieres predicar una religión.

—Casi, casi —le contestó carcajeándose—. ¿Quiere viajar para conocer a los compas?

—Por supuesto, pero no entiendo. ¿Cuál es el misterio?

—Lo que pasa es que el asunto es algo cerrado, ¿ve? Ya yo pedí autorización y me la dieron. Puede incluso tomar fotos y grabar videos. Desde hace algún tiempo estamos tratando de hacer un trabajo así con ellos, pero en él único en quien tenemos confianza es en usted.

Las emociones se agolpaban en el pecho de Félix y su cerebro bullía con la información que estaba recibiendo. Decenas de hipótesis se cruzaron en su cabeza e inmediatamente pensó en su trabajo de pasantías.

—Vale —le expresó—, cuenta conmigo. ¿Cuándo nos vamos?

—Esa es la actitud —le respondió sonriendo—. Pida permiso para la semana que viene, vamos a necesitar ese tiempo aproximadamente.

Finalmente se despidieron y con un apretón de manos, quedó sellado aquel viaje que cambiaría su vida para siempre.

2

Una semana más tarde se trasladaron en un viaje por carretera que duró ocho horas en total, primero en un vetusto autobús, luego en una buseta y por último en un vehículo rústico. Llegaron a un lugar llamado Caño Colorado, en el estado Zulia. Según le explicó Sócrates, esta localidad se encontraba a lo largo de un caño que llevaba el mismo nombre y estaba ubicada al norte de una hacienda llamada El Reposo, en el lado oriental del valle superior formado por el mismo caño, el cual era afluente de un río de nombre El Palmar.

Una vez ahí, caminaron durante un par de horas por un estrecho camino de tierra, lleno de vegetación por los costados que parecía ser muy poco transitado. Finalmente llegaron a una casa bastante humilde cuyas paredes estaban fabricadas con barro y el techo de palma. La misma era el hogar de una pareja de ancianos. Ambos se encontraban sentados a la sombra de la entrada, en un par de sillas de madera, pasando el calor de la tarde.

—Buenas, buenas —los saludó Sócrates.

—Buenas —le respondió el anciano—. Bienvenidos.

—Señor Atencio, le presento a un buen amigo. Félix, este es el señor Atencio y su esposa.

—Buenas tardes —saludó Félix—. Es un placer —les dijo estrechándoles las manos a cada uno.

Después de las presentaciones, los visitantes pasaron a la casa y sacaron de sus mochilas algunos víveres que fueron recibidos de muy buen agrado por la pareja. A continuación instalaron a Félix en una habitación al final de la casa, la cual tenía un catre, una pequeña mesa y una gran ventana que daba hacia un inmenso sembradío de maíz. Luego Sócrates de manera sorpresiva se despidió de él.

—Queda en buenas manos —le dijo—. Necesito coordinar un par de detalles de última hora. Espérame tranquilo que yo volveré a buscarte.

Lo encomendó a aquella pareja, quienes lo acogieron, alimentaron y cuidaron como si fuera su propio hijo. A pesar de llevar una vida sencilla y sin lujos, eran buenas personas amables y conversadoras. Cocinaban todos los días con leña, por lo que Félix les colaboraba, cortándola y amontonándola cerca de la estufa. Sin embargo, empezaron a pasar los días y este ya intuía que algo estaba mal.

En la tercera noche, la actitud de los ancianos había cambiado, como si ya no fuese bienvenido en el sitio. Debido a ello, Félix decidió expresarles su deseo de no incomodarlos por más tiempo.

—Señor Atencio —le dijo al anciano—. De verdad no quiero ser un problema para ustedes. Mañana a primera hora me marchó.

—No señor —le respondió—. Usted no puede irse hasta que nos den la orden.

—¿Quién?

—Los que mandan por estos lares.

—¿Usted me puede decir donde está Sócrates?

—No lo sé —le respondió secamente y se retiró a su habitación.

A pesar de que no había ido ningún visitante a la casa durante esos días, sin lugar a dudas el anciano había recibido algún tipo de mensaje. O quizás el tiempo transcurrido significaba algo para él. Lo cierto fue que durante toda aquella noche no pudo dormir, preocupado por la situación en la que se encontraba.

Aproximadamente a las tres de la madrugada sintió a alguien merodeando al otro lado de la ventana de la habitación. Se levantó del catre, escuchó cómo quitaban el mosquitero y luego observó que levantaban la cortina. Mientras se decidía entre golpear al intruso o huir, distinguió en la oscuridad las facciones indígenas de Sócrates, que se asomaba. Este se llevó un dedo a la boca en señal de que debían guardar silencio y le hizo ademanes para que tomara sus cosas y saliera por la ventana, por lo que sin pensarlo demasiado se puso las botas, se colgó la mochila en el hombro, salió a la oscuridad de la madrugada y comenzó a seguirlo por entre el maizal.

En medio de las sombras, apartando los tallos con las manos, tuvo que apurar el paso varias veces para no perderlo, ya que Sócrates iba casi trotando. Luego de un rato que le pareció eterno, salieron a un claro donde la luz de la luna le permitió ver con mayor claridad, así que lo alcanzó y comenzó a caminar al lado de este. Sin mediar palabra continuaron el recorrido hasta llegar a una carretera de tierra, donde se veía claramente las zanjas dejadas por el paso de neumáticos de

los vehículos que circulaban por ahí, por donde continuaron andando a paso ligero.

—¿Qué pasó? —dijo al fin Félix jadeando por el ejercicio físico.

—Nada —respondió Sócrates respirando de manera casi normal—, tuve que resolver un inconveniente, pero ya está listo.

—Pero... ¿Estamos huyendo?

—No, es mejor así porque si no había que esperar que amaneciera y ya hemos perdido mucho tiempo.

Siguieron avanzando en silencio hasta que a lo lejos en la oscuridad distinguieron la silueta de un vehículo estacionado en medio de la carretera. A medida que se acercaban se percató que había un hombre parado al lado del mismo, fumando un cigarrillo. Se dio cuenta que era una vieja camioneta de carga, cuya parte trasera se encontraba llena y tapada con una lona. El individuo era un hombre de mediana edad, alto, fornido, de piel blanca y con escaso cabello. Al llegar a donde se encontraba, este arrojó el cigarrillo encendido al suelo, lo pisó y se acercó a saludarlos.

—Compa —le dijo Sócrates—, le presento al amigo Félix.

—¿Cómo le va, hermano? —dijo el hombre con acento colombiano dándole un fuerte apretón de manos—. Mucho gusto.

—Un placer —le respondió Félix—. ¿Cuál es su nombre?

—Llámeme Copete, amigo —le contestó y a continuación se volteó hacia la camioneta y le dio un golpe en el capó—. Y a ella llámala Coqueta. Vamos andando que ahora es que tenemos que rodar.

Los tres se subieron al vehículo, Copete de conductor, Félix en el medio y Sócrates del lado de la ventana. Después de tres intentos, la camioneta encendió y comenzaron una nueva travesía.

Pasaron un par de horas dando tumbos en la camioneta, fumando pasivamente del humo de los cigarrillos de Copete y escuchándolo hablar un rato con ellos y otro con Coqueta, que en ocasiones parecía ahogarse y botaba una humareda negra por el tubo de escape.

—Ella es muy fiel —decía Copete mientras le daba palmadas al tablero—, viejita pero fiel.

Cuando ya empezaba a aclararse el día, llegaron a una alca-bala de la Guardia Nacional. Un par de soldados que estaban sentados dentro de una pequeña garita se levantaron y salieron a recibirlos, Copete detuvo la camioneta justo antes de la barrera y esperó. Uno de los soldados se acercó al lado del conductor y el otro al del copiloto.

—Buen día, Copete —dijo el guardia.

—Buen día oficiales, aquí les traje el encargo —les dijo mientras sacaba un fajo de doce paquetes de cigarrillos y se lo entregaba.

—¿Y no hay más nada por ahí? —preguntó el otro soldado.

—Por supuesto —respondió Sócrates, quien sacó un paquete de arepas de la mochila y se las dio.

—Sigán adelante —expresó el primer guardia y se dirigió a levantar la barrera.

Una vez la alzó, continuaron su viaje en la camioneta. Empezaron un recorrido subiendo por una montaña. A medida que avanzaban el camino se hacía más estrecho, más empinado,

la vegetación más frondosa y tupida. Así continuaron aproximadamente por dos horas más, hasta que llegaron a un claro, donde Copete detuvo la camioneta y apagó el motor. Se bajaron del vehículo y Copete procedió a recargar gasolina de un bidón que estaba en la parte de atrás. Luego de esto se sentaron en medio del claro a desayunar, donde justamente había una serie de troncos dispuestos para tal fin. El sol ya descollaba y su calor era reconfortante. Una vez que comieron y se hidrataron, Félix pensó que iban a proseguir el viaje; no obstante, pasaban los minutos y sus acompañantes parecían tomárselo con mucha calma. Copete y Sócrates se encontraban inmersos en una conversación sobre el mejor método de purificar el agua para hacerla potable.

—Amigos —los interrumpió—. ¿No será mejor continuar nuestro camino?

—Tranquilo, hermano —le respondió Copete—. Estamos esperando a alguien.

A medida que iban pasando los minutos y el sol empezaba a calentar con mayor fuerza, el tiempo se le hacía interminable. Cuando estaba a punto de decirles que se refugiaran en la sombra, desde adentro de la selva aparecieron un par de individuos caminando. Ambos vestían pantalones de jean azul, franelas, gorras y calzaban botas de caucho. Portaban sendos machetes con los que se habían abierto paso entre la maleza. Curiosamente uno de ellos tenía puesta una gorra que tenía el nombre de una reconocida empresa petrolera venezolana, en letras grandes y blancas sobre un fondo rojo. El otro tenía en la cintura un radio portátil con una larga antena. Al llegar al sitio donde se encontraban sentados, todos se pusieron de pie.

—Buen día, compa –saludó el de la gorra a Copete estrechándole la mano. también con acento colombiano.

—Buen día hermano –le respondió.

—¿Qué tal el viaje? –le preguntó el del radio con el mismo acento y extendiéndole también la mano.

—Muy bueno, paisano –le contestó Copete correspondiendo el apretón.

Luego saludaron a Sócrates con una inclinación de cabeza, sin darle la mano y llamándolo camarada. A Félix no se le pasó por alto la diferencia del saludo y del seudónimo utilizado. Este último los presentó.

—Conozcan al amigo Félix. Él viene a hacer un trabajo audiovisual con los compas.

—Mucho gusto –les dijo dándole la mano a ambos—. Luego se sentaron todos en los troncos.

—A ver –le expresó el de la gorra–, cuéntenos, parcero, ¿qué lo trae por estos lares?

—Bueno, vengo como invitado para conocer a los compas y documentar esta visita.

—¿Y cuál es el objetivo de ese trabajo?

—Yo soy un criminólogo en formación, es decir, estudio criminología en la universidad y quisiera hacer una investigación para mis pasantías de un caso real con personas que son víctimas de la violencia.

—¿Y qué sabe usted de los compas?

—Realmente pocas cosas. Sé que son un grupo numeroso de hombres, mujeres y niños que son víctimas de la violencia y que necesitan ayuda. De hecho, desde hace varios meses junto con Sócrates hemos coordinado múltiples donativos para ellos

de comida no precedera, medicinas, ropa, implementos de aseo personal, entre otras cosas.

—Eso es algo encomiable. Tenemos muy buenas referencias de su persona, por eso es que le permitimos que venga a hacer ese documental. Yo le voy a explicar quiénes son los compas. Ellos son un conjunto de varias familias de desplazados que se vinieron para Venezuela debido a la acción del paramilitarismo en Colombia. Copete es el patriarca de todos ellos.

—Así es, paisano —acotó el aludido.

—Y puedo preguntarles —le interpeló Félix—, ¿quiénes son ustedes?

—Aquí somos los que mandamos —le respondió el del radio.

—Pues esto es Venezuela, así que aquí manda el presidente Hugo Rafael Chávez Frías.

—Se equivoca —le replicó nuevamente el hombre del radio—. Aquí mandamos nosotros, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

3

Tras una corta conversación donde le pusieron claras las reglas, entre ellas que tenía tres días para realizar el trabajo, que no podía fotografiar ni grabar a ningún miembro de las FARC o “fariano” —como se llamaban entre ellos— y que de regreso tenía que volver a pasar por ese sitio y mostrarles todo el material audiovisual. A todas estas Sócrates le agregó una más.

—A mí tampoco debe grabarme ni fotografiarme —le dijo.

Luego de esto se estrecharon las manos y continuaron su camino. Una vez en la camioneta Félix sacó una cámara de

vídeo portátil y comenzó a grabar a Copete, quien de forma muy animada empezó a contar la historia del lugar.

—Esta vía por donde vamos es muy famosa —afirmó—. Es conocida desde años atrás como la “ruta de los maleteros”, porque los primeros que la utilizaron fueron los populares maleteros colombianos que en los años setenta venían a Venezuela con maletas llenas de droga, especialmente marihuana. Claro, eso fue antes de que empezara a mandar Pablo Escobar y la cocaína.

Según su relato la ruta completa tenía unos ciento veinte kilómetros hacia el noroeste, donde existían tres asentamientos o poblados compuestos por desplazados colombianos y algunos venezolanos. Sus nombres eran Alemania, Sorotaima y Carro Quemao. El nombre del último asentamiento —Carro Quemao— se lo habían dado los primeros habitantes del área debido a que hubo un secuestro de un hacendado venezolano que fue trasladado a Colombia por esa vía y el vehículo en que lo transportaban lo abandonaron los secuestradores justo en ese sitio y le prendieron fuego.

—Todavía está ahí el esqueleto del carro —afirmó Copete.

En su historia contaba que a raíz del conflicto armado en Colombia, unas cincuenta familias colombianas se movilizaron a la zona, abandonando sus hogares en el vecino país, viajando a pie entre diez y quince días por la selva y asentándose en el lugar, donde desarrollaron diversos cultivos y cría de animales para su subsistencia.

—Es que los paracos son despiadados —expresó en referencia a los paramilitares colombianos—. A mi madre la mataron enfrente de mis ojos. Por eso es que todo el pueblo tuvimos que salir huyendo.

Luego narró cómo entre ellos habían personas de las más diversas ocupaciones desde agricultores, ganaderos, artesanos, panaderos, hasta un carpintero y de qué manera esta diversidad les había permitido asentarse y sobrevivir. De hecho, esos oficios los habían ido enseñando a las nuevas generaciones, para mantener la funcionalidad de los poblados y garantizar la supervivencia de todos.

Su sistema de dirección era patriarcal, donde los hombres fundadores y miembros más antiguos de la comunidad eran respetados y reconocidos como quienes dirigían a la colectividad. No existían elecciones, las decisiones se tomaban por consenso en asambleas comunitarias, donde se escuchaba la opinión de todos y al final el patriarca definía el mejor camino a seguir.

La educación se transmitía básicamente en los hogares, donde enseñaban a los niños a leer, escribir, las operaciones básicas de matemática, las tareas del hogar y la actividad a la que se dedicaba el jefe de familia. No obstante, también existía la figura del aprendiz la cual podía incluir miembros de otros grupos familiares que quisieran aprender un oficio o habilidad particular. No existía una escuela para la comunidad.

En el tema religioso eran muy respetuosos de las creencias de cada familia, aunque la mayoría se declaraba católicos. En Sorotaima habían levantado una pequeña capilla donde se reunían todos los domingos para la misa y en algunas fechas especiales realizaban las homilías respectivas. El panadero de la comunidad hacía las veces de sacerdote también.

Sorotaima era el sitio de residencia de Copete y también el centro de la vida comunitaria de los tres poblados. Ahí se realizaban las asambleas, las misas, fiestas, reuniones y demás

actividades sociales. En ese asentamiento era donde concluía el viaje e iban a quedarse a dormir por tres noches, antes de volver. A partir de la alcabala perdían la señal los pocos teléfonos celulares que existían en esa época y, por supuesto, tampoco había líneas telefónicas ni televisores, aunque según Copete sí llegaban algunas señales de radio.

—¿Cuántas personas hay entre los tres asentamientos?
—preguntó Félix.

—En la actualidad somos casi trescientas personas —respondió Copete—, entre hombres, mujeres y niños. Y no somos atendidos ni por el gobierno venezolano ni mucho menos por el gobierno colombiano. Somos invisibles.

4

Después de casi una hora más de trayecto llegaron a Alemania. Este era un pequeño caserío a orillas de la ruta que tenía una bodega que servía a su vez de centro de reuniones con una especie de patio techado, adoquinado de piedras y rodeado de troncos para sentarse. La mayoría de las casas eran de madera y lata, incluyendo paredes y techos, los pisos de tierra pisada y sus fogones de leña para cocinar. Un grupo nutrido de niños salió a recibirlos al ver la camioneta y al poco rato se acercaron el resto de jóvenes y adultos. Entre todos ayudaron a descargar algunas provisiones que les indicó Copete y las guardaron en la bodega. Luego se sentaron en el patio donde les brindaron un café fuerte al que le llamaban “tinto”, el cual sembraban, cosechaban, molían y tostaban en el sitio, endulzado con caña de azúcar cultivada también por ellos mismos.

Félix iba recopilando información sobre sus características sociales, perfil de salud, perfil ocupacional, características generales de la vivienda, seguridad, condiciones y expectativas de vida. Después de tomar fotos, hacer grabaciones y recoger las impresiones de algunos de sus habitantes, prosiguieron el camino a bordo de Coqueta, la camioneta de Copete.

Unos minutos más tarde llegaron al pequeño valle conocido como Sorotaima. Aquí se levantaba la aldea más grande y cuya organización se asemejaba a la de un pequeño pueblo. La carretera se bifurcaba en dos y a orillas de ambos caminos se observaban las veredas que conducían a las entradas de las casas de madera, dispersas las unas de las otras y en el centro del poblado una gran plaza comunal con espacios para sentarse, recrearse y bailar. Al frente de esta una pequeña capilla con el correspondiente Cristo crucificado al fondo, su púlpito y los respectivos bancos para los feligreses, todo fabricado de madera, con acabados rústicos que resaltaban el ambiente campestre. Solo hacía falta la sede de un ente gubernamental para completar un cuadro relativamente habitual.

Copete detuvo la camioneta justo al lado de la plaza y al igual que en Alemania, los primeros que salieron a recibirlos fueron los niños. Cuando los visitantes se bajaron del vehículo, los recibieron con tal jovialidad y algarabía que Félix sacó su pequeña cámara portátil y empezó a grabarlos. A medida que se acercaron algunos jóvenes y adultos, comenzaron los saludos y las presentaciones. Cada uno de los miembros de la comunidad, desde el más grande hasta el más chico, colaboró descargando a Coqueta. Podía observarse el gran respeto que le tenían al patriarca, del cual iban recibiendo algunas

instrucciones, aunque todos y cada uno parecían saber exactamente qué hacer. Entonces fue cuando Félix, en medio del tumulto, volteó la mirada y la vio por primera vez.

Venía bajando por uno de los senderos que daban al camino principal a un costado de la plaza. Era una muchacha alta, de piel blanca, delgada y rasgos angulosos, pero a su vez con una voluptuosidad de curvas que parecían querer reventar el vestido floreado que llevaba puesto. Su cabello liso, castaño claro, largo hasta la cintura, se levantaba con el viento de la campiña. En un instante quedó hipnotizado por su figura y a medida que se acercaba hacia ellos el hechizo aumentaba.

—Espabile, hermano —le dijo Sócrates sacándolo de su estupor y haciéndole sonrojar.

En contra de su propia voluntad, Félix desvió la vista y sacudió la cabeza aturdido. Sin embargo, volvió a mirarla cuando la muchacha pasó por su lado y le dedicó una ojeada con unos grandes ojos color miel y una sonrisa un tanto maliciosa, dejando ver unos dientes blancos y puntiagudos. Esta, sabiéndose observada, se dirigió a donde se encontraba Copete organizando las provisiones que traía con la gente de la comunidad, lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Bendición, papi —le dijo la muchacha a Copete mientras este la levantaba entre sus brazos.

—Dios me la bendiga, me la cuide y me la proteja de todo mal y peligro —le respondió y la colocó de nuevo en el piso—. Venga para presentarle al compa.

Llevándola de la mano hasta donde se encontraban Félix y Sócrates, se la presentó al primero.

—Amigo Félix, ella es mi hija Albaguiomar. Va a ser su guía por el día de hoy mientras yo termino de llegar a la otra aldea y regresar.

—Mucho gusto —le dijo esta mientras le daba un leve apretón con su mano suave, delgada y de largos dedos.

—Es un placer —respondió sintiendo una corriente eléctrica al contacto con su piel.

A partir de ese momento y durante el resto del día, bajo la tutela de Albaguiomar visitó algunas de las casas de los miembros de la comunidad y documentó sus historias, sus costumbres, sus modos de vida, sus opiniones, sueños y esperanzas. Fue un día particularmente aleccionador de la mano de aquella hermosa criatura, de la cual se enteró que tenía solo quince años de edad y que vivía sola con su padre, ya que su madre había muerto cuando ella era tan solo una niña en un ataque organizado por un grupo comando paramilitar y ejecutado en su casa, cuyo objetivo verdadero había sido el patriarca. Su nombre era una unión del de su madre y el de su padre.

—Me puedes llamar Alba, como todos —le dijo—. Es mucho más fácil.

—¿Cómo te gusta que te llamen?

—Cómo tu prefieras —le respondió dedicándole otra de sus intrigantes sonrisas.

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Yo soy como mi padre, una alfarera.

Aparte de todas las fotos y videos que tomó en función del trabajo que había venido a realizar, Félix no pudo resistir la tentación de realizar una buena cantidad de fotos y videos a Albaguiomar, quien posó para él en algunas ocasiones de

manera natural y en otras con mucha coquetería. Esos instantes plasmados en medio de paisajes agrestes tan espectaculares como aquellos, le hacían sentir que estaba viviendo momentos especiales.

Cuando ya estaba anocheciendo regresó Copete a bordo de la camioneta. Sócrates, quien había partido con él, no se veía por ningún lado. Así que acomodó a Félix en su propia casa, en una pequeña pero acogedora habitación provista de un chinchorro, una pequeña mesa y como en todos los dormitorios a los que había tenido acceso, un perchero para colgar la ropa, los bolsos, sombreros u otras cosas. Tanto las casas como la gran mayoría de los objetos estaban hechos de madera y el piso de tierra pisada. No obstante, una de las cosas más llamativas de la casa de Copete, además de la gran cantidad de vasijas, ollas, jarras y recipientes de barro que tenía, así como las herramientas e instrumentos de fabricación de los mismos, era su inmensa biblioteca. Aunque en todos los hogares observó una buena cantidad de libros, la librería del patriarca era realmente envidiable.

Al día siguiente todos en la casa se levantaron muy temprano, comieron un delicioso desayuno consistente en unas tortillas de maíz con queso y tomaron el café tinto acostumbrado, todo preparado por Albaguiomar en un fogón de leña, quien le dirigía significativas miradas a Félix mientras su padre no los observaba. Una vez terminado, ambos hombres le agradecieron y salieron a recorrer el campo.

En este recorrido Félix recopiló mayor información relativa al tipo de trabajo al que se dedicaban todos en Sorotaima. Recorrieron las pequeñas granjas de ganado bovino, porcino

y ovino, así como los criaderos de gallinas, gallinetas y pavos. Además, visitaron sembradíos de los más diversos cultivos de granos, legumbres y frutas. Le enseñaron los sistemas de riego artesanales que tenían, los métodos que usaban para hacer pan, queso, mantequilla y cómo procesaban el agua para hacerla potable. Asimismo, el procedimiento que seguían para la eliminación de desechos humanos, orgánicos y animales, utilizando los dos últimos para generar abono para la siembra.

Por otro lado, aprendió cómo atendían las necesidades médicas, desde un dolor de muela que resolvían con una planta, hasta el nacimiento de un bebé para el cual tenían parteras. Finalmente, el medio de educar a los niños, que empezaba en el hogar y luego los adolescentes que podían escoger convertirse en aprendices del oficio que prefirieran.

Un dato interesante que recogió fue que en esos poblados nadie recordaba si algún miembro de la comunidad había cometido alguna vez un asesinato, robo, hurto o algunos de los considerados delitos comunes en las ciudades regidas por una ley escrita. Los hechos de violencia que se suscitaban en esos lugares tenían que ver con la incursión de grupos paramilitares y sus enfrentamientos con los farianos o con los “elenos”, como eran conocidos los miembros del Ejército de Liberación Nacional o el ELN, quienes también tenían un campamento en las cercanías. Ambos grupos los protegían a cambio de alimentos y algunos otros favores. Félix recopiló un buen número de historias y anécdotas, la mayoría de ellas muy tristes y sombrías. No obstante, durante su estancia en el sitio, jamás vio a ningún hombre uniformado o armado merodeando por los alrededores de ninguno de los bandos.

Esa noche culminaron en casa de Copete, haciendo un video completo del trabajo del alfarero. Lo que más le agradó a Félix fue que quien realizó el proceso completo a la luz de las lámparas de queroseno, desde preparar el barro, moldearlo en el torno, dejarlo secar, hornearlo y finalmente decorarlo, fue Albaguiomar. Desde su perspectiva, a pesar del cansancio y todo lo interesante que había visto y vivido en esos días, hasta ese momento era el instante más espléndido de la última semana. Como al día siguiente era domingo e iban a ir a la iglesia, cenaron frugalmente un exquisito pan regado con mantequilla y tomaron café con leche antes de retirarse a descansar.

En la mañana se levantaron un poco más tarde y desayunaron con más calma. Le explicaron que la misa se hacía casi terminando la mañana para permitir que algunos miembros de las otras aldeas que quisieran asistir pudieran llegar a tiempo. Albaguiomar estaba radiante, con un vestido negro que contrastaba muchísimo con su color de piel y una flor amarilla en la sien. El mismo Copete se acicaló muy bien y se notaba que estaba usando sus mejores galas.

Al bajar a la plaza, Félix notó que el día anterior la habían adornado y colocado mesas y sillas de madera alrededor de la tarima central. Un nutrido grupo de hombres, mujeres y niños estaba colmando la pequeña capilla e incluso quedaban algunos de pie por fuera de esta. A pesar de que le habían guardado un banco al frente para que se sentaran los tres, Félix se rehusó con la excusa de que quería permanecer de pie para grabar en video el sermón, dejando que Copete y su hija se acomodaran en él.

Realmente Félix nunca había sido católico, sino que su niñez y adolescencia se desarrollaron en una familia de testigos de

Jehová, por lo que conocía muy bien la Biblia. Sin embargo, desde joven había dejado de seguir a dicha religión, ya que la criminología le había ganado la partida a sus creencias. Por ello le sorprendía en sobremanera la fe que manifestaban aquellas personas tan olvidadas por la sociedad, víctimas de la violencia. En aquel pequeño y sencillo centro religioso, con un sacerdote improvisado, mitad panadero y mitad cura, sintió que aquellas personas humildes, amables y trabajadoras, estaban más cerca de Dios que en la más fastuosa iglesia de cualquier religión en el mundo.

Al terminar las prédicas, oraciones y alabanzas, los vecinos le tenían preparada una sorpresa al visitante. Le habían organizado una fiesta de despedida porque esa era su última noche en la comunidad. Prepararon los más deliciosos platos con carne de vaca, cerdo, oveja, acompañados de arroz, frijoles, legumbres y quesos en mucha cantidad. También tenían un buen número de botellas de un licor artesanal bastante fuerte al que llamaban “viche”, fabricado a partir de caña de azúcar y saborizado con diversas frutas. Y además había un pequeño grupo musical compuesto por miembros de la aldea, donde contaban con un violín, varias guitarras, una mandolina, una charrasca, tambores y un acordeón. Tocaban un repertorio de lo más variado que incluía salsa, merengue, cumbia y vallenato, entre otros estilos tropicales.

El festejo comenzó poco después de mediodía con una opípara comida, dándole luego paso a la música, el baile y los tragos. Copete cantaba, bailaba y tomaba muy animado y Félix se vio arrastrado por él y otros vecinos en varias oportunidades.

Su hija compartió un rato con la comunidad pero luego se retiró y no volvió a verla en la plaza.

Ya bien adentrada la noche, cuando la mayoría de los hombres –incluyendo al patriarca– se encontraban bastante alegres por el alcohol, Félix prefirió retirarse a descansar para tener fuerzas suficientes para el viaje de retorno al día siguiente. Así que en lo que pudo desprenderse de la atención de sus anfitriones se dirigió a dormir.

Al llegar a la casa de Copete se trasladó a la parte trasera, donde se encontraba el área de servicio para lavarse. Luego entró intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a la hija del alfarero y se encerró en la habitación colocando el pasador en la puerta. A la luz de la luna que entraba por las rendijas de las paredes de madera, arregló su mochila, guardó algunas piezas de barro que le habían obsequiado como recuerdo y escogió la ropa que iba a usar para regresar.

Se encontraba decidiendo la mejor manera de esconder una de las tarjetas de memoria micro SD que contenía un conjunto de fotos y videos que no deseaba le fueran decomisados, cuando por segunda vez en ese viaje sintió a una persona merodeando en las afueras de su cuarto, en esta ocasión al otro lado de la puerta. Alguien intentaba abrirla y al no conseguirlo, llamó golpeando con los nudillos.

—Félix –escuchó la voz de Albaguiomar–, soy yo. ¿Me puedes abrir?

Por un instante se quedó petrificado por la sorpresa, el miedo y la inquietud ante aquella hermosa muchacha, lo que le inspiraba y todo lo que se imaginaba en función de su presencia. Luego, venciendo su parálisis momentánea se acercó y

le quitó el cerrojo a la puerta. Ella pasó a la habitación, una vez dentro cerró y volvió a colocar el pasador. Después se volteó y lo miró directamente a los ojos. Estaba descalza y aún vestía el traje negro de gala que marcaba su sensual silueta. Sin mediar palabra procedió a bajarse el cierre de la parte trasera, sacó sus brazos de las mangas y dejó caer el vestido en el piso, quedando completamente desnuda.

Su cuerpo era de una belleza sublime. Aquella piel tan blanca definía perfectamente en la oscuridad unos hombros delicados, unos enormes pechos terminados en pequeños pezones rosados, un vientre plano con un diminuto ombligo en forma de caracol rodeado por unas puntiagudas caderas, que era el preámbulo de un triángulo impecable de vello púbico color castaño claro en la entrepierna, todas esas maravillas soportadas por las piernas más largas y sinuosas que había visto en su vida y coronadas por aquel rostro angelical y maléfico a la vez.

—Alba —dijo titubeando—, yo no puedo hacer esto.

—Félix —le respondió acercándole su rostro—. He decidido que seas el primer hombre en mi vida. Por favor, no me rechaces.

Seguro ya de lo que iba a hacer a continuación aunque le costara la vida, la tomó entre sus brazos y la besó profundamente. Luego se quitó la ropa también, se acostaron en el chinchorro y le hizo el amor delicada y apasionadamente en dos oportunidades sucesivamente, confirmando ciertamente que era virgen. Después de la segunda vez, que había resultado más placentera que la primera, ella se levantó y lo besó en los labios.

—Presiento que es la última vez que voy a verte —le dijo la muchacha.

—Volveré, te lo...

—Calla —lo interrumpió—, no hagas promesas que no puedes cumplir. Nunca me olvides.

Luego se puso rápidamente el vestido, se subió el cierre y salió de la habitación, así como de su vida. Aún antes de que saliera el sol, apareció Sócrates en el cuarto y le dijo que debían apresurarse. Félix lo estaba esperando despierto, sin haber podido conciliar el sueño en toda la noche, así que tomó su mochila y lo siguió hacia afuera de la casa. Previamente a su salida, escuchó los ronquidos de Copete y recogió un paquete que Albaguiomar le había prometido dejar sobre la mesa con algo de comida para el viaje de regreso.

—¿Cómo le fue compa? —le preguntó Sócrates mientras caminaban en dirección a la plaza de la aldea.

—Excelente, hermano —le respondió—. ¿Copete no viene con nosotros?

—No, esta vez vamos a usar otro medio de transporte.

—Vale. ¿Dónde anduvo estos días?

—Por aquí en la zona, compa.

Al llegar a la plaza observó una motocicleta estacionada a un lado de la misma. Era una modelo enduro, color negro, con un motor de doscientos cincuenta centímetros cúbicos. Sin lugar a dudas ese era el vehículo en el que iban a regresar. Al llegar hasta donde se encontraba esta, Sócrates le introdujo una llave en el suiche, lo pasó y encendió el motor de un solo toque, con un botón en el manubrio. Luego se subió a la misma y la aceleró un par de veces.

—Móntese, compa —le dijo.

—¿No hay cascos? —Lo interrogó subiéndose detrás de él.

—Tranquilo, yo soy buen conductor. No nos hacen falta.

El camino de regreso se hizo mucho más corto. En la motocicleta, bajando y sin hacer parada alguna, el tiempo se les acortó en sobremanera. Realmente Sócrates sí era un buen conductor. Cuando pasaron de largo por el claro en el que se habían reunido de subida con los miembros de las FARC tres días atrás, Félix se sintió intrigado por el hecho de que no se detuvieran.

—Hermano, ¿no había que mostrarle los vídeos y las fotos a los amigos? —le preguntó.

—No, compa, me asignaron la tarea de revisar todo a mí, pero yo confío en su buen criterio.

—¿Y ahora yo también soy compa?

—Claro, ahora usted es amigo de los amigos.

LA GUERRA

*La sociedad que adora su desdoro
persigue con su saña al criminal
mas si el puñal del asesino es de oro
enmudece... y el juez besa el puñal.*

RAMÓN ORTEGA
VERDADES AMARGAS

1

El sistema penitenciario en Venezuela estaba regido por un método de organización perverso, patrocinado por el tráfico de drogas y en guerra permanente con el Estado. El mismo consistía en una especie de administración interna en cada uno de los penales, los cuales eran dirigidos por la figura de un “pran”, una clase de capo que controlaba la existencia de todos los privados de libertad a su antojo, así como el régimen de visita, las movilizaciones entre pabellones e inclusive los límites de los espacios a los que podían tener acceso los guardias nacionales, custodios, directores y demás funcionarios adscritos al centro penitenciario.

Por si esto fuera poco, dicho control lo ejercían mediante verdaderas organizaciones criminales internas, compuestas por reclusos que recibían diferentes rangos como los “luceros”, quienes eran los lugartenientes o vigilantes más cercanos al pran y los “carros”, los cuales cumplían tareas de peones impuestas por sus superiores jerárquicos, que iban desde una transacción comercial hasta el homicidio de algún presidiario.

Lo más siniestro del asunto era que estas mafias carcelarias imponían sus reglas dentro del penal a través del porte y uso de las más variadas armas de fuego cortas y largas, desde revólveres, pistolas automáticas, escopetas, fusiles, ametralladoras, hasta granadas, convirtiendo esos centros de reclusión en especies de ciudadelas con su propio ejército, supermercados, casinos, discotecas, bares, prostíbulos y de vez en cuando en verdaderos campos de batalla.

Aunado a eso, la figura del pran ejercía su influencia no solo dentro de la prisión, sino que además controlaba auténticos emporios comerciales en la calle, coordinando la compra, venta, traslado de drogas y armas, así como ordenando robos, secuestros y asesinatos. Su poder era de tal magnitud, que tenía incluso influencias políticas, ya que tan solo con marcar un número de teléfono podían comunicarse con fiscales, jueces, alcaldes, gobernadores y hasta ministros, tomando decisiones trascendentales sobre la vida de muchísimas personas.

Ese era el ambiente penitenciario donde Félix Segovia desarrolló sus prácticas de campo como criminólogo en formación, realizando entrevistas, encuestas, llenando fichas criminológicas, creando familiogramas, haciendo investigaciones, estudios de casos e intervenciones a individuos privados de libertad o a familiares de los mismos.

La primera vez que visitó el Centro Penitenciario de la Región Los Andes, durante su primer año como estudiante de criminología, el momento de mayor temor no lo vivió al observar lo lúgubre de sus muros, ni de las rejas o las alambreadas. Tampoco cuando pasaron al cuarto de revisión y tuvo que

desnudarse por completo delante de dos guardias nacionales y dar saltos en cuclillas.

Ni siquiera al ver a aquellos hombres sin uniforme militar con armas largas apostados en diversos lugares estratégicos del penal. El peor momento fue cuando entró al pabellón de visitas.

Un guardia nacional los anunció a alguien adentro, después abrió un inmenso candado, luego una aldaba, finalmente la reja y los hizo pasar a él, dos estudiantes más y al profesor que los acompañaba. Nada de lo que le habían dicho, explicado o anticipado, podía haberlo preparado para lo que vio ni mucho menos lo que sintió al entrar a aquel galpón lleno de hombres y mujeres que iban y venían, grupos de individuos reunidos, sentados en sillas o en el piso, jugando cartas, comiendo, bebiendo, fumando, parejas de diversos gustos sexuales entrando a unas habitaciones improvisadas, hechas con tubos, cortinas y colchonetas en el suelo; y lo peor de todo, aquel bullicio sordo que producía la multitud –intensificado por los gemidos y quejidos propios de los actos carnales– el cual parecía retumbar en el alma.

—¡AGUA BLANCA! –gritó un individuo haciéndose oír por encima del caos, justo cuando ellos entraron al pabellón—. Era el mismo con el cual el soldado los había anunciado antes de entrar, un hombre alto, delgado y moreno, que vestía con zapatos de goma, jean azul, franela deportiva y una gorra de béisbol con la visera de lado; todas esas prendas de marcas reconocidas. Hacia él se dirigió su profesor y lo entrevistó.

—¿Qué tal amigo, cómo le va? –le preguntó el profesor.

—Ahí vamos profe, llevándola —respondió con la entonación propia que utilizaban los delincuentes de poca monta, conocidos en la calle como “malandros”.

—¿Podemos entrevistarlo?

—Claro, mi profe, no hay brinco.

—¿Cuál es su nombre?

—Mi vieja me puso Richard, pero todos me dicen el Niche.

—Ok. ¿Puede decirnos por qué está aquí?

—Sí va, lo que pasa es que me eché al pico a un alza, ¿me entiende? Y aquí adentro ya llevo tres más, pa que sean serios.

—¿Cuántos años le quedan de condena?

—Yo ya ni sé, el mío, creo que el resto de mi cochina vida.

—¿Y a qué se dedica aquí?

—Bueno, mi profe, aquí yo soy un carro, ¿ve?, a las órdenes del pran y de los luceros, pa lo que me manden.

—¿Y qué funciones cumple como carro?

—Las que sean, las que me pongan. Hoy estoy de portero aquí, ¿ve?, como es día de visita estoy pendiente de quién entra, quién sale. A veces me toca montar guardia o castigar a algún equivocado. Y de vez en cuando me mandan a darle chuleta a alguno, ¿ve? —expresó levantándose la franela para dejar al descubierto la empuñadura de una pistola que tenía en la cintura.

—Ok. ¿Consume algún tipo de droga?

—Claro, el mío, la que me caiga. Crack, marihuana, coca, perico. Aquí todo el mundo consume, no confiamos en la gente limpia. El que entra sano lo echamos a perder de una vez.

—¿Alguna vez ha pensado en cambiar, en regenerarse, en volver a la vida normal?

—No, qué va, eso era antes. Cuando mi vieja estaba viva, pues, ella venía, lloraba y a mí me daba paja con ella, pues. Pero ahora que mi vieja se me fue no me importa es nada. Allá en la calle yo no soy nadie, aquí soy un duro y me hago las lucas, ¿entiende? Compro ropa de marca, bebo whisky, me acuesto con buenas perras y me facho con puro A1, nada de combate.

—Entiendo. Una última pregunta, ¿por qué cuando entramos gritó: “agua blanca”?

—Bueno, porque el guardia me dijo que ustedes venían de la universidad, ¿ve?, o sea, que son gente seria que están estudiando y trabajando, nada de hampa, como quien dice. Y pues tampoco son familiares de ninguno de los presos, sino que vienen a lo suyo, no se meten con nadie, ni vienen cargados, ni traen una encomienda, ni nada pues. Son gente buena, son agua blanca.

—Muchas gracias.

—De nada, mi profe.

Durante toda la entrevista, Félix y sus dos compañeros intentaban anotar cada uno en su propia libreta toda la conversación entre el profesor y el individuo privado de libertad.

Ninguno de ellos podía utilizar grabadora, sino que documentaban en manuscrito todo lo que se hablaba, luego hacían un análisis del diálogo y posteriormente leían todo lo anotado en clase para discutirlo con sus compañeros y el profesor. Dicho ejercicio lo conocían como “la secretaría” y a pesar de ser uno de los más detestados por los estudiantes de primer año era sin lugar a dudas de los más educativos.

Otra práctica importante que llevaban a cabo en el centro penitenciario los estudiantes durante el primer año, consistía

en la valoración del ambiente. La misma conllevaba un grado de dificultad mayor, ya que radicaba en realizar una evaluación visual de un espacio definido por un período de tiempo determinado, teniendo que anotar mentalmente las posibles amenazas y peligros, así como los medios de defensa o vías de escape factibles a ser utilizados por el criminólogo ante una eventual contingencia. Finalmente, salían del espacio y escribían todo lo que podían recordar, para luego ser comparado con la realidad y discutido. Ese entrenamiento era llamado “vuelo de reconocimiento”.

Esos adiestramientos y muchísimos otros a nivel práctico, teórico, técnico y psicológico fueron formando y preparando a Félix Segovia como un profesional de la criminología a carta cabal. Cuando ya tenía varios años de graduado y se había hecho un nombre importante como criminólogo dentro de todos los círculos formales y no formales relacionados con el delito y la conducta desviada, tuvo que enfrentarse a uno de los mayores retos de su carrera. Había una situación de rehenes dentro del centro penitenciario que tenía a todas las autoridades en vilo. Debido a que él mismo la había estado siguiendo de cerca, no se extrañó cuando repicó su teléfono celular con una llamada para solicitarle una reunión urgente para discutir dicha coyuntura y pedirle su ayuda. Era el gobernador del estado Mérida.

2

Manuel David Oropeza era médico de profesión asimilado en el ejército venezolano, cuyo rango era de mayor retirado cuando llegó a ser gobernador de Mérida. Antes de ser electo

como tal, había trabajado durante el período de su antecesor como director de Desarrollo Social, una dependencia adscrita a la Gobernación desde donde se gestionaban todo tipo de ayudas sociales para las personas de escasos recursos, desde medicinas, prótesis, operaciones y otros enseres de carácter médico, pasando por materiales de construcción, comida y en algunos casos hasta dinero.

Su trabajo como director de este despacho era el que le había permitido proyectarse como candidato a la Gobernación, pasó por dicho cargo precisamente en un momento de gran auge económico en el país, lo que le permitió hacer una labor interesante ayudando a muchísimas personas en todo el ámbito del territorio merideño, aunado a su personalidad carismática y su facilidad de expresión.

En esa época el criminólogo lo había conocido y entablado una amistad con él, en función de las múltiples colaboraciones que gestionaba para personas de la calle y otros individuos con diversos problemas económicos y sociales. De hecho, al llegar a ser gobernador, este le había ofrecido varios cargos de dirección, los cuales fueron rechazados con mucha diplomacia por su parte, principalmente por considerarlos demasiados absorbentes por la burocracia y con mucha probabilidad un obstáculo para ejercer su profesión. Sin embargo, la relación entre ellos se había mantenido y continuaban realizando algunos trabajos en conjunto.

El primer mandatario regional lo había citado con carácter de urgencia en la “Casa de los Gobernadores”. Esta era una residencia de lujo ubicada en una urbanización exclusiva de la ciudad, que contaba con una inmensa cocina, un suntuoso

comedor, varias habitaciones, baños, jacuzzi, gimnasio, piscina, un salón de reuniones, un despacho y estacionamiento para una docena de vehículos. La misma se encontraba siempre custodiada por funcionarios de la policía del estado y en la entrada había una especie de garita donde era necesario anunciarse para poder entrar.

No obstante, en esa oportunidad había un movimiento inusual de vehículos alrededor de la casa, además de la presencia de efectivos de la Guardia Nacional en las adyacencias, uno de ellos detuvo el vehículo de Félix una manzana antes y le exigió que le mostrara su credencial. El criminólogo sospechaba que había alguien de mayor jerarquía política dentro de la misma. Una vez se identificó permitieron que pasara y se estacionara frente a la residencia. Al acercarse a la entrada le abrieron la puerta instantáneamente, entró y fue conducido al elegante salón de reuniones, donde ya había estado en otras oportunidades.

Tal y como lo había presagiado, sentados frente a la mesa ovalada estaban el gobernador y la ministra de Servicios Penitenciarios, Ingrid Vásquez. Esta era una mujer pequeña, de contextura gruesa, piel blanca y abundante cabello rizado. Su rostro era muy conocido en todo el país, célebre por su acento andino y su carácter fuerte. Frente a estos había unos cuantos teléfonos celulares, además de algunas bandejas con bebidas y refrigerios. El gobernador del estado se puso de pie y le dio la mano.

—Compañero Félix —lo saludó—. Le presento a la ministra.

—Mucho gusto —le dijo esta extendiéndole la mano por encima de la mesa, sin levantarse.

—Un placer —respondió el criminólogo estrechándole la misma.

Una vez estuvieron todos sentados, el gobernador le ofreció que tomara y comiera lo que quisiera de la mesa, a lo que Félix declinó amablemente. Luego comenzó la exposición del motivo de esa reunión.

—Hermano —le dijo dirigiéndose al criminólogo—, estoy seguro que conoces la situación que estamos enfrentando en el centro penitenciario. El pran tiene secuestradas a más de mil personas, entre reclusos, familiares y funcionarios. Hay detalles que aún no son del conocimiento público, que implican un número indeterminado de muertos que tienen días pudriéndose allá adentro. La ministra y mi persona hemos estado negociando por vía telefónica con él para lograr que entregue los cadáveres y libere a todos los rehenes. El problema es que el tipo quiere que le demos garantías personalmente de que a él y a su grupo no los van a matar si se rinden. Por razones obvias de seguridad es imposible que la ministra o mi persona vayamos al sitio y nos entreguemos como trofeos para su espectáculo, en función de nuestra investidura pública. Es por ello que yo le di referencias tuyas a la ministra y le dije que eres el hombre indicado para hacer este trabajo.

—¿Qué es exactamente lo que quieren que yo haga? —Les interpeló el criminólogo.

—Pues necesitamos que vayas al centro penitenciario como representante nuestro y garantía para que el pran y su grupo se entreguen —le respondió la ministra—. Claro, para eso necesitaríamos tanto tu aprobación como la del pran, a quien tendríamos que llamar en este instante y presentarte como

el funcionario designado para asegurar su rendición sin que alguien atente contra su vida. Manuel David me dice que la única persona en capacidad de asumir esa tarea es usted. Estoy autorizada para pagarle lo que pida y ofrecerle cualquier cosa que necesite.

—Ministra —le respondió Félix—, estoy dispuesto a realizar el trabajo, pero no por dinero.

—¿Y qué es lo que pides?

—Tengo tres solicitudes. La primera, que ayude a solucionar la situación de varios privados de libertad que están prácticamente en un limbo legal. La segunda, que contribuya dándole trabajo a un grupo de colegas criminólogos que no han tenido la oportunidad de ejercer su profesión. Y la tercera, que me permita montar y dirigir el operativo completo de seguridad del penal y detención del pran y su grupo, con unos compañeros de mi absoluta confianza, que no son miembros de ningún cuerpo de seguridad del Estado y a los cuales debe garantizarles total inmunidad.

—Bueno, para la actuación de ese grupo de compañeros debo pedir autorización. El resto, delo todo por hecho. Tiene mi palabra. Y si todo sale bien, cuente además con una remuneración en metálico, acorde con el trabajo que está realizando.

—No se preocupe, ministra, que ellos tienen sus propias vías para solicitar permiso para actuar y obtener el salvoconducto.

—Entonces —preguntó el Gobernador—, ¿llamamos al pran?

—Por mí no hay problema —contestó el criminólogo—. Un solo detalle, no le digan que soy funcionario de ninguna dependencia pública. Permitan que yo sea quien me presente.

—De acuerdo —sentenció la ministra—. Por ahora, mantengamos ese planteamiento hecho por usted. Realicemos la llamada.

El gobernador tomó uno de los teléfonos inteligentes que estaban sobre la mesa, marcó un número, lo colocó sobre un soporte para celulares y lo puso en altavoz de modo que todos pudieran participar en la conversación. Empezó a sonar el tono de espera y al tercer repique respondieron.

—Mi gobernador —se escuchó una voz de hombre con la entonación propia de los malandros—, ¿qué noticias me tiene?

—Edwin —contestó el aludido—. Aquí estoy reunido con la ministra y el compañero Félix. Él es quien ha sido designado por nosotros para reunirse contigo y garantizar que tu rendición sea llevada a cabo en los mejores términos, garantizando tu vida y la de los tuyos. Estás en altavoz para que conversemos los cuatro.

—¿Y quién es ese tal Félix? —preguntó el pran—. ¿Por qué no viene usted, mi gobernador o la ministra?

—Edwin —respondió la ministra—, Félix es un amigo de nuestra entera confianza. Su presencia en el sitio nos representa a ambos. Reunirse con él es reunirse con nosotros, nadie va a tocarlos si estás con él.

—No sé, no me confío —intervino el pran.

En esas pocas frases, el criminólogo confirmó que a pesar de que el individuo hablaba con un tono malandro, poseía una educación mayor a la del promedio de los privados de libertad, tal y como había visto en su perfil unos días atrás mientras le hacía seguimiento a la situación en el centro penitenciario. De hecho, la entonación parecía un poco fingida.

—Saludos, Edwin —intervino Félix—. Mi nombre es Félix, soy un buen amigo del gobernador y estoy aquí para ayudarte y ayudarnos. No soy ni policía, ni guardia nacional, ni militar, ni detective, ni inspector. Soy un civil y mi profesión es criminólogo. Mi único interés en este caso es que se resuelva de la mejor manera para todos.

—Ajá, ¿y qué garantías me puedes ofrecer tú?

—Muchas. La primera de ella es que puedo sacar a la Guardia Nacional y a la policía del operativo y manejar todo el asunto con un grupo de compañeros que no pertenecen a ningún cuerpo de seguridad del Estado. Por razones obvias estos irían armados y encapuchados.

—¿Y cómo sé que no son militares disfrazados?

—Simple, ¿tú sabes de armas, verdad?

—Claro.

—Pues las armas que ellos manejan no las porta ningún cuerpo militar en Venezuela. Además, yo me voy a trasladar con ustedes en los medios de transporte que acordemos. Pero esa generosidad nuestra requiere una muestra de buena voluntad de tu parte. Como dice el dicho, manos que dan, manos que reciben.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo primero es que entregues los cadáveres.

—Plomo. Pero yo quiero que tú vengas desarmado.

—Vale. Ustedes deben entregar todas sus armas también y deben ser revisados antes de salir.

—Sí va. Pero los rehenes se quedan hasta que nosotros nos vayamos.

—Concedido. Nos trasladamos todos en autobuses custodiados por los compañeros que te mencioné.

—Bueno, pero quiero un avión que nos saque a todos de Mérida y quiero negociar la cárcel a donde nos van a llevar y nuestra condena.

—No hay problema con eso, Edwin —respondió la ministra.

—Listo, Edwin —intervino el criminólogo—. Tenemos un acuerdo. En tres días, es decir, el próximo sábado llevamos a cabo la rendición. Mañana tienes que entregar los cadáveres.

—Está bien —acotó el pran—, una última cosa. Mi familia sale conmigo.

Los tres personajes reunidos se miraron entre ellos sorprendidos y entonces la ministra asintió con la cabeza.

—Hecho —respondió el criminólogo.

—Bueno, Edwin —añadió el gobernador—. A partir de este momento quedas en comunicación por este mismo número con Félix. Cualquier detalle que quieras hacernos saber, él nos lo reporta directamente.

—En la jugada —culminó el pran y colgó la llamada.

Después de ultimar los detalles con el gobernador y la ministra, Félix se retiró de la Casa de los Gobernadores llevándose el teléfono celular para el contacto con el pran. Al abordar su vehículo, tomó su móvil personal e instintivamente llamó a Sócrates.

3

Edwin González Zamora era un privado de libertad sentenciado en dos ocasiones por posesión y tráfico de drogas. En

la primera oportunidad a tres años y medio, recibió libertad condicional al no tener antecedentes penales y en la segunda a ocho años por reincidencia, sin derecho a optar a ninguna medida sustitutiva de la pena. Durante el período de su condena inicial fue privilegiado por el régimen de presentación, lo que le permitió continuar negociando en libertad de manera ilegal con estupefacientes y armas. Debido a ello, al ser apresado la siguiente vez, ya había creado un emporio criminal sustentado en dinero y armamento, además de contar con numerosos contactos oficiales así como con un pequeño ejército personal.

El reino del terror de dicho pran, conocido como “El Edwin”, fue ejercido por casi dos años en el centro penitenciario de Mérida. Acostumbrado a controlar todo el tráfico ilegal de armas y drogas dentro y fuera del mismo, se encontró con la resistencia de una coordinadora de Talento Humano nombrada por el director del penal por órdenes directas de la ministra, quien venía trabajando en un plan para modificar las condiciones de los reclusos y los trabajadores penitenciarios en todo el país. El nombre de esa mujer, cuya valentía le costaría su propia vida, era Rosana Molero. Su tragedia fue el principio del fin del imperio de este líder maligno.

Cuatro meses antes del conflicto definitivo, el pran intentó introducir un lote de armas largas así como grandes sumas de dinero en efectivo dentro de unos congeladores en el centro penitenciario que le fueron decomisados. Secuestró en el pabellón femenino a un grupo de mujeres privadas de libertad y a una niña menor de dos años que se encontraba de visita. El conflicto duró un par de semanas aproximadamente y dejó un saldo de veinticinco reclusos muertos y decenas de heridos. El

Ministerio Público accedió a todas las demandas del pran que, envalentonado, reafirmó su poder.

Unos meses más tarde, Rosana Molero culminó su jornada laboral y salió del centro penitenciario en su vehículo, fue alcanzada por dos motorizados que la acribillaron a balazos. Las investigaciones del homicidio dieron como resultado que había sido ordenado por el pran, siendo el principal perpetrador del hecho el hermano de uno de sus luceros. El Ministerio Público logró determinar que la llamada para organizar el crimen la realizó el propio subordinado y había sido ejecutado por su familiar cercano, el cual fue detenido junto con los otros autores materiales del suceso delictivo que finalmente desencadenó “La guerra”.

Para evitar una pesquisa, el pran tomó el centro penitenciario y durante casi un mes mantuvo secuestrados a más de mil doscientas cincuenta personas, entre los que se contaban la población entera del penal, incluyendo las privadas de libertad femeninas y los masculinos, algunos visitantes y un grupo de funcionarios que se encontraban en el sitio cuando estalló el conflicto. Mientras duró el secuestro, hubo múltiples enfrentamientos con los cuerpos de seguridad del Estado, incluyendo la retoma de estos del comedor y un sector de la prisión, que dejó como resultado un funcionario muerto y cinco heridos, además de diversos intentos de fuga de reclusos y motines de miembros del grupo del propio pran, cada uno de esos eventos con sus respectivos saldos en decesos y lesionados.

Al comienzo de la masacre, el pran contaba con un grupo de ochenta y cinco reclusos a sus órdenes, que se vio reducido a sesenta y uno a medida que fueron pasando los días y algunos

se sublevaban a su mandato. Al día siguiente de las negociaciones por teléfono con el criminólogo, “El Edwin” entregó a las autoridades un total de cincuenta y ocho cadáveres, la mayoría mutilados y todos en estado de descomposición. La rendición la habían acordado para el sábado a las seis de la mañana.

Los últimos tres días de “la guerra” en el centro penitenciario de Mérida, el criminólogo estuvo triangulando las comunicaciones entre el pran, quien solicitó conversar con un fiscal del Ministerio Público para negociar su sentencia; el gobernador, quien le hacía el enlace con la ministra para aprobar los detalles de la operación; y con el jefe directo de Sócrates, conocido como Papá Oso, quien se encontraba en Caracas y era el líder de la célula guerrillera a la cual pertenecía. A dicho caudillo lo había conocido personalmente, por lo que sabía de las capacidades bélicas del grupo que dirigía, el alcance de sus contactos políticos y la buena disposición que tenía para ejecutar acciones de ese tipo.

Félix trabajó día y noche junto con Sócrates y los milicianos elegidos por él, organizó el operativo de aseguramiento del Centro Penitenciario así como la entrega, revisión y salida del pran, sus luceros y sus carros para su posterior traslado al aeropuerto de la ciudad, donde los estaría esperando un avión militar. Toda la operación la llevaría a cabo el grupo comando guerrillero dirigido por su propio amigo, con el cual desarrolló el plan en función de los conocimientos inherentes del penal que tenía como criminólogo y la información de la situación suministrada por las autoridades.

A las seis de la mañana procederían a retirar los guardias de la entrada principal de los pabellones y sus posiciones serían

tomadas por el grupo guerrillero. A continuación entrarían los autobuses hasta la entrada principal y el criminólogo pasaría a reunirse con el pran y su grupo en la sala de entrevistas para verificar que todos estuviesen desarmados y el estado de los rehenes. Después procederían a entrar los milicianos dirigidos por Sócrates para escoltarlos a todos hacia los autobuses.

El sitio de reunión había sido escogido por Félix debido a su posición estratégica entre el primer pabellón, el pasillo principal del penal, el patio central y los jardines. Esto le permitiría tener acceso a los rehenes, quienes estarían en el pabellón, así como al pran, sus luceros y sus carros, que se ubicarían en la sala de reuniones, además del grupo guerrillero que se desplegaría en el patio central listo para entrar. Asimismo tendría el pasillo como vía de escape y por último un francotirador situado en los jardines resguardando su integridad física.

Estando todos los detalles ultimados, el criminólogo se acostó en su cama intentando descansar. Sin embargo, repasaba mentalmente una y otra vez los detalles de la operación, planteándose todos los escenarios posibles y repitiéndose el plan de acción, el cual tomó un giro totalmente inesperado.

4

Tal y como lo habían planificado, a las seis de la mañana los funcionarios de la Guardia Nacional se replegaron y abandonaron las posiciones que habían conquistado a sangre y fuego en el centro penitenciario, mientras que el grupo guerrillero se desplegaba y las tomaba. Un francotirador, también miliciano,

se apostó en el área de los jardines, desde donde tenía visión directa a las ventanas de la sala de entrevistas.

La vanguardia de la agrupación, compuesta por unos veinticinco combatientes comandados por el propio Sócrates, ocupó el patio central. Todos ellos vestidos de negro, encapuchados con pasamontañas del mismo color y portando fusiles de asalto Kaláshnikov AK-12, en su versión ligera. Luego de eso, entraron dos autobuses blindados del ejército, conducidos también por miembros del mismo grupo guerrillero.

Finalmente, ingresó el criminólogo por la puerta principal de la prisión, vistiendo una franela blanca, un jean azul y portando un radio portátil en la cintura. Por primera vez en su vida pasó sin ningún tipo de alcabala o revisión, cruzó la recepción y tomó el pasillo central. El silencio invadía cada rincón del penal, fue roto únicamente por el ruido que producían sus propios pasos. Caminó hasta la entrada de la sala de entrevistas, justo al frente del pabellón principal cuya reja estaba cerrada. Diagonal a ella se encontraba la salida al patio central, donde pudo ver a uno de los hombres de Sócrates en posición de avance, esperando la orden. Después giró sobre sus talones y entró a aquel salón tan familiar en su vida, que en esas circunstancias se le manifestaba casi desconocido.

Detrás de una de las mesas de metal, se encontraba sentado el pran. Era un hombre de contextura gruesa, moreno, con el pelo negro rizado y una barba poblada de varios días sin afeitar. Tenía los brazos cruzados en una pose estudiada de orgullo. Tras él estaban todos los miembros de su grupo cercano, sus luceros y sus carros, algunos pocos con posturas desafiantes,

otros menos algo más comedidos y los demás se mostraban incluso abatidos.

Todos, incluido su jefe, se veían demacrados y sometidos a una gran tensión. Esa era una muestra inequívoca de que durante la última semana habían escaseado las provisiones de comida y agua, además de que la presión interna estaba a punto de estallar. Frente a estos había tres mesas de metal llenas de armas. En un primer vistazo de reconocimiento, el criminólogo contó hasta ocho armas largas, unas veinte pistolas automáticas, quince revólveres, al menos una docena de granadas y varias cajas de municiones de diversos calibres.

—Así que tú eres el tal Félix —le dijo el pran—. Reconozco que me gusta tu estilo, tienes las bolas bien puestas. Creo que serías un buen miembro de mi banda.

—Edwin González —expresó Félix—, vayamos a lo nuestro.

—Primero, lo primero. Tengo que cachearte —acotó “El Edwin” poniéndose de pie y rodeando la mesa.

El criminólogo abrió los brazos y las piernas para permitir que lo revisara, lo que el pran procedió a realizar minuciosamente, incluyendo la entrepierna, los zapatos, el radio portátil y la correa, siendo particularmente cuidadoso en la hebilla de la misma. Cuando hubo terminado le devolvió el radio, se acercó a la puerta de la sala y le señaló hacia el pasillo.

—¿Chequeamos a los rehenes? —le preguntó a Félix.

—Por supuesto —le respondió saliendo del salón.

Una vez en el pasillo se dirigieron al pabellón principal, abrieron la reja y pasaron al interior del mismo. La imagen que observó el criminólogo era desgarradora. En el sitio se encontraba una gran cantidad de personas hacinadas, aproximadamente

unas ochocientas, hombres en su mayoría, sentados, acostados y tirados en el piso uno al lado del otro, algunos en colchonetras, otros sobre cartones o sábanas y los demás incluso en el propio piso. Si la apariencia del pran y de su grupo era tensa y demacrada, la de estos era de desfallecimiento. Muchos parecían desmayados o en estado comatoso.

El grupo más pequeño, compuesto por mujeres, no llegaba a cien de ellas, se encontraban en un rincón del pabellón, la mayoría de pie, siendo obvio que no tenían mucho tiempo en ese galpón. Su apariencia, a pesar de ser también desmejorada, no se comparaba ni remotamente con la de los hombres.

—Estos son todos los que están y están todos los que son —afirmó el pran.

—Vale —expresó el criminólogo—, terminemos con esto...

—Ya va, mi pana —lo interrumpió—, falta un detalle. Ven acá, mi vida —dijo volviéndose y haciendo señas hacia el grupo de mujeres.

De pronto, este grupo se abrió y del centro salió una mujer bastante joven y de muy buena apariencia. La misma era pequeña, de textura delgada, piel blanca y pelo negro. Cargaba algo entre sus brazos que Félix no distinguía bien o se negaba a hacerlo, hasta que estuvo frente a él y no le quedó más remedio que asimilar que era un pequeño bebé.

—Esta es mi mujer, Virginia —le mencionó el pran—. Y este es mi hijo, “El Edwin Junior”. Tiene apenas una semana de haber nacido.

—Edwin —le dijo Félix tratando de salir de su sorpresa—, ¿por qué no me habías mencionado al bebé?

—Yo se los dije, que mi familia se iba conmigo.

—Sabes que no fuiste claro, debiste ser más específico.

—Entonces qué, ¿suspendemos todo?

—No, está bien. Tú sales con tu familia, pero de último.

—¿Y por qué de último?

—Porque es mi deber resguardar la integridad de ese bebé, así sea tu hijo.

—Bueno salgo de último con mi familia, no hay brinco.

—Listo. Vamos a la sala de entrevistas, ahí quiero que les digas a tus hombres que se aparten de las armas para que entren los míos. Después que los revisen y salgan escoltados, entonces voy a proceder a revisarte yo a ti, venimos a buscar a tu familia y salimos de últimos. ¿Está claro?

—Plomo.

De nuevo salieron al pasillo, cerraron la puerta del pabellón y se dirigieron a la sala de entrevistas. Al entrar, el pran ordenó a sus hombres que se ubicaran hacia un lado del salón. A continuación, el criminólogo tomó el radio portátil, presionó el botón para hablar y transmitió una sola palabra.

—Procedan.

Inmediatamente, en una operación comando extraordinariamente limpia y profesional, entró el grupo guerrillero y procedieron a revisar a todos los luceros y carros, exceptuando al pran. Luego, los escoltaron hacia afuera del centro penitenciario y los montaron en los autobuses blindados, en una acción militar que no les llevó más de diez minutos en total.

—Perímetro asegurado —chasqueó la voz de Sócrates por la radio.

—Copiado —respondió Félix.

Luego de esto, el criminólogo revisó también de manera minuciosa al pran, sin conseguir ningún tipo de armamento.

—Vale —le dijo—, vamos por tu familia.

—Listo, mi pana.

Una vez más salieron al pasillo, abrieron la reja del pabellón y llamaron a la mujer de “El Edwin”, la cual salió con el bebé en brazos. Félix volvió a cerrar la reja y le hizo señas al grupo familiar para que comenzaran a caminar hacia la salida, lo que hicieron sin vacilar. Este dejó que avanzaran unos pasos delante de él y dio una instrucción por el radio portátil.

—Permuta, extraigan —expresó pulsando el botón.

El pran comenzó a volverse intuyendo que algo no iba bien, pero los reflejos del criminólogo fueron mucho más rápidos. Con un veloz juego de manos le quitó la batería al radio portátil y una pequeña pistola automática calibre veintidós apareció en su mano derecha.

—Cambio de planes, Edwin —le dijo apuntándole con el arma—. Tú viajas solo.

—Mi pana —palideció el pran—, me diste tu palabra, no puedo dejar aquí a mi familia.

—Yo no soy tu pana —le replicó con frialdad—, pero sí soy un hombre de palabra. Ellos van a salir contigo, solo que a donde tú vas, no podrán acompañarte. Dame una sola excusa y el que no sale de aquí, eres tú.

Así, después de veintinueve días manteniendo secuestradas a más de un millar de personas, ocasionando casi un centenar de muertes e incontables heridos, salió “El Edwin” acompañado de su mujer y su hijo recién nacido en cautiverio, escoltado por el criminólogo, quien lo apuntaba con el arma en el costado.

La claridad del día evidenció la ausencia de los autobuses blindados, los cuales habían arrancado hacia el aeropuerto tras la orden de Félix y les mostró además a un conjunto de guardias nacionales, médicos, paramédicos y bomberos, que comenzaron a entrar al centro penitenciario.

Un grupo de médicos y enfermeras se acercó tanto a la mujer como al bebé y otro de guardias avanzó hacia el pran. El primero que los alcanzó –al cual el criminólogo le hizo entrega del mismo– fue al entonces cabo segundo Romero, quien con una sonrisa de oreja a oreja le colocó unas esposas.

—Gracias –le dijo a Félix.

—Por nada –respondió el aludido.

A continuación, guardó el arma y procedió a caminar hacia la salida del penal. Todo el resto de los funcionarios de los diversos cuerpos de seguridad, así como los reporteros y demás personas que estaban en la entrada comenzaron a aplaudir, ovacionar y felicitarlo.

EL AMOR

*En este laberinto de la vida
donde tanto domina la maldad,
todo tiene su precio estipulado
amores, parentesco y amistad.*

RAMÓN ORTEGA
VERDADES AMARGAS

1

Durante más de una década y media, Sócrates colaboró con el criminólogo en muchísimas oportunidades. Trabajando de manera conjunta ayudaron a múltiples personas, organizaciones y comunidades, conjugando los conocimientos, habilidades y recursos que ambos poseían en la consecución de los más diversos objetivos, desde rescatar a alguien con problemas de adicción, pasando por solventar la seguridad de una institución, hasta mejorar las condiciones de vida de un grupo social completo.

Juntos recorrieron gran parte del territorio venezolano y acumularon un buen número de vivencias colaborando con otras personas. No obstante, la mayor parte de estas experiencias se desarrollaron en la ciudad de Mérida, por lo que Sócrates se convirtió en el acompañante habitual de Félix en muchas de sus jornadas diarias, tanto en su despacho, sus diferentes trabajos, como en su apartamento. De esta manera, ambos se

volvieron conocedores de sus propias costumbres, rutinas y confidencias.

Uno de los lugares que llegaron a frecuentar era La Guajira, en el estado Zulia. Esta península ubicada en el norte del golfo de Venezuela, estaba dividida en una parte colombiana y otra venezolana según los mapas políticos de cada país. Sin embargo, en la realidad esta frontera era casi inexistente, siendo prácticamente habitada por una población indígena que mantiene sus propias costumbres, ordenamiento social y leyes. Así, a pesar de que en cada región eligen sus alcaldes y concejos municipales, el liderazgo más respetado es el que ejercen los *putchipuü* o palabreros, quienes son los que llevan la palabra y son reconocidos por resolver los conflictos entre familias o clanes.

La primera vez que viajaron a la provincia de La Guajira, fue precisamente para ayudar a uno de los más antiguos y respetados palabreros del lugar, llamado Wilber Epinayú. El hijo menor del anciano había tenido un problema con la justicia seglar, debido a que había intentado cobrar una deuda de sangre fuera del territorio wayú, lo que ocasionó que lo detuvieran. El criminólogo, gracias a sus contactos políticos, logró que le dieran una medida sustitutiva de la libertad, por lo cual el palabrero quedó muy agradecido con él y le regaló una pulsera tejida autóctona de la región, cuyos colores tenían un significado especial según el mismo anciano le explicó, los cuales le permitirían ingresar a territorio wayú las veces que quisiera, sin ser molestado por ningún poblador perteneciente a la etnia.

En uno de esos viajes a La Guajira venezolana, ocurrió que Sócrates quedó prendado de una muchacha wayú, de nombre Yarumí. Esta era una bonita joven de apenas veinte años, morena, de pelo negro y liso, con los ojos un poco achinados. A pesar de la diferencia de edad y de las dificultades que presentan las costumbres propias de esa cultura para permitir que un *alijuna* –como les llaman a los forasteros– desposara a una mujer autóctona del sitio, su amigo se empeñó en conquistarla tanto a ella como a sus padres. Ocurrió entonces que por unos meses el criminólogo no tuvo noticias de este. Hasta que una noche lo llamó para preguntarle si podía ir a visitarlo a su apartamento.

—Claro, hermano –le respondió Félix—. Sabes que siempre eres bienvenido en mi hogar.

—Listo –le replicó Sócrates—. En unos minutos estaré en el sitio. Voy acompañado, para que lo sepa.

—Vale. ¿Algún caso?

—Negativo, solo alguien que quiero que conozca.

Unos instantes más tarde sonó el intercomunicador y Félix le abrió para que subiera. Automáticamente entreabrió también la puerta del apartamento y se sentó en el recibidor a esperarlo. El criminólogo tenía sus sospechas relacionadas con la persona acompañante de su amigo, las cuales fueron confirmadas cuando entró con la muchacha guajira.

—¿Qué tal compa? –lo saludó Sócrates.

—Todo bajo control –le dijo poniéndose de pie y dándole un breve abrazo.

—¿Se acuerda de ella? –le preguntó señalando a la joven.

—Por supuesto —le respondió estrechándole la mano—. Yarumí, ¿verdad? Bienvenida a mi casa. Pasen y pónganse cómodos, estoy seguro que tienen mucho que contarme.

Aquella noche estuvieron conversando hasta altas horas de la madrugada, particularmente Félix y Sócrates, ya que la muchacha no se mostró muy conversadora en esa primera oportunidad. No obstante, después de un sueño reparador ella misma se levantó, les preparó el desayuno y platicó con ambos de la manera más natural. Desde ese momento, debido a sus ojos achinados quedó bautizada como la China. Por increíble que parezca, encajó a la perfección en aquel triángulo y a partir de entonces se convirtieron en un trío inseparable.

Yarumí resultó ser muy útil para la labor del criminólogo, ya que la misma había estudiado una carrera técnica corta en el área de informática y comenzó a colaborar con él escribiendo algunos documentos en el computador e incluso organizando la información de respaldo que tenía guardada en varios discos duros. La única de dichas memorias portátiles con la que Félix mantenía algún recelo era con la que contenía la información privada de todos sus casos, debido a la reserva profesional que estaba obligado a mantener.

Además de ello, la China se convirtió en la acompañante de ambos en todos sus viajes, casos y trabajos, transformándose en una colaboradora imprescindible que asumía las más duras tareas y soportaba cualquier clase de condición adversa sin ningún tipo de queja o reclamo. En ocasiones, Sócrates bromeaba sobre cómo había logrado que sus padres le permitieran llevársela.

—La cambié por diez gallinas —decía.

—¿Queréis que te zampe una cachetada? —Le respondía esta con el acento propio de los habitantes de Maracaibo (capital del estado Zulia), conocidos coloquialmente como “maracuchos” y lanzándole una mirada fulminante.

—Eso sí —le replicaba Sócrates—, ¡me ha salido más buena! A lo que ambos reían a carcajadas.

Así fueron pasando los años, ocupados en diversas tareas relacionadas con las labores de Félix, aunque ocasionalmente Sócrates se alejaba por un tiempo para dedicarse a algunos asuntos relacionados con el grupo guerrillero al cual pertenecía, en cuyos momentos se llevaba a la China y el criminólogo se sentía extrañamente solo, más allá de lo que lo complementaba su profesión. Sin embargo, repentinamente, en el momento en que menos lo esperaba también lo atrapó el amor.

2

Uno de esos días solitarios para Félix, desde muy temprano en la mañana, fue totalmente atípico, hasta con visos proféticos. Al intentar encender su vehículo, presentó una falla que no le permitía arrancar. Debido a ello, decidió dejarlo en el estacionamiento y tomar el transporte público, así que salió caminando. No obstante, al llegar a la respectiva parada de los autobuses se percató de que estaba repleta de personas esperando y que estaban retrasados, por lo que resolvió irse a pie hasta la sede de la Policía Científica donde tenía una entrevista que hacer, no estaba tan lejana de su apartamento y además contaba con tiempo de sobra para llegar.

Llevaba varias manzanas recorridas e iba distraído, sumido en sus pensamientos, levantó la mirada y se percató de una pinta que alguien había hecho en una pasarela que cruzaba la avenida. Era una obra burda, nada artística, hecha con un aerosol negro; una frase escrita con letra desgarrada pero con una ortografía absolutamente correcta. No sabía cuánto tiempo llevaba anotada ahí, si la habían hecho la noche anterior o hacía semanas, meses o años. Lo cierto es que se quedó grabada en su pensamiento para siempre y particularmente durante ese día le rondó insistentemente en el subconsciente: “Los conjuros mágicos se componen de palabras simples”.

Al llegar a la sede de la Policía Científica, todavía tenía aquella frase en su mente. Le carcomía la curiosidad por conocer quién era su autor y las circunstancias en las que fueron escritas, por lo que —fuera de su costumbre habitual— se ubicó frente a una de las computadoras de la oficina, abrió el navegador de la Internet, la tecleó en el motor de búsqueda, colocándole entre comillas y pulsó el botón de entrada. En unas milésimas de segundo, obtuvo la respuesta a su pesquisa, que para su asombro fue de cero resultados.

Aún sorprendido por no haber conseguido ni rastros de la frase, se dirigió a la sala de entrevistas para recibir al autor de un terrible homicidio. Era un individuo que a pesar de no tener documentado ningún antecedente de violencia, en el área de estacionamiento del edificio donde vivía con su pareja, la persiguió, atrapó y acuchilló diecisiete veces por que ella había tomado la decisión de dejarlo. Solo se detuvo cuando un vecino de la víctima que era beisbolista, se encontraba pasando por el sitio por casualidad y lo derribó de un batazo en la cabeza.

A pesar de la importancia de dicha entrevista y además de lo interesante que se presentaba el caso desde el punto de vista criminológico, aquel día Félix no hallaba la manera de concentrarse, no se sentía en forma para asumirla como habitualmente lo estaba. De esta manera, tomó la decisión de suspenderla, además de cancelar otras citas que tenía previstas y más bien retirarse a su despacho a revisar algunas cosas. Así que después de realizar unas llamadas telefónicas salió a la calle y detuvo un taxi.

Una vez en su despacho, encendió el aire acondicionado y se reclinó en su silla ergonómica. Generalmente ese era uno de sus espacios preferidos para meditar o pensar. Aún no entendía por qué razón aquella frase le había impactado tanto y el motivo de que aún estuviera rondando en su cabeza. Era como si hubiese sido embrujado por la misma.

Repentinamente, recordó que en la mañana su vehículo no había querido prender, por lo que tomó el teléfono celular y le escribió un mensaje a su mecánico de confianza, pidiéndole el favor que lo llamara en el momento que tuviera tiempo para ello.

El resto de la mañana se dedicó a escribir un par de cosas en su computadora, archivar los papeles que estaban en su escritorio y mandar algunos correos que tenía pendientes. A mediodía salió y comió un almuerzo frugal en un restaurante cercano, para luego volver a su despacho. Como había cancelado todas sus citas nadie lo interrumpió mientras ponía al día varios asuntos y de paso continuaba pensando en aquella oración que había leído por mera casualidad. Al finalizar la

tarde, volvió a reclinarse en su silla, cerró los ojos y se quedó profundamente dormido.

Casi una hora más tarde se despertó de su sueño, aturdido con el ensordecedor timbre del teléfono de escritorio. Instintivamente enderezó el espaldar de la silla y miró su reloj de pulsera. Era inusualmente tarde para recibir una llamada telefónica en su despacho. Sin embargo, supuso que sería el mecánico quien probablemente había estado llamando a su celular, el cual había silenciado precisamente para no ser molestado. Al quinto timbrazo levantó la bocina y contestó.

—Aló.

—Aló —dijo una voz femenina—, por favor me puede comunicar con el criminólogo Félix Segovia.

—Sí, con él habla.

—Disculpe la molestia, le estoy llamando de parte de su colega, Leonardo Márquez. Él me dio su número y me dijo que podía llamarlo para hacerle una consulta.

—Por supuesto, dígame cuando pudiéramos reunirnos.

—Pues pudiera ser en este momento.

—¿En dónde se encuentra usted?

—En el centro de la ciudad.

—Vale, yo estoy precisamente en mi despacho.

A continuación le dictó la dirección del sitio y acordaron reunirse quince minutos más tarde.

—A propósito —le preguntó—, ¿cuál es tu nombre?

—Jenifer Riera —respondió y colgó.

Puntualmente, un cuarto de hora después, llamaron a la puerta del despacho. Félix se levantó, abrió y se encontró con una bella mujer de labios gustosos, piel canela, pelo liso negro

y unos profundos ojos color café. Era de baja estatura y con una silueta espectacular que aquel ajustado pantalón de jean azul remarcaba. Bajo su blusa blanca escotada se notaban unos pequeños y redondeados pechos, además de dejar al descubierto sus suaves y delicados hombros. Llevaba un libro delgado abierto en sus manos. No pudo evitar dirigirle una significativa mirada de pies a cabeza que a ella no se le pasó desapercibida, aunque el mayor impacto lo recibió cuando escuchó lo que dijo.

Para el criminólogo, en toda entrevista era fundamental poder identificar las reacciones y contrarreacciones psicológicas, que se daban de manera consciente y por lo tanto no representaban mayor dificultad el lograr reconocerlas. Sin embargo, existían unas respuestas que ocurrían en el subconsciente de cada individuo, que eran conocidas en el lenguaje clínico-criminológico como transferencias y contratransferencias. Las mismas, por su naturaleza nacían en algún lugar oculto de la mente, eran más complicadas de distinguirlas y controlarlas.

A pesar de la educación y el entrenamiento de Félix que lo habían preparado para eso y se suponía que no podía permitirse generar una emoción positiva o negativa hacia una persona por alguna trasmisión de recuerdos y/o sentimientos involuntarios generados subliminalmente en su cerebro, aquellas palabras lo agarraron con la guardia baja, despertando una sensación de ternura hacia aquella muchacha, cuya razón no logró identificar hasta un par de horas más tarde.

—Sus frases sencillas me tienen hechizada —le expresó Jenifer mostrando una sonrisa.

—¿Cómo dijo? —le preguntó Félix.

—Disculpe usted, no me he presentado siquiera. Soy Jenifer Riera, estudiante del último año de criminología —le respondió extendiéndole la mano.

—Un placer. Mi nombre es Félix Segovia, pero eso usted ya lo sabe. Pase adelante, por favor —le dijo estrechándole la mano.

Una vez dentro del despacho y sentados frente a frente con el escritorio del criminólogo en el medio de ambos, continuaron con la conversación.

—Perdóneme por ser tan inoportuna —prosiguió—. Estaba leyendo un artículo suyo en este libro y de verdad que la manera tan elemental como expone usted hasta la más compleja teoría criminológica me tiene encantada. Definitivamente, soy su fan.

—Muchas gracias, me halagan sus palabras. ¿En qué puedo ayudarla?

—Pues la verdad es que yo admiro mucho su trabajo, sus investigaciones, sus artículos. He sido seguidora suya desde que empecé la carrera y, pues, mi sueño es que sea mi tutor académico en mi trabajo de grado. Yo sé que usted siempre está muy ocupado, pero conversé con Leonardo, él me dio su número y me dijo que lo llamara para pedírselo como un favor personal.

—Pues permita que le diga, señorita Jenifer, que la verdad es que sí tengo muchísimas ocupaciones.

—Lo sabía —respondió bajando la vista.

—Pero —expresó Félix haciendo que levantara nuevamente la mirada—, para mí es imposible rechazar a una casi colega, mucho menos si es amiga de Leonardo y menos aun siendo tan hermosa.

Entonces Jenifer le dedicó la más encantadora de sus sonrisas.

Dos horas después de ese encuentro, el criminólogo se encontraba acostado en su cama, repasando todos los acontecimientos de aquel día, desde el intrigante grafiti hasta aquella relevante visita en su despacho, cuando tuvo un *déjà vu* que lo trasladó a un recuerdo de su infancia. Desde niño le había gustado escribir y, por supuesto, su primera lectora fue su propia madre, Esther Díaz, quien había sido docente. Esta había fallecido de cáncer hacía casi una década atrás.

Aproximadamente cuando él tenía diez años de edad había redactado un cuento y se lo había llevado a su mamá para que lo leyera. Ella se había sentado con aquella hoja en su regazo y la había leído cuidadosamente. Para el pequeño Félix aquella espera fue larguísima, debido a la expectativa del veredicto de su progenitora. Una vez culminó con la lectura, su madre lo tomó de los hombros y lo miró a los ojos.

—Me encanta como escribes —le dijo—. Eres un mago con las palabras. Tus palabras sencillas me embrujan.

En ese instante Félix Segovia comprendió por qué lo había impactado tanto la oración leída en la mañana y luego las palabras de aquella espectacular mujer que lo había visitado. Las dos habían producido transferencias que su mente le había enviado de un recuerdo del pasado, a las que él había reaccionado con contratransferencias emocionales en uno y otro momento. Para lo único que no tenía ninguna explicación era para la casualidad de que ambas ocurrieran durante el mismo día.

El romance entre Félix y Jenifer surgió de una manera natural. A medida que ella iba realizando el trabajo académico de grado bajo su tutoría, se manifestaron muchas coincidencias, opiniones compartidas y gustos similares. Por supuesto, la criminología su principal pasión en común.

Jenifer Riera era una mujer joven que provenía de una familia monoparental de escasos recursos económicos, su madre había cumplido los roles de ambos padres a la vez, teniendo que levantar sola a su familia, ya que el padre de sus hijos la había abandonado cuando el menor era solo un bebé de brazos. Era la segunda de tres hermanos, la mayor otra hembra y el menor un varón.

Con menos de diez años de edad, los problemas económicos de su familia se agravaron debido a un accidente cerebro vascular que sufrió su progenitora, lo que le produjo una hemiplejía isquémica que le dejó la mitad del cuerpo paralizado. Su hermana mayor, que contaba con tan solo quince años, asumió la manutención de su madre y hermanos, y en muy poco tiempo Jenifer tuvo que dejar de estudiar para hacer lo propio.

Sin embargo, en medio de las dificultades buscó la manera de continuar con sus estudios, inscribiéndose en institutos educativos nocturnos y aprovechando sus pocos ratos libres para leer e investigar. Así fue poco a poco avanzando en el sistema educativo, alcanzó el nivel máximo en la educación básica y luego de varios intentos consiguió entrar en la universidad pública.

En la facultad escuchó hablar por primera vez de Félix Segovia, quien se había graduado hacía quince años atrás y era una verdadera leyenda. Muchos de sus trabajos de investigación, artículos y escritos eran asignatura obligatoria de estudio en múltiples cátedras, dictadas por diversos profesores. Además, sus intervenciones eran reconocidas por todos, incluyendo la del centro penitenciario cuya historia se agrandaba cada año, contribuyendo a aumentar el mito.

Jenifer había incluso asistido en una oportunidad a una conferencia dictada por el criminólogo, el cual acudió en calidad de invitado especial en el marco de un aniversario de Alcohólicos Anónimos. En esa ocasión trató de conocerlo, pero la gran cantidad de personas que se acercaron para saludarlo y hablar con él al finalizar el evento frustraron sus planes.

La primera vez que Félix la transportó hasta su hogar, ubicado en uno de los suburbios más modestos de la ciudad, se percató de la difícil situación en la que vivía junto a su madre y su hermano menor. Habitaban en una casa muy sencilla y humilde, donde no abundaba el lujo ni las comodidades. Sin embargo, esa noche lo invitaron a pasar y le brindaron una típica cena venezolana compuesta por un par de arepas –tortillas de harina de maíz– con perico, es decir, huevos revueltos y café negro con azúcar que, desde su perspectiva, estuvo deliciosa.

A partir de ese momento, Félix se convirtió en un asiduo visitante de la casa y se interesó en sobremanera por todos ellos. Le ayudó a conseguir un trabajo a su hermano menor y buscó la forma de que el Estado pensionara a su mamá. A pesar de que la hermana mayor se había casado y tenía su propia familia, seguía ayudando a su madre y ocasionalmente la llevaba a

pasar unos días en su casa. Así surgió una buena amistad con todo el grupo familiar.

Como se había vuelto una costumbre, uno de los tantos días que la llevó en su vehículo hasta su casa, lo invitó a pasar a tomar café. Casualmente su hermano estaba trabajando y su madre se encontraba donde su hermana. Así que se sentaron en el mueble más grande del recibidor, tomaron el café que ella preparó y charlaron plácidamente durante un par de horas. En ese período de tiempo se intercambiaron no solo palabras, sino además miradas y algunos roces de mano.

—Bueno —dijo el criminólogo repentinamente—, ha sido un rato muy agradable, pero temo que debo marcharme. ¿Me podrías regalar un vaso con agua antes de irme, por favor?

—Claro —respondió ella levantándose y yendo a buscar lo solicitado por Félix.

Unos segundos después, este se levantó y se dirigió hacia la cocina. Al entrar a la misma, Jenifer estaba de espaldas sirviendo el agua desde una jarra que había sacado de la nevera. Al sentir su presencia se volteó, le entregó el vaso y entreabrió sus labios.

—Aquí tienes el agua —le dijo.

—Gracias —le respondió recibiendo el vaso, colocando el mismo en una repisa y acercando su rostro al de ella.

A continuación la tomó entre sus brazos y se besaron por primera vez de manera intensa y apasionada.

Su noviazgo duró un par de meses, mientras Jenifer culminaba el trabajo académico de grado y lo defendía ante el jurado que le asignó la Escuela de criminología. Una vez se graduó, contrajeron matrimonio, realizando una ceremonia sencilla con sus familiares y amigos más cercanos. Luego Félix tomó

unas vacaciones y se fueron de luna de miel a una playa que casualmente era donde él había echado hacía diez años atrás, las cenizas de Esther Díaz, su madre, en el mar.

4

Para Félix, Jenifer se convirtió en una compañera ideal en los ámbitos personal, laboral y social. El hecho de que ella también hubiera recibido una formación criminológica, así como sus orígenes humildes, le habían permitido desarrollar una conciencia de carácter colectivo que posibilitó que se complementaran el uno al otro de manera ideal. El criminólogo llenó aquel vacío que sentía en ocasiones y por primera vez en su vida se sintió absolutamente realizado.

En su círculo más cercano, su nueva esposa también encajó a la perfección. Tanto Sócrates como la China desarrollaron una amistad de manera espontánea con ella, convirtiéndose en un nuevo engranaje de motorización de las múltiples actividades que realizaban en conjunto. Si bien es cierto que muchas de las tareas y funciones que desarrollaba Yarumí fueron asumidas por Jenifer, lejos de convertirse esto en un problema sirvió para generar una nueva dinámica de trabajo que permitió a este singular equipo impulsar de manera más eficiente y eficaz sus acciones colaborativas.

No obstante, por razones obvias la vida de Félix cambió, en especial disminuyendo la cantidad de viajes y el tiempo invertido en estos. Además de ello, tuvo que reorganizar sus ocupaciones y ambientes para poder contar con las condiciones y los espacios necesarios para tener una vida íntima y

privada con su compañera. Esto era nuevo para él, en ocasiones sentía que estaba traicionando a la gran pasión de su vida: la criminología. Sin embargo, se tranquilizaba a sí mismo con el argumento de que su nuevo amor también era una criminóloga.

Varios meses más tarde, luego de una intensa jornada laboral, Félix llegó a su apartamento y se consiguió con que su esposa le había preparado una cena romántica, con vino tinto, mariscos y velas incluidas. Además, Jenifer se había arreglado para la ocasión, con un vestido corto de color blanco, tacones, peinado y maquillaje. Fue recibido apenas entró con un intenso beso y luego guiado hasta la mesa del comedor, donde se sentó junto a su compañera.

—¿Qué estamos celebrando? —le preguntó él.

—Una buena noticia que te tengo —contestó ella.

—¿De qué se trata?

—De algo por lo que tenemos que brindar. Hoy fui al médico.

—Ajá...

—¿Recuerdas el retraso que tengo?

—Sí...

—Pues está confirmado, vamos a ser padres.

—¿Estás hablando en serio?

—¡Claro! Tengo seis semanas de embarazo.

—Es la mejor noticia que he recibido jamás.

A continuación se besaron y brindaron por su bebé. Luego comieron, rieron, conversaron y bromearon durante un buen rato. Después se fueron a la habitación y Félix le quitó delicadamente el vestido, para dejar ver su hermoso cuerpo color canela, contrastado con una ropa interior sexy color blanca

adornada con encajes, que también le retiró con sutileza e hicieron el amor de manera tierna y apasionada.

Sin embargo, cuando todo parecía marchar sobre ruedas para el criminólogo, ocurrió un imprevisto que vino a romper el delicado equilibrio que parecía tener su existencia. Todo empezó una madrugada con una llamada telefónica, justo una semana después de recibir la maravillosa noticia de que su esposa estaba embarazada, mientras aún mantenían en secreto la noticia para sus más allegados. Se encontraba acostado junto a su compañera, completamente dormido, cuando sonó su teléfono celular, era Sócrates. Acostumbrado a recibir llamadas a horas intempestivas por su trabajo y siendo su amigo, le respondió.

—¿Qué pasó, hermano? —dijo Félix respondiendo el teléfono.

—Compa, necesito hablarle personalmente, tengo una emergencia.

—Vale, ¿vienes al apartamento?

—Sí, pero por favor necesito que salgamos, que me lleve a cualquier sitio en su carro para no hablar en su casa, es urgente.

—Bueno, dame unos minutos para vestirme y bajo.

—Listo, ya voy en camino.

Después de colgar se sentó en la cama y Jenifer, quien también se había despertado, hizo lo mismo, mostrándose preocupada por él.

—¿Qué pasó, mi amor? —le interpelló ella.

—No lo sé. Sócrates tiene una emergencia, quiere que lo lleve a un sitio en el carro.

—Ten mucho cuidado.

—No te preocupes, volveré en un rato.

Luego él se volteó, le dio un profundo beso en los labios, le acarició el vientre con ternura y se levantó para salir a verse con su amigo.

Diez minutos más tarde estaba sacando su auto del estacionamiento cuando vio venir caminando a Sócrates. Llegó al vehículo y sin mediar ningún saludo lo abordó y se sentó en el asiento del copiloto. Félix se percató, por la respiración acelerada, la mirada huidiza y el nerviosismo en las manos, que le ocurría algo realmente serio. Nunca lo había visto en ese estado, ni siquiera en momentos de tensión donde había tenido que arriesgar su propia vida.

—¿Qué le ocurre, hermano? —le preguntó el criminólogo.

—Compa, arranque —expresó el otro.

—¿A dónde vamos?

—A donde sea pero arranque.

—Vale.

Arrancó el vehículo y comenzó a recorrer la ciudad sin rumbo fijo, acompañado por aquel individuo cuyo comportamiento lo hacía parecer un completo extraño para él. Tras unos minutos de conducción en silencio, decidió volver a interrogarlo.

—Hermano —le dijo Félix—, dígame ¿qué le pasa?

—Una tragedia compa, es una tragedia.

—¿Qué pasó?

—Es la China...

—¿Qué le ocurrió?

—Se fue.

—¿Cómo qué se fue, para dónde?

—No sé, compa, se fue, se fue con otro y me dejó.

—¿Se fue con otro? ¿Ustedes pelearon?

—No, compa, para nada.

—Y entonces, ¿cómo sabes que se fue con otro?

—Porque yo estaba de viaje y hoy cuando llegué a la casa me conseguí con que había recogido todas sus cosas y se había ido.

—Bueno, quizás fue a visitar a su familia.

—No, compa, nada de eso. Me dejó una nota.

—¿Qué dice la nota?

—Que ella se iba a vivir con otro tipo, que me dejaba, que no la buscara más.

—Eso es muy extraño, ¿así de la noche a la mañana?

—Pues yo tenía mis sospechas de que me estaba engañando.

—¿Con quién?

—Eso no lo sabía.

—¿Ahora sí lo sabes? ¿Te lo dijo en la carta?

—No...

—Pero tienes tus sospechas.

—Pues sí.

Mientras conversaban, Félix iba conduciendo por las calles solitarias de la ciudad. Concentrado como estaba en el manejo, no había tenido mucho tiempo para mirar a Sócrates, quien parecía ensimismado y no levantaba siquiera la mirada. Por eso se sorprendió en sobremanera cuando le echó un vistazo y se dio cuenta que tenía una pistola automática calibre nueve milímetros en sus manos. Por lo que orilló el vehículo, se detuvo, lo apagó y se volvió hacia su amigo.

—¿Qué piensas hacer con eso? —lo interpeló.

—Voy a conseguir a ese tipo y lo voy a matar —le respondió.

—Hermano, cálmese. No puedes actuar de esa manera. ¿Por qué mejor no llamas al Viejo y hablas con él?

—¿A Papá Oso? ¡Qué va, él no debe ni enterarse!

—Sócrates, sabes que perteneces a una organización que no te permite tomar ese tipo de decisiones y menos por un motivo como ese.

Así, el criminólogo se enzarzó con él en una discusión durante casi una hora, hasta conseguir que se calmara y le entregara el arma. Luego de ello lo llevó hasta su casa y lo dejó en la misma. No obstante, a pesar de haber cumplido con su cometido debido a lo afectado que estaba su amigo, había un par de detalles relacionados con su problema que le preocupaban y se decidió a darle parte al Viejo.

Después regresó a su apartamento. Guardó el auto en el estacionamiento y subió las escaleras sumamente cansado, debido a lo tarde que era y a la intensidad de las emociones a las que acababa de hacer frente. Al llegar a la puerta la abrió con sumo cuidado, intentando no hacer ruido. Luego la cerró con suavidad y evitó prender la luz para que la claridad no despertara a su esposa. Esperó un momento para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y cuando al fin se decidió a avanzar hacia la habitación, notó en las penumbras una silueta extraña en el piso, en un rincón del recibidor. Sin pensarlo estiró la mano y encendió la luz.

Después de parpadear un par de veces, la vio. La escena le entró por los ojos, le golpeó el pecho y le hirió el corazón. En el suelo, justo al lado de una pequeña mesa yacía su esposa embarazada, boca arriba, en medio de un gran charco de sangre. Por un instante no quiso acercarse. Hasta que se obligó a avanzar, agacharse y tomar su pulso, para comprobar lo que a simple vista ya se había dado por enterado, estaba muerta.

Sin levantarse sacó su teléfono celular, marcó el número de emergencias y dio el parte de lo sucedido, indicando además su dirección. Tras colgar empezó a acariciar el vientre del cuerpo sin vida de su compañera y rompió en llanto.

EL SOLITARIO

*Amigos complacientes solo tienen
los que disfrutan de ventura y calma
pero a cuantos abate el infortunio
solo llevan tristezas en el alma.*

RAMÓN ORTEGA
VERDADES AMARGAS

1

Josué Nieto se encontraba frente al juez esperando oír su sentencia. Al escuchar su nombre, se puso de pie y a pesar de su alta estatura se sintió más diminuto que nunca. Se encorvó, bajó la mirada y comenzó a escuchar aquella voz que parecía lejana, mientras su mente divagaba en recuerdos de su infancia junto a su padre en el campo.

No había conocido a su madre, quien según le contaron falleció por complicaciones en el parto. Apenas sabía su nombre y la había visto en algunas fotos, de la cual conservaba solo una. Sin embargo, su padre siempre le hablaba de ella, de cuánto lo había deseado tener y cuánto lo había cuidado mientras lo llevaba en su vientre.

Sus primeros recuerdos eran de despertar junto a su padre, con quien convivía en una comunidad de campesinos. Su cabeza calva, los vellos en su pecho, así como el aliento a nicotina de su progenitor, eran de las primeras sensaciones

que se quedaron grabadas en su mente de infante. Además, por supuesto, todo el amor que aquel hombre le manifestaba.

En una oportunidad había acompañado a su padre a una finca cercana a la casa donde vivían. El pequeño Josué tenía unos cinco años de edad, resbaló en el barro, se cayó y se rompió la cabeza con una piedra en la parte de la nuca. Su progenitor inmediatamente lo levantó del piso, le examinó la herida y luego de quitarse su propia camisa para contener la sangre, lo cargó y llevó a la casa del médico de la aldea.

Una vez en el sitio, fue atendido de inmediato por el médico y una enfermera, quienes eran un matrimonio con conocimientos en la materia, ejercían como profesionales de la salud y su casa era una especie de ambulatorio u hospital, además de dedicarse también a criar cerdos junto con sus hijos. Estos le limpiaron la herida, le aplicaron anestesia local, la suturaron y le recetaron antibióticos tan eficazmente como en la mejor de las clínicas.

Terminada la faena médica, su padre lo llevó en brazos hasta su casa, lo acostó en su cama y en los días subsiguientes se dedicó a cuidarlo con la mayor de las dedicaciones, consintiéndolo en todo lo que quisiera comer, acariciándolo una y otra vez, leyéndole sus historias favoritas, arrullándolo hasta quedarse dormido y permitiéndole hacer lo que más le gustaba: jugar con el barro.

Desde muy corta edad se había enamorado de tornear. Como hijo de un tornero, su primer juguete había sido el barro. Sentirlo, probarlo, untarse y moldearlo a su antojo estaba entre sus primeras experiencias. Ver a su padre crear cosas útiles, amasar, moldear, tornear, decorar y hornear eran sus primeros

recuerdos. Así como su padre había sido su primer amigo y héroe, el barro había sido su primer instrumento de diversión, trabajo y devoción.

Al principio, la figura paterna había suplido la ausencia de su madre. No obstante, a medida que fue creciendo y viendo a los otros niños de la comunidad interactuar con sus progenitoras, comenzó a extrañar su presencia y a querer conocer de ella, como lucía, como hablaba, como reía, como lloraba y sobre todo, qué le había ocurrido. Sin embargo, su padre mantenía cierto hermetismo al respecto y lo único que le contaba era que había muerto por complicaciones en el parto.

Como todo niño, tenía su grupo de amigos de la misma edad con los cuales jugaba escalando árboles, rocas, montañas y brincando cercas, palos, ríos y riachuelos. Además pasaban horas jugando a las escondidas, la lleva, el palito mantequillero y la candelita. Aprendían canciones y leían historias. Viviendo en una aldea campestre alejada de las ciudades, carecían de televisores, computadoras, teléfonos celulares y otros aparatos electrodomésticos de uso cotidiano en las zonas urbanas, por lo que su infancia había sido más chapada a la antigua.

Su padre era un hombre de campo. Desde muy niño lo acompañaba a las actividades propias de sus responsabilidades, que iban desde la supervisión de las siembras, pasando por la distribución de las provisiones que traía de la ciudad, hasta las asambleas comunitarias. En los únicos momentos donde se separaba de él era cuando iba a la ciudad a buscar víveres, medicinas u otros insumos para los habitantes de la aldea. En esos momentos quedaba a cargo de algún vecino que lo cuidaba hasta su regreso o de su mentor.

Era un buen amigo de su padre, externo a la aldea, que hacía las veces de su tutor. Un hombre alto, moreno a quien conocía simplemente como Segundo y que a lo largo de su infancia se acostumbró a ver al menos una vez al mes; era quien conseguía muchas de las provisiones para la aldea y su padre le consultaba muchas decisiones importantes, particularmente relacionadas con la vida del propio Josué. Durante los días que Segundo pasaba con ellos se convertía en su acompañante habitual y aunque no le manifestaba muestras de cariño, sí le enseñaba cosas nuevas e interesantes, le llevaba regalos y lo instruía sobre la vida fuera de la aldea, con el consentimiento de su progenitor.

Otro de los elementos que marcaron su infancia, fue la presencia en los alrededores de la aldea de dos grupos armados, entre quienes había una especie de disputa y por quienes no podía andar solo por el campo ni alejarse demasiado de las casas. A uno de estos grupos les decían “Los amigos”, mientras que los otros eran nombrados como “Las sombras”. A pesar de ello, durante los primeros once años de su vida, jamás llegó a ver a ningún miembro de estos grupos, ni tuvo encuentro alguno con los mismos. Hasta que un día ocurrió, lo que cambiaría su vida para siempre.

Todo pasó de forma repentina y violenta. Fue un relámpago que cayó sobre su vida. Era de noche y Josué dormía junto a su padre. En la habitación contigua se encontraba Segundo, quien estaba de visita. Fue despertado por el sobresalto de su padre en medio de la oscuridad, quien le susurró al oído que se quedara muy quieto y prácticamente le pasó por encima, lo sacó de la cama y lo metió bajo la misma, para luego salir

del cuarto, cerrar la puerta tras de sí y mover algunos muebles afuera. En el ambiente se escuchaba el tableteo de ametralladoras, algunas a lo lejos y otras más cercanas.

Mientras esperaba bajo la cama tal y como su padre le había instruido, escuchó a alguien derribar de un golpe la puerta de su casa. Luego de eso, oyó unos disparos que hicieron retumbar todas las paredes de madera, un grito ahogado y un cuerpo que cayó al piso. Sin siquiera pensarlo, Josué salió de debajo de la cama, corrió y abrió la puerta de la habitación. Desde la entrada abierta de su casa se colaba la luz de la luna, siendo una noche especialmente clara. Debido a ello pudo ver a su padre agachado detrás de una mesa con una pistola humeante en la mano, quien se volteó para decirle algo. En el umbral estaba el cadáver de un hombre boca abajo, vestido de paisano, con una ametralladora a su lado y una línea de sangre que se iba extendiendo por el piso desde su cabeza, pero nada de esto lo preparó para lo que presenció a continuación.

Antes de que su padre pudiera articular palabra alguna, apareció otro hombre que se paró con las piernas abiertas sobre el cuerpo del caído. También estaba vestido de paisano y portaba otra ametralladora que apuntó a su progenitor y la accionó. En una fracción de segundo la mitad del cráneo de Omar Nieto desapareció esparciendo fragmentos de hueso, carne y sesos por todo el lugar. Su cuerpo inerte cayó al piso y Josué se encontró gritando a viva voz. El asesino de su padre dirigió el cañón de su fusil al rostro del niño y por un instante, este cesó de gritar para esperar la ráfaga que terminara también con su vida. En vez de eso, el niño huérfano escuchó unos disparos a las espaldas del individuo, que lo hicieron bailar al homicida

una danza macabra amenizada por salpicaduras de su propia sangre y cayó muerto sobre el cadáver de su compañero.

En ese instante, a la luz de la luna, Josué observó a Segundo quien, fusil en mano, se había convertido en el vengador de la muerte de su padre y su salvador. El amigo de su padre entró a la casa lo tomó entre sus brazos y lo sacó de ahí pasando por encima de los caídos. El niño solo pudo echarle un último vistazo al cuerpo inerte de su padre, entre las lágrimas que brotaban incontrolables de sus ojos.

—Abázame fuerte por el cuello y no te sueltes —le dijo Segundo al oído, adentrándose en el campo.

Haciéndole caso a su tutor, Josué se fue con este lejos de su casa, dejó atrás su infancia y se adentró a una nueva vida.

2

Los siguientes años en la vida de Josué fueron completamente distintos a los que había vivido en su infancia. Segundo se hizo cargo de él, lo llevó a vivir con una familia en la ciudad de Maracaibo, estado Zulia, y le consiguió sacar su documento de identidad. Dicha familia estaba compuesta por el padre, la madre y dos hijos varones, adolescentes. Habitaban en una especie de casa de vecindad que tenía múltiples habitaciones, conocida por todos como La Sierra, en honor a La Sierra Maestra, cordillera de Cuba donde inició la revolución armada de Fidel Castro contra el régimen de Batista. Ahí recibían solo hombres que iban, venían y cambiaban constantemente de residencia; por lo que las únicas personas constantes en su vida fueron el señor Edgar, la señora Juana y sus dos hijos, Ernesto y Fidel.

El señor Edgar llevaba aquella casa como un batallón donde todos seguían sus instrucciones y cumplían sus órdenes, incluyendo los inquilinos de turno. La señora Juana era la responsable de coordinar las actividades de la cocina y la limpieza del lugar, aunque todos participaban en la misma. El caso de Josué no fue la excepción. Desde su llegada, Segundo le dejó muy claro que debía acatar todo lo que el jefe de la misma le dijera para ganarse su estadía y su comida en el sitio. Por lo que ese cuarteto y un pequeño ático con un colchón en el piso, se convertirían en su familia indiferente y en su hogar disfuncional en el siguiente lustro de su vida.

A medida que fue creciendo, además de las tareas diarias que le asignaban en La Sierra, Josué empezó a recibir entrenamiento militar e ideológico de izquierda. Diariamente tenía que leer diversos materiales impresos y libros que le ordenaban, cumplir con una rutina de ejercicios físicos y continuamente iban hasta el campo para aprender hábitos de supervivencia, manejo de armas blancas y de fuego. La mayoría de estas actividades eran dirigidas por el señor Edgar y ocasionalmente por el propio Segundo, quien al menos una vez al mes lo visitaba para supervisar cómo era su comportamiento y si estaba aprendiendo nuevas ideas y habilidades con la lectura y el entrenamiento. En ningún momento se le planteó inscribirlo en alguna escuela, por lo que su educación en matemáticas, lenguaje, historia o cualquier otra materia escolar, quedó resumida a la que había recibido en su infancia.

Desde muy corta edad, Josué demostró habilidades de gimnasta. Solía ser bueno para trepar árboles, rocas y saltar obstáculos. En su nueva etapa de vida en la ciudad, continuó

exhibiendo y desarrollando dichas destrezas, que no se le pasaron por alto a su tutor. Segundo le estimuló para que, como parte de su entrenamiento, aprendiera a subir a edificios, brincar muros, escalar paredes, entrar por ventanas y azoteas a diferentes tipos de viviendas, cada vez con mayores grados de dificultad. Si bien no era muy amante de las armas, el muchacho resultó ser extraordinariamente disciplinado para dicha actividad.

Debido a ello, siendo tan solo un adolescente, empezó a cumplir misiones que Segundo le encomendaba. La primera de ellas consistió en entrar a un apartamento ubicado en un primer piso de un edificio en el centro de la ciudad. El objetivo era entrar de madrugada sin que nadie lo viera, ni lo escuchara. Tenía que buscar unos papeles que estaban en una gaveta de una cómoda de la sala de estar y salir con el mismo sigilo que había entrado. Para ello se vistió con un suéter y un mono especial para escalar, se preparó con casco, guantes, coderas, rodilleras y se cruzó un bolso donde debía guardar la carpeta con los documentos. Ya habían estudiado previamente el lugar e incluso entrado a un apartamento de características similares. Segundo lo llevó hasta el sitio en un vehículo, aproximadamente a las tres de la mañana. Se detuvieron justo detrás del edificio y el hombre le entregó al muchacho una pistola calibre nueve milímetros.

—Toma, por si acaso —le dijo su tutor.

—No hace falta —respondió Josué sin recibir el arma—. En un momento estaré aquí de vuelta.

—¿Y si tienes que defenderte?

—Tengo mis propios medios.

Al doblar en la esquina, Josué miró hacia un lado y otro para asegurarse que nadie lo observaba. Inmediatamente empezó a correr, tomó impulso y trepó por una pared de aproximadamente unos tres metros de altura, para agarrarse con ambas manos de una saliente de la fachada del edificio. A continuación, levantó su propio peso y apoyó las rodillas en el reborde, para tantear con ambas manos la base de una ventana y ponerse de pie frente a esta. Tal y como se habían asegurado durante las semanas anteriores, esa noche también estaba abierta. Así que, con el mayor de los sigilos, se introdujo al apartamento de un salto.

Una vez dentro del piso, el muchacho se tomó un instante para escuchar. Era la primera vez que hacía una incursión de ese tipo y a sabiendas de que había personas en el sitio que si lo capturaban lo lastimarían, sentía la adrenalina recorriendo cada centímetro de su cuerpo. Eso era bueno, porque le permitía estar alerta y agudizar todos los sentidos. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad y sus oídos se cercioraron de que la calma era absoluta, se decidió a avanzar.

Había entrado a una habitación amoblada con una cama, una cómoda y un escaparate. No obstante, no tenía ningún ocupante. Sin hacer el menor de los ruidos la atravesó, abrió la puerta y salió a un pasillo con varios cuartos a los lados del mismo.

Rápida pero silenciosamente, cruzó el pasillo y llegó hasta la sala de estar. Se acercó a la cómoda y abrió la gaveta que le había indicado su tutor, donde se suponía que iba a conseguir los documentos. Sin embargo, consiguió solo un grupo de libros. Mierda –pensó–. Cerró la gaveta y empezó a abrir y

revisar las otras. En la tercera que abrió, consiguió la carpeta que estaba buscando. Se leía en letras mayúsculas “EXPEDIENTE”, seguido por una serie de números. La tomó, cerró la misma y guardó los documentos dentro del bolso que llevaba, para volver sobre sus propios pasos. Sin hacer el menor ruido atravesó el pasillo, entró a la habitación, salió por la ventana que había entrado y colgándose del saliente con sus manos, se dejó caer suavemente en la acera. Luego corrió hacia la esquina, dobló y se montó en el carro encendido donde lo esperaba Segundo, quien inmediatamente arrancó el vehículo.

—¿Listo combatiente? —le preguntó su mentor.

—Positivo —respondió el muchacho.

A partir de ese momento, Josué se dedicó a ejecutar las más diversas tareas de ingreso, búsqueda, vigilancia, sustracción o ingreso de múltiples objetos, documentos, equipos, toma de fotografías, audios, videos, entre otros. Cada una de esas acciones estaba dirigida e impulsada por Segundo, quien planificaba y lo trasladaba al lugar de la operación, muchas de las cuales eran incluso fuera del propio estado Zulia. De esta manera, continuó con su entrenamiento, empezó a conocer otros estados del país y perfeccionó su técnica al momento de ejecutar las misiones que le asignaba su mentor.

Sin embargo, a pesar de la formación ideológica que estaba recibiendo, Josué comenzó en secreto a ejecutar acciones de irrupción y hurto por su cuenta. Todo inició al final de una tarde cualquiera, que le encomendaron la tarea de realizar unas compras de alimentos para la casa donde vivía. Al final de la tarde, llegó al pequeño abasto justo antes de que cerraran.

Mientras esperaba ser despachado, dado que era el último cliente, observó todo el procedimiento: el único trabajador del abasto, quien probablemente era el mismo dueño, guardaba el dinero en efectivo que había ingresado durante el día, además de cerrar la puerta de un pequeño baño en el fondo del negocio y sacar los candados que pondría en la puerta principal.

Una vez despachado, Josué salió del negocio, ralentizó sus pasos y esperó a que el dependiente del abasto culminara de cerrar y se marchara. Al observarlo cruzar en la siguiente esquina, volvió sobre sus pasos y se dirigió a la calle trasera del comercio, donde advirtió un pequeño respiradero abierto, a unos dos metros y medio del suelo, que daba al baño de la tienda. Sin pensarlo demasiado y con el corazón latiendo con fuerza, el muchacho miró a ambos lados de la calle, colocó las compras en el piso, retrocedió unos pasos para tomar impulso, salió corriendo y saltó para alcanzar la abertura, donde se colgó con ambas manos. Luego levantó su propio peso, se introdujo por el orificio, cayendo de cabeza dentro del baño y amortiguando la caída con sus manos.

Rápidamente se levantó y de una patada abrió la puerta de madera del baño. Entró al negocio, se dirigió al mostrador, abrió una caja de zapatos, sacó el dinero que había guardado el dependiente y lo escondió en el bolsillo de sus pantalones. A continuación regresó al pequeño lavabo, se subió al retrete y de ahí saltó hasta el respiradero, saliendo por este de la misma forma que había entrado. Al caer al suelo, se puso de pie y observó a lo largo de la calle totalmente vacía. Recogió las compras que había dejado y empezó a caminar hacia su casa. De esa forma se estrenó con éxito en sus operaciones personales.

Durante un par de años Josué alternó las acciones comando que le encomendaba Segundo con sus propias actividades delictivas, las cuales empezaron a reportarle dinero que le servía para comprarse ropa, comida y otros gustos personales. Sin embargo, la mayoría del dinero que recolectaba lo guardaba para no generar sospechas y con el objetivo de ahorrar para comprarse un torno y un horno para cerámica, que eran su sueño de infancia. Para ello, labró un escondite en un rincón del ático donde dormía, entre la pared y el piso, prácticamente inescrutable. A pesar de no tener una familia de verdad y de andar casi todo el tiempo solitario, la vida parecía que le empezaba a dar de nuevo un rayo de esperanza, hasta que un día ocurrió lo inevitable.

La mayoría de las actividades de incursión que realizaba a título personal tenía que ejecutarlas en el día y cada vez era más alto el peligro que corría en estas. No solo en función de que era un blanco más visible, sino además por la confianza en sí mismo que fue asumiendo, que lo llevaba a tomar mayores riesgos. Así, un par de años después de aquella primera vez, eligió un objetivo equivocado. Se introdujo en una casa que había estado estudiando, la cual parecía estar sola a ciertas horas de la tarde y donde estaba seguro que había dinero en efectivo, prendas o algunas otras cosas de valor que podría vender. Por ello, al ver salir al dueño en su vehículo, decidió saltar el muro del estacionamiento, para luego escalar una cerca y entrar por el balcón que daba a la habitación principal del primer piso. Una vez en el rellano, abrió la puerta corrediza de vidrio y se introdujo a la misma.

Con el mayor de los sigilos empezó a revisar las gavetas de una cómoda que estaba en el cuarto, sin encontrar nada de valor. Luego, se dirigió a una mesa de noche junto a la cama y abrió la primera gaveta, consiguió una serie de prendas que guardó en el bolsillo del pantalón. Entretenido como estaba, no se percató que la manilla de la puerta que daba al interior de la casa empezó a girar, de pronto se abrió y entró una mujer joven que quedó cara a cara con Josué, mirándolo con sorpresa. Este reaccionó al instante, la empujó con fuerza y la muchacha cayó de espaldas fuera de la habitación. Inmediatamente giró sobre sus pies, corrió hacia el balcón, saltó hacia el estacionamiento y cayó rodando para levantarse rápidamente, tomó impulso, brincó, se agarró a la cornisa del muro con ambas manos y cuando se disponía a saltar sobre él mismo, escuchó un disparo, sintió un pinchazo en la parte trasera del muslo derecho, salió despedido contra la pared y sucumbió al suelo sobre su costado derecho, golpeándose además en la cabeza. Lo último que vio antes de desmayarse, fue a la muchacha que había empujado asomada en el balcón, empuñando una pistola humeante.

Quien lo rescató en esa oportunidad nuevamente fue su mentor. Segundo logró que, como menor de edad y habiendo salido herido del incidente y puesto que era su primer delito, no pagara tiempo de privación de libertad. No obstante, no pudo evitar que fuera reseñado y quedara el hecho en sus antecedentes penales. Además, corrió con la suerte de que el disparo recibido fue de bajo calibre y no le ocasionó mayor daño ni en el músculo ni en el hueso de de la pierna. Una vez sanado, tuvo que enfrentarse a los castigos físicos y psicológicos a los que el

propio Segundo lo sometió. Estos los soportó estoicamente. Lo que más le mortificó fue que su tutor lo arrebató del lugar donde vivía y se lo llevó a vivir a la ciudad de Mérida. Aunque no iba a extrañar aquella casa y menos aún a aquellas personas que jamás fueron su familia, la peor sanción fue que no pudo llevarse el dinero que tenía guardado para cumplir sus sueños.

3

Su nueva vida en el estado Mérida no cambió demasiado de lo que se había acostumbrado en el Zulia. Ahí fue conducido por Segundo también a la ciudad capital, que llevaba el nombre idéntico al de la misma provincia, pero esta vez a un sitio alejado del centro, un barrio que era conocido como Los Curos. Lo instaló en otra especie de casa de vecindad, donde también había muchos individuos que iban y venían. Con la particularidad de que los responsables de esta eran dos hombres oriundos de Caracas, mucho más rígidos y huraños que la familia de Maracaibo, cuyos nombres eran Jorge y Jhonny. Ambos eran de tez oscura, altos y atléticos, coordinaban aquella célula de la organización a la que pertenecía su tutor con mano dura y no le perdonaban ni el más mínimo incumplimiento a las tareas que le ordenaban. Tenían además dentro de aquella casa, una radio comunitaria que transmitía música e ideología de izquierda.

Debido a que Segundo vivía en el estado Mérida, Josué se acostumbró a verlo una o dos veces por semana cuando no estaba de viaje. No obstante, jamás lo llevó a donde su mentor vivía y nunca conoció a ningún miembro de su familia. Continuó

recibiendo entrenamiento físico, intelectual y psicológico, además de que siguió cumpliendo las misiones que su tutor le asignaba. Este le había dejado muy claro que el castigo que recibiría en caso de volver a ejecutar actividades de incursión por su cuenta y ser descubierto, sería realmente ejemplar y en caso de que lo volvieran a capturar, esta vez no iba a mover un dedo para ayudarlo.

Durante el primer año en Mérida, Josué acató todas las instrucciones de su tutor y no realizó ningún acto delictivo por su cuenta. Sin embargo, a medida que conoció su nueva ciudad de residencia, le asignaron mayor número de tareas que implicaban movilizarse a solas por la misma y sentía mayor libertad, y cuando Segundo se hallaba de viaje, volvió a sus andanzas. Esta vez con muchísimo más cuidado, planificó mejor las acciones, estudió cada detalle y perfeccionó cada vez más su técnica.

En su nueva casa lo acomodaron en una pequeña habitación construida en el patio de la misma, cuyas paredes eran de bloques sin frisar, el suelo de cemento gris, el techo una lámina de zinc, una cortina por puerta y un jergón con una vieja colchoneta encima como cama. Una vez más empezó a guardar dinero en un agujero que labró en medio de un par de bloques, pensando de nuevo en su sueño de convertirse algún día en tornero, como su difunto padre.

Fue en esa época que se ganó el apodo del “Solitario”, no únicamente porque estaba la mayor parte del tiempo aislado, no le agradaba hacer amigos ni conversar demasiado, sino principalmente porque le gustaba trabajar solo. Su especialidad consistía en trepar, escalar, saltar y entrar casi a cualquier sitio,

pero su potencialidad en esas tareas radicaba precisamente en ser observador, paciente, sigiloso, muy hábil para registrar, encontrar cosas, vigilar, grabar, tomar fotos y ejecutar todas esas actividades completamente solo, sin testigos ni acompañantes.

Otra de las características principales de su método de trabajo, que se convirtió en una ventaja tanto para él como para sus superiores jerárquicos, era que no le gustaban las armas, ni portar las mismas ni mucho menos, usarlas. De hecho, Josué evitaba todo tipo de violencia y solo recurría al mínimo uso de ella, empujando o golpeando a alguna persona de los sitios donde incursionaba cuando era descubierto y no tenía ninguna otra opción. Normalmente prefería escapar lo más rápidamente posible del lugar.

Esto también era ventajoso en sus acciones personales de invasión y hurto, dado que portar un arma en esos casos podía ser más peligroso tanto para él como para sus víctimas. Además, en caso de ser atrapado, su pena podía aumentar considerablemente teniendo en su poder un instrumento para agredir, ya que legalmente estaría planificando de manera premeditada hacerles daño a otras personas.

Al cumplir la mayoría de edad, una mañana muy temprano se presentó su mentor para asignarle una operación. Aquel día, Josué notó que Segundo se encontraba más perturbado que de costumbre y le extrañó en sobremanera que le dijera que debían sentarse a afinar los detalles de la misión porque tenía que ser ejecutada esa misma noche. Por lo general, las acciones comando llevaban días, semanas y en ocasiones hasta meses de planificación. Sin embargo, el muchacho sabía que no podía cuestionar las órdenes de su tutor.

El sitio donde debía entrar era un apartamento en el centro de la ciudad. A medida que le iba explicando la misión, Josué se fue percatando de que era una empresa complicada y arriesgada. El piso parecía bastante difícil para incursionar en él, pero muy sencillo para salir. La mayor ventaja era el conocimiento que tenía su mentor del lugar, la ubicación exacta de los espacios y del objeto que debía extraer. El mayor problema era que posiblemente no estaba solo. Segundo le dibujó un croquis con todos los detalles, le conminó a que se los aprendiera, le dijo que pasaba esa noche por él y se fue de la casa. Una acción de su jefe muy fuera de lo común al momento de preparar un golpe de esa magnitud.

Josué repasó y se aprendió todos los detalles de la operación, incluyendo la distribución del apartamento al que debía ingresar y cómo tenía que llegar a él. Además, Segundo fue muy preciso en indicarle dónde estaba el objeto que tenía que sustraer. En función de eso, una vez asimilado hasta lo más mínimo, repasó mentalmente cada uno de sus pasos. Lamentablemente no había ido al sitio con anticipación, lo cual también era algo fuera de lo común a la hora de ejecutar ese tipo de acciones. Pero sin mayores cuestionamientos se preparó para la misma y esperó a su mentor.

Segundo llegó a buscarlo en la madrugada, en el vehículo de costumbre. Sin apenas mediar palabra, Josué se montó en el mismo y arrancaron hacia el centro de la ciudad. Recorrieron las calles vacías, topándose apenas con algún que otro conductor noctámbulo, la mayoría de ellos taxistas. Una vez llegaron al sitio indicado, su tutor detuvo el carro, el muchacho se bajó del mismo y este le giró unas nuevas instrucciones.

—Escúchame bien —le dijo Segundo—, vas a esperar en esta esquina diez minutos exactamente y después acometes la operación tal y como la habíamos planificado.

—Entendido —respondió Josué.

—No creo poder buscarte esta vez. Toma, aquí tienes efectivo para que pagues un taxi. A la hora que pueda voy a buscar lo que tienes que sacar del sitio.

—Copiado.

Inmediatamente su tutor arrancó en el vehículo. Josué se recostó en la pared de la esquina y miró su reloj para calcular el tiempo exacto. A pesar de estar bien abrigado, el frío de la madrugada le calaba hasta los huesos. El muchacho se dedicó a repasar mentalmente el plan que había fraguado junto a Segundo, mientras pasaban los minutos. A medida que el tiempo avanzaba sentía cómo la adrenalina recorría todo su cuerpo. Pasó un taxi por todo el frente muy lentamente, cuyo conductor lo miró esperando a que le sacara la mano. Luego de eso pasó un carro particular por la calle transversal a la esquina donde se encontraba, pero desde la posición en la que estaba no pudo ver al conductor ni mucho menos este a él. Hasta que finalmente pasaron los diez minutos.

Sintió toda la excitación que le producía ese tipo de acciones; Josué cruzó en la esquina y dobló a mano derecha. Ahí se consiguió con una cabina telefónica, tal y como le había instruido su mentor. Sin ningún esfuerzo se subió, tomó impulso y saltó a la cornisa de una casa, agarrándose de la pared con las manos estiradas para avanzar por ella, rápida pero cuidadosamente. Del otro lado del muro, un perro comenzó a ladrar, justo como lo advirtió Segundo. Haciendo caso omiso al ruido, continuó

hasta toparse con el edificio al que debía ingresar. Una vez en el sitio, se impulsó con sus manos sobre la pared hasta quedar de pie sobre la misma. Sosteniéndose del muro lateral del edificio que era un par de pisos más elevado que la casa, observó hacia abajo al perro que había escuchado, el cual continuaba ladrando desde una especie de patio de ladrillos.

Sin siquiera detenerse a pensar, brincó al pararrayos que sobresalía del muro lateral y comenzó a trepar por este. Una vez en el extremo superior de la pared, se impulsó con las manos, saltó a la azotea del edificio y cayó rodando al piso. Con movimientos felinos se levantó y avanzó hacia la claraboya que le había indicado su tutor. La misma era un espacio de unos doce metros cuadrados, que estaba techada en la parte superior y tenía un respiradero de aproximadamente un metro entre el techo y el muro, espacio más que suficiente para el muchacho. Por ahí introdujo la cabeza y observó el pequeño patio del apartamento a donde se dirigía, dos pisos más abajo. Sin mayor dificultad, levantó los pies y se metió por la abertura, sosteniéndose con ambas manos para quedar colgando dentro del tragaluz. Una vez ahí se soltó, cayó un piso y se sostuvo de una ventana interna que estaba en la pared. Luego volvió a soltarse y cayó suavemente en el piso al que tenía que ingresar.

Con el mayor de los sigilos, Josué se volteó y se dirigió a la puerta del patio. Empuñó la manilla y abrió la misma. Sin hacer el menor de los ruidos entró al apartamento en total oscuridad, pasó por el área de servicios, luego la cocina, el comedor y llegó al recibo. Siguiendo las siluetas, consiguió una repisa de madera empotrada en la pared, con puertas corredizas de cristal. Tal y como le había indicado su tutor, abrió la puerta derecha,

se empinó en puntillas, sacó un pequeño baúl de madera, lo abrió, tomó lo que había ido a buscar y lo guardó inmediatamente en el bolso que cargaba. Volvió a guardar el baúl, cerró la puerta de la repisa y se dirigió rápidamente a la salida que habían planificado. Y ahí fue cuando algo imprevisto ocurrió.

Se tropezó con una persona de pequeña estatura, quizás un niño, en medio de la oscuridad. No entendía cómo no lo había escuchado, visto su silueta o percibido su presencia, lo cierto es que ahí estaba frente a él. Apenas sintió el contacto, sin siquiera pensarlo, lo empujó con todas sus fuerzas y corrió hacia la salida. Entró por la segunda puerta a mano izquierda, a una habitación y se dirigió a la ventana. Abrió la misma y subiendo los pies se descolgó por esta, cayendo al suelo justo al frente del edificio. Corrió por un par de manzanas y luego aminoró el paso. Justo en ese momento pasó un taxi y lo abordó. Después de darle las indicaciones al conductor, se sintió mucho más tranquilo. A pesar del pequeño incidente, todo había salido como lo habían planeado.

Un par de horas más tarde, Segundo fue a buscar el botín. Apenas le preguntó cómo había salido la operación y se conformó con su parca respuesta de que todo estuvo bien. Su mentor solo estaba interesado en lo que había ido a buscar, así que se lo entregó y se marchó sin realizar mayores interrogantes. Josué se cambió, se acostó en el jergón, mirando al techo de su cuarto en medio de la oscuridad y sonrió para sus adentros. Cada vez le resultaban más fáciles las misiones que le encomendaban. Era hora de asumir mayores riesgos en sus operaciones personales y empezar a ejecutarlas también en horas de la madrugada.

Así fue como unos meses después de aquella acción, Josué se había acostumbrado a ingresar en viviendas y negocios en horas nocturnas, hurtando dinero y objetos de valor para su propio beneficio. Además, su tutor parecía estar ocupado en otros asuntos y mientras no faltara al entrenamiento y a las tareas que le asignaban Jorge y Jhonny, nadie se interponía en sus acciones personales. Y fue de nuevo cuando el exceso de confianza volvió a jugar en su contra.

Una madrugada cualquiera en la que había ingresado a una vivienda de la que sus ocupantes habían salido, después de haberse tomado el tiempo para registrarla y saquear todo lo que tuviera valor, no se percató que los vecinos lo vieron entrar en la misma y llamaron a la policía. Por ello, cuando se decidió a salir de la casa por el balcón de la fachada principal y saltó a la calle, se topó con un par de policías motorizados, con sus uniformes azul oscuro, que lo apuntaban con sendas pistolas. Sus días como ladrón habían terminado.

4

Josué Nieto dejó de divagar en su niñez y volvió a la realidad en la que se encontraba. Se hallaba esposado, parado frente al banquillo de los acusados, en la sala de un tribunal y estaba siendo juzgado. Ni su mentor ni nadie estaban ahí para apoyarlo o acompañarlo. El defensor público que le había asignado el Estado apenas intervino en el juicio y las pocas veces que se entrevistó con él, ni siquiera se tomó la molestia de mirarlo a los ojos. Una vez más estaba solitario. A pesar de ello, se irguió y miró al juez a los ojos, para escuchar su sentencia.

—Habiendo revisado su caso y todas las pruebas —comenzó el juez—, tomando en cuenta que fue capturado *in fraganti*, cometiendo los delitos de allanamiento a la propiedad privada y hurto, además del hecho de que ya tenía un antecedente siendo menor de edad por los mismos delitos, se le declara culpable y se le sentencia a cinco años de privación de la libertad. ¿Tiene algo que decir el ciudadano?

—Nada —respondió Josué sacudiendo la cabeza.

—Entonces, procedan a ejecutar hoy mismo la sentencia y que sea recluido en el Centro Penitenciario de la Región Los Andes —concluyó el magistrado.

El alguacil del juzgado se dirigió hasta donde se encontraba Josué, lo tomó por el brazo y lo condujo hasta afuera de la sala. Ahí fue entregado a unos funcionarios policiales que lo llevaron hasta una pequeña celda que se encontraba dentro de las instalaciones del Circuito Judicial. Abrieron la reja y lo hicieron entrar a un espacio de seis metros cuadrados, con una repisa de cemento de un metro de ancho en la pared de fondo, que se extendía a lo largo de una pared lateral a la otra. Ahí se sentó y fue encerrado por los policías, que se retiraron dejándolo completamente solo. Por primera vez desde el asesinato de su padre, Josué sintió miedo, acaso lo que vendría sería peor de lo que ya había pasado.

Después de haber sido capturado saltando desde ese balcón, el muchacho fue llevado esposado a la Comandancia de la Policía, donde lo hicieron quitarse toda la ropa y brincar agachado delante de un numeroso grupo de agentes. Luego de que revisaron minuciosamente su vestimenta, sus zapatos y su cuerpo, lo dejaron vestirse, quitándole la correa de los

pantalones y los cordones del calzado. Posteriormente le tomaron todos sus datos, sus impresiones dactilares, le hicieron varias fotografías sosteniendo un número y lo reseñaron en un expediente policial.

Finalmente, fue conducido por sus captores a una serie de pabellones enrejados, llenos de hombres de las más diversas características fenotípicas, pero con una cosa en común: todos se veían miserables. Debido a que había sido apresado en horas de la madrugada, la mayoría de los privados de libertad estaban dormidos. No obstante, los pocos que se encontraban despiertos se mostraron muy interesados en el nuevo detenido. Incluso el par de policías que lo conducían se encargaron de azuzarlos para que despertaran al jefe del tercer pabellón, donde lo encerraron. Inmediatamente fue rodeado por un grupo de seis hombres, dirigidos por un individuo pequeño y barbudo.

—A ver, pajarito —le dijo el hombre apuntándole con el dedo índice—, ¿qué traes de valor? ¿Tienes dinero, reloj o al menos cigarrillos?

Josué calló y lo miró fijamente. Calculando las posibilidades que tenía de hacerle frente al grupo de agresores.

—Revísenlo —sentenció el jefe de la banda.

Al instante, el grupo de seis hombres empezó a registrar su ropa, sus bolsillos y hasta su entrepierna. El muchacho se sintió ultrajado y respondió golpeando en el rostro a uno de sus agresores con el puño, luego se volteó e infringió una patada en el estómago a otro de los hombres y cuando se disponía a golpear al tercero, empezó a recibir puñetazos, patadas, codazos y golpes del grupo completo, que lo sometieron y siguieron golpeándolo hasta dejarlo inconsciente.

Esa fue la primera paliza, pero no la última que recibió en la cárcel. Despojado de los zapatos que traía, empezó a comprender que en ese submundo, imperaban las mismas reglas que en el mundo exterior, con la diferencia de que ahí no había nadie que pudiera ni quisiera ayudarlo, ni siquiera por algún tipo de interés. Una vez más, su pequeño entorno había cambiado y sus sueños quedaron truncados.

Durante un par de meses permaneció detenido en ese pabellón, a la espera de que le fijaran una fecha para el juicio. Cada día se enfrentaba a nuevos problemas y aprendía el rol que tanto la policía como los convictos jugaban en ese perverso juego de captores y detenidos, así como los entes externos que incidían en la vida de los reclusos. Los familiares le llevaban comida, ropa, cigarrillos y visitaban a sus seres queridos privados de libertad y los abogados que iban por información y dinero a cambio de esperanza. Sin embargo, a Josué –el Solitario– no acudía a buscarlo absolutamente nadie.

Hasta que por fin, el Estado le asignó un defensor público y este fue a verlo para presentarse. Apenas le dijo su nombre, su título y la fecha pautada del juicio a través de la reja, sin siquiera mirarlo a los ojos. Le entregó una copia del documento con los detalles de su presentación, así como del circuito, el juzgado y el juez que iba a dictar sentencia en su caso. Le dio las buenas tardes y se retiró. El día del juicio volvió a presentarse con una braga color azul, le dijo que se la pusiera y fue llevado al tribunal, donde el juez lo condenó a cinco años de presidio.

Realmente pensaba que sus temores no eran infundados. Si estar preso en la Comandancia de Policía ya era bastante malo, ser sentenciado a reclusión en el Centro Penitenciario de la

Región Los Andes debía ser ir al infierno. Al final de aquella tarde, Josué fue trasladado en un autobús policial junto con otros reclusos al que sería su nuevo hogar por los próximos años. Durante cuarenta minutos estuvo esposado dentro de aquel vetusto vehículo, viendo pasar personas, carros, calles, avenidas y vegetación, a través de la rejilla de la ventana, acercándose a aquel recinto carcelario que sellaría su destino.

Aquella prisión se encontraba en la ciudad de Lagunillas, en un lugar desértico alejado de viviendas, ubicado en la cima de una pequeña loma y al final de una única carretera como vía de acceso; los últimos minutos del viaje le permitieron a Josué ver a aquel edificio con sus colores blanco, negro, gris y plata, con sus alrededores cercados y fortificados, el cual se acercaba e iba creciendo lentamente ante sus ojos, hasta convertirse en un inmenso monstruo que sin lugar a dudas iba a engullirlo. Y eso fue exactamente lo que ocurrió.

Cuando el autobús se detuvo en el estacionamiento, los policías de uniforme azul que condujeron y los habían estado vigilando, les ordenaron a todos que bajaran del vehículo para ser recibidos por los guardias uniformados de verde, custodios del centro penitenciario. Josué caminó en fila india junto a otros cinco reclusos que lo acompañaban en ese nefasto viaje. Fueron conducidos por los guardias a través de la reja principal de la prisión y cuando cerraron la misma, el muchacho sintió y escuchó como si se cerraran unas fauces gigantescas a sus espaldas. Los llevaron a todos juntos al cuarto de revisión, donde les quitaron las esposas, los hicieron una vez más desvestirse, levantarse y agazaparse repetidamente delante de un grupo de guardias. Ahí les cambiaron las bragas azules por unas de

color anaranjado intenso, que era la de los sentenciados y los llevaron a las entrañas del monstruo.

Una vez adentro les hicieron pasar por una taquilla donde recibieron una toalla y una pasta de jabón. Quien los recibió en el patio principal fue un grupo de custodios con uniformes de color negro que eran dirigidos por el criminólogo Leonardo Márquez. Este era un hombre joven, de casi cuarenta años de edad, mediana estatura, contextura delgada, piel muy blanca y cabello rojizo. A viva voz les ordenó que se pararan firmes y les lanzó un discurso de bienvenida.

—Con un saludo bolivariano, revolucionario y socialista, les damos la bienvenida al Centro Penitenciario de la Región Los Andes —inició el criminólogo—. En nombre del director, mayor Juan Carlos Contreras y del mío propio, brigadier Leonardo Márquez jefe de los custodios, les informo que este es un sitio de reclusión modelo, donde tenemos un régimen militar al que todos deben adaptarse. Cada uno de ustedes al momento de dirigirse a algún guardia o algún custodio debe pedirle permiso para hablar, parándose firme y solicitándolo con el rango que corresponda. Por ejemplo, si se van a dirigir a mi persona, se colocan firmes y dicen en voz alta: ¡Permiso para hablar con usted, mi brigadier! Y si cualquiera de nosotros se dirige a alguno de ustedes la respuesta debe ser también en voz alta: ¡Sí, señor! ¡Entendido?

—Sí, señor —respondieron tímidamente la mayoría de los nuevos reclusos.

—No escuché nada. ¡¿ENTENDIDO?!

—¡SÍ, SEÑOR! —gritaron todos al unísono.

—Estoy seguro de que han escuchado muchas historias de este lugar, sobre todo del pasado. Permitan que les diga que la mayoría son ciertas. Pero las cosas hoy día han cambiado. Aquí van a aprender a hacer orden cerrado y otros ejercicios militares. Van a hacer ejercicios, deportes. Van a aprender un oficio, agricultura, carpintería, orfebrería, electricidad. Van a estudiar, a leer, a investigar. Es decir, van a aprender a ser hombres útiles a la patria. Mientras sean disciplinados y obedezcan las reglas, su estadía aquí no va a ser tan terrible. En caso contrario, nuestros métodos de castigo para los rebeldes y revoltosos, también son ejemplares.

Con ese discurso, Josué empezó una nueva etapa de su corta vida. Caminando por las frías instalaciones de aquel recinto, se sorprendió del orden y la limpieza que veía en todos lados. La gran mayoría de los privados de libertad vestían una braga anaranjada y solo unos pocos —los que aún no estaban sentenciados— braga azul. Fue acomodado en un pabellón lleno de reclusos, que tenía a ambos lados unas literas de cemento, con sus respectivas colchonetas y al fondo un baño de uso común, con un largo urinario, el área para bañarse con unos huecos en las paredes de donde salía agua fría por diez minutos a las cinco de la mañana todos los días y unos cuantos retretes de metal, uno al lado del otro.

Durante los siguientes seis meses Josué se dedicó a sobrevivir en aquella prisión. A pesar de que las cosas ahí no eran tan terribles como se las habían contado, el solo hecho de no tener libertad para hacer nada por su cuenta y de no estar haciendo algo de lo que realmente le interesaba, era suficiente para deprimir a cualquiera. Y el muchacho no era la excepción.

No obstante, en una sola oportunidad que intentó rebelarse, aprendió rápidamente que no tenía sentido, cuando lo hicieron pasar cuarenta y ocho horas incomunicado en el tigrino, una celda de castigo sin ventanas ni entrada de luz alguna, de cuatro metros cuadrados, con la única compañía de una cubeta para hacer sus necesidades.

Aprendida entonces esa lección, más allá de alguna pelea insignificante con algún recluso o un custodio que en ocasiones se ponía intenso con las órdenes que le daba, Josué llevó una vida monótona sin salirse de la rutina programada por los guardias y los custodios. Hasta que una mañana, el brigadier Leonardo Márquez lo llamó al patio para hablar con él. Ahí le dijo que había una persona interesada en su caso, que quería hacerle una serie de entrevistas, las cuales estaban protegidas por la reserva profesional y le servirían inclusive para disminuir su tiempo de condena.

Sin pensarlo demasiado, el muchacho aceptó. Cualquier cosa que le permitiera salir de esa pesadilla antes del tiempo que le habían condenado, valía la pena. Dos días más tarde, mientras se encontraba en el taller de electricidad aprendiendo a reparar bombillos ahorradores, fue buscado por el propio brigadier Márquez en persona. Desde ahí lo condujo a la sala de entrevistas donde lo esperaba el criminólogo Félix Segovia.

LA PERIODISTA

*Nada humano es perfecto nada afable,
todo está con lo impuro entremezclado
el mismo corazón con ser tan noble
cuantas veces se encuentra enmascarado.*

RAMÓN ORTEGA
VERDADES AMARGAS

1

Aquella era una noche particularmente fría y terriblemente triste para la periodista. Se encontraba acostada en la parte superior de una litera, en una de las habitaciones del apartamento de su madre, arropada con una cobija y acurrucada casi en posición fetal; no solo por la tristeza sino porque además tenía que compartir la cama con su propia ropa. Debido a la cantidad de personas que vivían en ese piso, no tenía donde guardar sus prendas de vestir y además lloraba en silencio para no despertar a su hermana y a sus dos sobrinos, con quienes compartía el cuarto.

La razón de sus lágrimas y su tristeza radicaba en el hecho de que acababa de perder a los seres que más amaba en la vida, sus tres hijos. Y no era que habían fallecido ni mucho menos, ni que se habían tenido que marchar en algún viaje imprevisto. Ella misma, al principio víctima de una conspiración y luego por voluntad propia, se los había entregado a su exesposo —el

padre de sus tres hijos varones—, otorgándole la patria potestad sobre estos, para que se fueran a vivir con él.

En función de esa situación, sufría de una depresión severa producida por la pérdida de sus seres queridos de una forma más terrible que si se los hubiera arrancado la muerte. Era un vacío que no podía llenar y un sentimiento de culpa inenarrable. Prácticamente nada podía consolarla, por lo que para intentar conciliar el sueño comenzó a pensar en su propia niñez, cuando vivía con su papá, su mamá y sus hermanos y no tenía en realidad ninguna preocupación, sino simplemente ser feliz.

Adriana Fariña era una hermosa mujer de piel morena, oriunda de la ciudad de Mérida, la hija mayor de una pareja de comerciantes, de un total de cuatro hermanos. Primero había nacido ella, dos años más tarde la siguió Iris, luego de cinco años nació su único hermano varón, David, y diez años después la menor de todos que era Génesis. Paradójicamente, la última de sus hermanas llevaba por nombre una palabra que significaba el comienzo, el inicio de las cosas.

Sus padres tenían un local donde vendían prendas, utensilios y recuerdos de la ciudad de Mérida a propios y foráneos, en uno de los sitios más concurridos por los turistas, conocido como el Mercado Principal. En ese lugar ofrecían desde bolsos y carteras, hasta gorros, bufandas y suéteres, identificados con alguna palabra o símbolo propio de la tierra merideña. En ese espacio era donde precisamente se habían conocido sus progenitores.

Su infancia había transcurrido entre la escuela, ese local y su casa, un cómodo apartamento que sus padres adquirieron en una zona de clase media de la ciudad. Las únicas

responsabilidades que tenía como niña eran estudiar, ayudar con las labores del hogar, hacer algún mandado y ocasionalmente cuidar a alguno de sus hermanos menores. Solía pasar su tiempo jugando con otros niños o con sus primos, de los cuales tenía una buena cantidad. Así de simple y feliz fue su vida, hasta que cumplió los doce años de edad. Entonces, su burbuja de cristal estalló y todo cambió para mal.

Sin haberse percatado de nada, sus padres venían teniendo serios problemas que se iban agravando cada vez más. En ocasiones, su progenitor empezó a llegar tarde a casa y su madre iba a quedarse con mucha más frecuencia en donde su abuela. Hasta que un día, los sentaron a todos en la sala de estar y ambos les dispararon a quemarropa el hecho de que se iban a separar. Esto fue como un terremoto emocional que sacudió a Adriana y a sus hermanos hasta los cimientos. Toda aquella aparente felicidad se desmoronó en un solo instante.

Con la separación además, vinieron los problemas económicos. Empezaron las disputas por los bienes que al final su papá los liquidó como mejor le pareció, dejándole solamente el apartamento a ellos y a su madre, con el agravante de que el mismo estaba hipotecado y ninguno lo sabía. Por ello, cuando empezaron a llegar las notificaciones de cobro y posteriormente de ejecución de la hipoteca, su mamá se vio en la obligación de vender el piso muy por debajo de su valor real, pagando además al banco casi todo el dinero que recibió en la transacción.

En consecuencia, no tuvieron más opción que la de irse a vivir a la casa de su abuela materna, ubicada en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad, llamado Pueblo Nuevo. Ahí, tuvieron que acomodarse los cinco en una sola habitación,

teniendo que compartir Adriana una pequeña cama individual con su hermana Iris. La casa tenía cuatro habitaciones, dos de ellas estaban ocupadas por sus tías, que ya tenían sus propias familias, y otra la mamá de su progenitora, quien para ese momento ya era viuda.

Pueblo Nuevo es un barrio que está justo al lado y a lo largo del casco central de la ciudad de Mérida, separado de este solo por el río Albarregas, pero comunicándose directamente a través de cuatro puentes con sus respectivas escaleras, además de la salida y la entrada principal de doble circulación automotriz por la parte de arriba y de abajo del sector. En el centro del barrio estaba una casa conocida en el bajo mundo como La Fortaleza, el mayor centro de venta y distribución de drogas ilegales de toda la ciudad.

Su padre se convirtió entonces en casi un extraño al que veían muy ocasionalmente, quien no solo dejó de aportarles económicamente, sino que además se desvinculó casi por completo emocional y sentimentalmente de su antigua compañera y hasta de sus propios hijos. Todo ello significó para Adriana entrar a la adolescencia en uno de los momentos más difíciles de su vida.

Su madre continuó fabricando bolsos, carteras y monederos para vender a los turistas. No obstante, al no tener un local para venderlos tenía que recorrer muchísimas tiendas, ofrecer la mercancía, dejarla en consignación y la mayoría de las veces venderla con una mínima ganancia, para poder darles a sus hijos lo necesario para sobrevivir.

Tanto Adriana como sus hermanos continuaron los estudios y recibieron una educación estricta de parte de su madre,

especialmente ella como la hija mayor, la educó para que colaborara con los oficios de la casa y cuidara a sus hermanos menores. Sin embargo, también tenía que enfrentarse al ambiente complicado del barrio donde vivía, además de los rumores y las intrigas entre sus propias tías, primos y hasta de su abuela.

En ese lugar, fue pasando su adolescencia con muchos altibajos, dificultades y carencias. A pesar de ello, Adriana consiguió aprobar el bachillerato e intentó entrar a estudiar a la universidad pública, aunque sin éxito. Con la intención de aportar en su hogar y ayudar a su mamá, incursionó en el ámbito laboral, donde probó con diversos trabajos que fueron desde dependienta en una tienda de ropa, hasta secretaria en una institución gubernamental. De esta manera, adquirió experiencia en este campo y se liberó además un poco de los problemas familiares.

No obstante, rodeados en el barrio de vendedores de drogas, ladrones y otros delincuentes, aunado a las condiciones de hacinamiento en las que vivían y a las labores domésticas impuestas en la casa de su abuela, además de la profusión de rumores familiares —era una joven muy llamativa físicamente y levantaba envidia—, Adriana no soportó la presión que llevaba en su vida y tomó una decisión radical antes de cumplir los veinte años de edad.

De esta manera, siendo cortejada por un joven de nombre Jhonatan, que tenía su misma edad, el cual se mostraba muy galante y trabajador, comenzó a salir con él, primero como una vía de escape a sus problemas y luego como un prospecto interesante para cambiar su situación. Por ello, cuando le propuso matrimonio y que se fueran a vivir donde los padres de este,

ella aceptó sin dudarle, aun en contra de la voluntad de su propia progenitora. Tenía además otra razón importante, que ni su madre ni ningún otro miembro de su familia conocía: estaba embarazada.

2

La vida matrimonial para Adriana tuvo sus altibajos. Al principio todo fue color de rosa y la liberación de sus problemas familiares fue un verdadero alivio para ella. Sin embargo, el hecho de que se había mudado con sus suegros y el cambio de actitud de su nuevo esposo después de casados generó para ella nuevos retos, nuevas dificultades y nuevas disyuntivas a las que debía hacerle frente.

De esta manera, se acomodaron en una habitación y compartían con los padres de Jhonatan el resto de la casa, ubicada en un sector céntrico de la ciudad que a pesar de también ser humilde, tenía menos problemas de delincuencia que de donde venía. Durante los primeros meses de casada, su esposo cuidaba mucho de ella y de su salud, particularmente al estar en estado de gestación.

Si bien la primera impresión que se llevó de la mamá de su esposo fue de que era una mujer controladora, Adriana intentó no sugestionarse al respecto, y a pesar de que su esposo también parecía dejarse llevar por todo lo que esta le imponía, pensó que quizás estaba siendo injusta con su nueva familia y que debía darles una oportunidad. Seguramente las cosas mejorarían cuando naciera su hijo. Desafortunadamente, se equivocó.

Una vez nacido su primer hijo, Adrián, al regresar del hospital a casa de sus suegros se encontró con la sorpresa de que la mamá de su esposo los había mudado de habitación sin su autorización, cambió todas sus cosas del cuarto al final del pasillo en donde estaban instalados a uno ubicado justo al lado de la habitación de los padres, con la excusa de que era mejor para ella poder cuidarla durante la cuarentena y además para estar más cerca del cuarto de baño. Lo peor de todo fue la impasibilidad de Jhonatan ante tamaña arbitrariedad y falta de respeto para con ellos como pareja que eran.

A partir de ese momento, la vida en esa casa se convirtió en un infierno para Adriana, donde no tenía derecho a voz ni voto sobre las decisiones de su propia vida ni la de su hijo. Además de ello, una vez recuperada de la cuarentena posparto, le impusieron una serie de labores domésticas que iban más allá de la responsabilidad que tenía para con su núcleo familiar, teniendo que atender además a sus suegros en las labores propias del hogar, como preparar comida, lavar y planchar ropa, entre otras cosas.

Esta situación comenzó a deteriorar la relación con su esposo, el cual no atendía a razones cuando ella intentaba reflexionar con él respecto a lo impropio de la forma que se estaban llevando las cosas, en función de ellos tres como un nuevo núcleo familiar. Particularmente, era imposible hacerle algún reclamo en torno a su suegra, quien imponía sus decisiones sobre todos y cada uno de los que hacían vida dentro de aquella casa.

No obstante, Adriana realmente estaba enamorada de su esposo y debido a ello soportó esa situación durante una década de su vida. Como en todo matrimonio, no puede decirse que

todo lo vivido durante esos años fueron malas experiencias, ya que en el transcurso de los mismos tuvieron dos hijos más, Salomón y Samuel, realizaron algunos viajes familiares y a pesar de que no era algo que le agradaba a su esposo ni a su suegra, visitaba ocasionalmente a su madre y a sus hermanos, por lo que pasó algunos momentos de felicidad.

Los verdaderos problemas con su esposo comenzaron cuando Adriana se decidió a estudiar una carrera universitaria. El Estado venezolano había ideado hacía varios años atrás un plan para la municipalización de las universidades, con el propósito de multiplicar las oportunidades de estudios superiores para todos aquellos que hubieran aprobado la educación básica. Así, creó nuevas casas de estudio en todo el territorio nacional, que le abrieron la posibilidad de continuar sus estudios a muchísimas personas en Venezuela.

Aprovechando la oportunidad, Adriana se inscribió en una de esas universidades. A pesar de que su sueño desde niña había sido estudiar medicina, optó por su segunda opción vocacional, que era la Comunicación Social. Además de que siempre había admirado el trabajo periodístico, esta carrera se adaptaba más a sus expectativas y condiciones actuales de su vida. De esta manera, antes de iniciar a estudiar el pensum oficial, tuvo que realizar un curso propedéutico por dos meses, el cual aprobó con las más altas calificaciones.

Desde que empezó a asistir a dicho curso de preparación, comenzaron los problemas y las discusiones con su esposo. Aun cuando el horario de clases que ella había escogido era el nocturno y que se esforzaba por cumplir con todas sus obligaciones en el hogar, el hecho de que saliera todos los días a

estudiar generaba un conflicto, que al principio se limitaba a que le hiciera una mala cara o no le contestara los saludos o las despedidas, mas continuaron escalando hasta llegar a los gritos y los insultos.

A pesar de esto, Adriana había tomado la decisión de estudiar para cambiar su vida, poder conseguir un trabajo digno, que le permitiera tener los ingresos necesarios para tomar sus propias decisiones, atender todas las necesidades de sus hijos y dejar de ser una trabajadora doméstica que no recibía siquiera pago por sus servicios. Aguantó los malos tratos, las discusiones, los gritos y los insultos de forma estoica. Sin faltar un solo día a clases ni menguar un ápice en su empeño de graduarse. Hasta que a mitad de su carrera, le ocurrió un terrible accidente.

Todo pasó un día que tenía un importante examen al que no podía faltar. Adriana había distribuido su tiempo para cumplir con todas las actividades domésticas y además prepararse para la prueba. No obstante, al acercarse la hora de ir a clases, todavía tenía pendiente bañar a sus dos hijos menores de cuatro y cinco años respectivamente, antes de servirles la cena. Por ello se le ocurrió preguntarle a su esposo si podía ayudarla con esa tarea para ella no llegar tarde a la evaluación.

—Esa es tu responsabilidad —le respondió Jhonatan—. No es mi problema que hayas perdido el tiempo hoy.

Dado que solo tenía media hora para llegar a la universidad, inmediatamente Adriana llamó a sus dos hijos, los desvistió y los metió bajo la regadera del baño. Comenzó a enjabonarlos y a echarles champú en la cabeza, cuando el menor de ellos empezó a llorar porque le picaban los ojos. Ella se inclinó para tratar de alcanzarlo y meterlo bajo el chorro de agua, cuando se

resbaló, cayó de bruces al piso arrancando la cortina del baño y golpeándose la pierna izquierda justo debajo de la rodilla con el pequeño muro que separaba el área de la ducha del resto del baño.

Al momento sintió un dolor punzante que la hizo gritar a viva voz. Jhonatan entró al baño y la consiguió tirada en el piso llorando junto a sus dos hijos, quienes también sollozaban por el susto. Como Adriana estaba vestida con una franelilla y un pantalón corto, se le veía abierta una herida profunda en la pierna, que dejaba al descubierto el hueso y sangraba profusamente. Al instante su esposo la levantó del piso, la cargó y la llevó rápidamente al hospital.

La herida había sido realmente grave. Además de la fractura del hueso, por muy poco, había estado a punto de cortar por completo el tendón. Debido a este accidente, el siguiente año de su vida tuvo que permanecer casi completamente en cama y depender de la ayuda de los demás para realizar las actividades más básicas. Sin embargo, gracias a la solidaridad de sus compañeros de clases y sus profesores, quienes le llevaban las tareas al hogar, le asignaban trabajos escritos para enviarlos vía correo electrónico y estaban pendientes de su proceso educativo, continuó con sus estudios para hacerse periodista.

Una vez que se pudo poner de pie, caminar, atenderse ella misma y a sus hijos, Adriana retomó su vida casi con la misma normalidad que antes del accidente. No obstante, su esposo pareció molestarse con el hecho de que no interrumpiera sus estudios ni aun estando convaleciente y empezó a arreciar en sus discusiones, gritos e insultos, los cuales fueron subiendo cada vez más de tono hasta llegar al límite y sobrepasarlo.

La gota que derramó el vaso, cayó un año antes de culminar sus estudios. Adriana acababa de preparar el desayuno para todos, cuando Jhonatan salió de la habitación malhumorado, como ya era su costumbre. Sus hijos y sus suegros aún estaban acostados durmiendo. Ella dormía en el cuarto de sus hijos desde antes del accidente, por ello era la primera vez que lo veía aquella mañana, cuando se sentó a la mesa y esta le sirvió un plato de cereal con leche, regado con azúcar, junto con un vaso de jugo de naranja.

—¿Qué mierda es esta? —preguntó Jhonatan mirando el plato de cereal—. ¿Ya no tienes ni siquiera tiempo para prepararme un desayuno decente?

—Si no lo quieres, no te lo comas —respondió Adriana sin inmutarse.

—¡Cómete tú esta basura! —le gritó su esposo arrojando el plato de cereal con leche a la cara de ella.

De manera refleja, Adriana le saltó encima a Jhonatan e intentó golpearlo, gritándole todas las cosas que había estado tragándose por años. Sus suegros salieron de la habitación y mediaron para que terminara la pelea, pero lo que no pudieron hacer fue convencerla de que se quedara. En ese preciso momento, llamó a su madre, quien acababa de mudarse a un nuevo apartamento, para que le permitiera irse a vivir un tiempo con ella. Aquella misma mañana acomodó su ropa y la de sus hijos, armó sus equipajes y se fueron a vivir en la nueva casa de su progenitora.

El nuevo hogar para Adriana y sus hijos al principio significó un cambio positivo en la vida de los cuatro. El apartamento recién adquirido de su madre tenía tres habitaciones y como vivía sola con sus dos hijos menores, les dieron un cuarto exclusivo para ella y sus tres hijos. Además de eso, en esta casa no existían las discusiones y los problemas que tenían que enfrentar a diario donde su esposo y sus suegros, por lo que el ambiente mejoró también de manera significativa. De esta manera pudo graduarse de periodista con mayor tranquilidad y comenzar a ejercer su profesión en la Oficina Central de Información de la Gobernación del estado Mérida.

Así, transcurrió un año y medio de sus vidas en una relativa paz y tranquilidad. Sin embargo, una vez más ocurrió un evento que deterioró drásticamente su situación. Su hermana Iris, quien ya había formado un hogar y tenía dos hijos, comenzó a tener problemas con su respectivo esposo. Si bien las dificultades que tenía esta con su pareja eran de otro estilo y aun cuando vivían en una casa aparte donde podían tomar sus propias decisiones, Iris también decidió mudarse con sus dos hijos para el apartamento de su madre, con previa autorización de ella.

Esto significó un serio problema de hacinamiento. A partir de ese momento tuvieron que convivir siete personas en una sola habitación. Además, empezaron a presentarse dificultades en la distribución en las tareas del hogar, roces y discusiones entre los niños, que se trasladaban a los adultos. Entonces la vida se convirtió en un infierno, particularmente para Adriana,

sus hijos y especialmente para su hijo mayor, Adrián, quien empezó a deprimirse profundamente.

Debido a ello, Adriana tomó la decisión de llevarlo a un especialista. Una psicóloga comenzó a tratarlo y a aplicarle terapias que mejoraran su condición emocional. Aun a pesar que desde el momento de la separación Jhonatan prácticamente no había visto de sus hijos ni aportado económicamente a su manutención, por insistencia de ella, él se inmiscuyó en las terapias de su hijo y llegó incluso a entablar una amistad muy cercana con la psicóloga que lo trataba.

Una mañana muy temprano, estaba Adriana con sus tres hijos desayunando antes de llevarlos a la escuela, cuando recibió una llamada a su celular de la psicóloga que veía a su hijo mayor.

—Buen día, señora Adriana, ¿cómo ha estado? —inquirió la psicóloga.

—Bien gracias, ¿y usted? —respondió la periodista.

—Muy bien, gracias a Dios. La estoy llamando porque he evaluado en profundidad el caso de Adrián y le tengo una recomendación para mejorar su estado emocional. ¿Será posible que pase en horas de la mañana por mi consultorio?

—Por supuesto. Después de dejar a los niños en clases me acerco hasta el sitio.

—Excelente, la espero. Que tenga un feliz día.

—Igual para usted —finalizó Adriana y colgó la llamada.

Un par de horas después, se encontraba Adriana en la sala de espera del consultorio de la psicóloga, esperando ser atendida. Una recepcionista la hizo pasar y le informó que la doctora estaba con una paciente, que aguardara unos instantes para ser atendida. Tan solo transcurrieron unos minutos, cuando salió

una mujer joven del consultorio, la anunciaron y procedió a pasar al despacho. Una vez intercambiaron los respectivos saludos, Adriana se sentó en el escritorio frente a la psicóloga, quien comenzó a hablar.

—Gracias por venir, señora Adriana —comenzó la doctora. Realmente estoy muy preocupada por la depresión de Adrián, he estado evaluando su caso a profundidad y quiero hacerle una recomendación en función de su condición, para mejorar su estado emocional y además la condición en la que viven tanto él como sus hermanos e inclusive usted misma.

—No comprendo —respondió la periodista—. ¿Específicamente cuál es la propuesta de terapia que usted tiene para mejorar la depresión de mi hijo?

—Realmente más que una terapia, mi recomendación va dirigida a cambiar la situación actual de sus hijos, especialmente la de Adrián, para que pueda mejorar emocionalmente. Esta situación de depresión inicia con la separación de sus padres. Luego se complica al tener que cambiar su casa, su estilo de vida y sus costumbres por algo totalmente nuevo. Y finalmente se agrava cuando su hermana se muda con sus dos hijos a la casa de su madre y ahora tienen que compartir la habitación y el pequeño apartamento con todos ellos. ¿Es correcta mi apreciación o me equivoco?

—Es correcta.

—Bueno; en ese sentido, mi propuesta es que permita que sus hijos vivan con su papá por un año o hasta que usted logre cambiar su situación de vivienda. Esto va a permitir que ellos compartan con su padre, tengan su propia habitación, disminuya el estrés, las peleas a las que están sometidos en la

actualidad y obviamente le va a servir a su hijo mayor para que disminuya su depresión. La idea es que usted igualmente los vea y esté pendiente de ellos, que comparta los fines de semana o que ocasionalmente hasta se queden con usted. Es decir, que su vida diaria mejore significativamente.

—No lo sé, doctora —respondió la periodista estremeciéndose y dejando rodar algunas lágrimas por sus mejillas—. Es algo que tendría que pensar muy bien. Yo no quiero separarme de mis hijos.

—Piénselo. Considere que es la mejor decisión para todos.

Adriana salió hecha un mar de lágrimas de la entrevista con la psicóloga. Casi no veía por dónde andaba y se subió en el transporte público por inercia. Simplemente imaginar que sus hijos no vivieran con ella le ocasionaba un profundo dolor. No obstante, las palabras de la psicóloga retumbaban en su mente y en lo profundo de su ser asumía que era la decisión apropiada para sus hijos, especialmente para Adrián.

Con esa idea removiendo sus emociones, la periodista le consultó a su madre sobre la decisión correcta al respecto. Ella le expresó su punto de vista, diciéndole que la consideraba una opción para mejorar su situación temporalmente, dejándole claro que finalmente la decisión estaba en sus manos. De esta manera, Adriana se decidió a llamar a Jhonatan, quien a fin de cuentas era quien tenía que aceptar que los niños se mudaran con él y tendría que atenderlos en sus actividades diarias.

—Buenas tardes, Jhonatan —empezó Adriana la conversación por teléfono.

—Buenas tardes —le respondió—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Te estoy llamando para hacerte una consulta relacionada con los niños. Particularmente con Adrián, pero que implica también a Salomón y a Samuel. Es decir, te llamo por ellos.

—Cuéntame, ¿qué necesitas?

—No, yo no necesito nada. Quienes te necesitan son tus hijos. La psicóloga que trata a Adrián me hizo una recomendación importante para tratar de mejorar su situación emocional y la de los otros dos niños. Pero esa recomendación implica que tú aceptes hacer algo por ellos.

—A ver, ¿qué será?

—Ella me está recomendando que los niños se muden a vivir contigo al menos durante un año. Esto con el fin de mejorar las condiciones en la que viven, para que compartan mayor tiempo contigo y Adrián pueda retomar la rutina de vida que llevaba hasta donde sea posible.

—Me parece bien. Yo estoy dispuesto a asumir la tarea el tiempo que sea necesario. Lo que sea por nuestros hijos. Ahora bien, creo que es necesario que firmemos un acuerdo en Fiscalía para dejar las reglas claras.

—Está bien, estoy de acuerdo.

Finalmente, se decidió a hacerles la consulta al respecto a sus hijos. Ellos serían quienes tomarían la decisión final. Para su sorpresa los tres se mostraron maravillados con la idea. Especialmente Adrián, a quien por primera vez en mucho tiempo lo vio sonreír, estuvo encantado con la propuesta. Esto le ocasionó un mayor dolor a Adriana, quien veía como sus mayores temores se materializaban.

Jhonatan coordinó todo lo relacionado con la firma del acuerdo en Fiscalía y le pusieron fecha al acto oficial. Los niños entusiasmados recogieron sus cosas e hicieron sus maletas con ayuda de su mamá, quien participaba con un nudo en la garganta. Su padre los fue a buscar en la camioneta del abuelo y de paso le dieron la cola a Adriana hasta la oficina pública donde iban a firmar.

Al llegar, los niños se quedaron esperando con el abuelo en la camioneta mientras que Jhonatan y Adriana subían al primer piso de la Fiscalía a firmar el acuerdo. Una vez en la oficina del fiscal los hicieron pasar, sentarse frente a un escritorio y les entregaron el documento para que lo firmaran. En ese momento, la periodista comenzó a leer el texto del acuerdo y empezó a llorar.

Los términos del mismo estaban redactados para darle la patria potestad de los niños a su padre, proponiendo inclusive un régimen de visita para la madre. Además, no tenía una fecha de término de un año, sino que lo dejaba abierto en el tiempo. Adriana leyó con incredulidad esto, levantó la mirada y se enfrentó a Jhonatan.

—¿Qué es esto? —le inquirió la periodista—. ¿El acuerdo no era que los niños iban a estar un año contigo y la patria potestad era compartida?

—Sabes que es mejor así para todos —le respondió sonriendo—. Si no estás de acuerdo pues nos devolvemos a donde tu mamá y les hacemos que deshagan sus maletas.

—Maldito infeliz —le espetó Adriana junto con una mirada mortal inundada por las lágrimas—. A continuación firmó el

documento y salió llorando del edificio para despedirse de sus hijos.

Algunos días después, la periodista se enteró que tanto la psicóloga como el fiscal estaban en complot con Jhonatan para quitarles a sus hijos y ella no se perdonaba ese momento de debilidad donde había tomado la última decisión y se los había entregado bajo su custodia. Debido a ello cayó en una depresión profunda y por eso lloraba en silencio, sin que nadie se percatara, aquella fría noche en la litera de la casa de su propia madre.

4

A la mañana siguiente, la periodista se obligó a levantarse para ir a su trabajo. A pesar de que no tenía la menor motivación para hacerlo, sabía que quedarse acostada no iba a mejorar su situación. Así que tomó una ducha con agua fría, se vistió con lo primero que consiguió y salió del apartamento sin siquiera desayunar.

Aquel fue un año terrible para Adriana. La depresión que tenía le hacía no sentir ánimos ni siquiera para comer. Perdió mucho peso y se sumió en una depresión cada vez más profunda y severa. Para colmo de males, empezó a tener problemas con su jefa directa en el trabajo y finalmente se vio obligada a renunciar al mismo. De tal manera que su situación económica se transformó en precaria y esto también le conllevó a tener problemas familiares en la casa de su madre.

En ese instante de su vida, la periodista sintió que había tocado fondo. No obstante, como parecía no haber forma de

que las cosas empeoraran y el único camino que tenía era el de comenzar a subir, su vida empezó a mejorar. Entregó su síntesis curricular en un diario local de renombre y fue contratada como periodista de investigación. Sus nuevos ingresos le permitieron aportarle económicamente a la casa de su madre y a sus hijos, a quienes veía una vez por semana o cada quince días, dependiendo del humor de su exesposo. Y un día cualquiera, al llegar a su lugar de trabajo, conoció al criminólogo.

Aquella mañana se había levantado un poco tarde, por lo que llegó retrasada y muy agitada al diario. Se acercó a su cubículo y repentinamente se percató de que el espacio de trabajo contiguo que normalmente estaba vacío, se encontraba ocupado. En el mismo estaba sentado un hombre moreno, de mediana estatura, contextura gruesa y facciones finas. Se encontraba sumido en sus reflexiones frente al computador y solo volteó a mirarla en el momento en que la periodista se sentó y le dedicó una sonrisa.

—Hola —le dijo el criminólogo.

—Hola —le respondió la periodista. ¿Eres nuevo aquí?

—No realmente. En realidad soy un amigo del gerente de este diario, estoy haciendo una investigación para un trabajo que voy a publicar y necesitaba acceso a la base de datos de artículos e investigaciones periodísticas de este medio. Un placer, mi nombre es Félix Segovia, ¿y el tuyo? —le preguntó extendiendo su mano.

—Adriana Fariña —le contestó aceptando el apretón de manos—, mucho gusto. ¿Eres periodista también?

—No, soy criminólogo.

—¿Y puedo saber de qué se trata tu trabajo?

—Sí por supuesto. Es la segunda parte de mi trabajo especial de grado, un trabajo de investigación criminológica sobre un grupo de refugiados colombianos en la Sierra de Perijá. Recolecté una serie de datos etnográficos y estadísticos importantes sobre ellos y tengo inclusive una buena cantidad de material audiovisual. Tanto, que generó una segunda parte.

—Qué interesante. Quizás pudiera hacerse también un trabajo periodístico sobre ese grupo de personas.

—Claro que sí. Tal vez más adelante, una vez publicado mi trabajo, pudiéramos coordinar algo al respecto.

—Por favor, envíame tu tesis de grado y cuando publiques la segunda parte del trabajo, también quisiera leerlo.

—Cuenta con eso.

A continuación, intercambiaron sus números de teléfono celular y sus correos electrónicos, sin tener siquiera una remota idea de lo importante que iba a ser en el futuro ese encuentro para ambos.

En función de su trabajo como periodista de investigación y gracias a la publicación de varios reportajes y documentales escritos que tuvieron un gran impacto a nivel comunicacional, Adriana realizó una escalada vertiginosa en el diario digital donde trabajaba, hasta llegar al puesto de jefa de redacción a casi un año y medio después de su contratación.

A pesar de ello, seguía teniendo serios problemas emocionales por estar separada de sus hijos, lo que la llevó a verse con un especialista que le brindó varias herramientas terapéuticas para ir sobrellevando su situación. Inclusive estuvo tomando medicación durante algunos meses que, si bien la hacían sentir mucho más tranquila, prefirió dejarlas de usar

por decisión propia debido al temor de volverse adicta a dichos medicamentos.

Físicamente, su estado emocional también se veía reflejado. Continuaba teniendo inapetencia por la comida, lloraba mucho en las noches, no podía conciliar el sueño y cuando lograba quedarse dormida tenía sueños desagradables. Además, empezó a manifestar episodios esporádicos de sonambulismo. Su trabajo se convirtió entonces en una vía de escape a sus problemas.

Un día cualquiera se encontraba en su oficina frente al computador, pensando en un tema nuevo para escribir un reportaje, cuando recordó al criminólogo y su investigación. Él nunca le había enviado aquel trabajo publicado pero estaba segura lo había llevado a cabo, así que se decidió a buscarlo por la internet. Una vez escribió el nombre del autor y algunas palabras claves en el buscador, lo consiguió y empezó a leerlo.

Sin darse cuenta de ello, la periodista estuvo todo aquel día leyendo el trabajo del criminólogo. Solo se levantó de su silla unas cuantas veces para ir al baño, tomar agua y obligarse a comer algo en el almuerzo. Cuando finalmente terminó de leerlo, se dio cuenta que la hora de salida había pasado hacía rato, así que le escribió un mensaje de texto a su madre para que se vieran en el centro de la ciudad y se tomaran un café juntas.

Después de salir y esperar un rato, abordó una unidad de transporte público y se dirigió al sitio donde había quedado en encontrarse con su progenitora. Era una cafetería que se encontraba en la cuadra siguiente a la Plaza Bolívar del centro de Mérida, donde vendían además unas tiras de masa de trigo que freían y espolvoreaban de azúcar granulada, conocidos coloquialmente como churros. Justamente al frente estaba ella

esperándola, así que después de saludarla entraron y se sentaron en una mesa al final del local.

Mientras esperaban a ser atendidas, entró a la cafetería un hombre de mediana estatura, moreno, cuyo rostro le resultó familiar a Adriana. Justo cuando iba a comentar su inquietud, su madre lo identificó.

—Ese es Félix Segovia —dijo su progenitora.

—¿Lo conoces? —le inquirió la periodista.

—Pues claro, él es amigo de Manuel David Oropeza, el que fue gobernador y trabajó en varias oficinas públicas. Yo lo conozco desde hace algunos años atrás.

—Yo lo conocí hace un poco más de un año, por pura casualidad. Pero justamente esta mañana estaba revisando un trabajo de él y estaba pensando en llamarlo.

En ese momento, el criminólogo, que se encontraba en la caja registradora cancelando un café para llevar, volteó la mirada y se cruzó con la de la periodista. A ambos se les iluminó el rostro con una sonrisa, se acercaron para saludarse y se dieron un abrazo.

—Hola, Adriana —la saludó el criminólogo—. ¿Cómo has estado?

—Hola Félix —le respondió la periodista—. Bien, ¿y tú?

—Bien también. ¿Sigues trabajando en el diario?

—Sí, claro, actualmente soy la jefa de redacción.

—Oye, qué bueno. Precisamente estoy necesitando a alguien que me ayude a revisar la base de datos de las publicaciones periodísticas para una investigación que estoy llevando a cabo justo en este momento y mi amigo ya no trabaja en el medio.

—Pues tal vez no me lo creas, pero justamente hoy leí tu trabajo sobre Los Invisibles y estaba por llamarte para ver si podíamos desarrollar un reportaje sobre ese caso.

—Me parece bien. Soy el peor de todos, nunca te envié mi tesis ni la segunda parte del trabajo. Qué bueno que igual lo pudiste conseguir y leer. No quiero que pienses que estoy intercambiando favores, pero de verdad necesito tu ayuda con el tema que te mencioné.

—No te preocupes, cuenta conmigo.

Antes de despedirse concertaron una cita para el día siguiente en la oficina de ella en el diario. A pesar de lo oportuno de la coincidencia y de lo agradable del encuentro, a la periodista no se le pasó por alto que el criminólogo parecía no ser el mismo que había conocido y que en ese corto período de tiempo se había transformado en otra persona.

EL GUERRILLERO

*¿Que existe la virtud? Yo no lo niego,
pero siempre en conjunto defectuoso,
hay rasgos de virtud en el malvado
y hay rasgos de maldad en el virtuoso.*

RAMÓN ORTEGA
VERDADES AMARGAS

1

Sócrates entró bien temprano aquella mañana a una cafetería ubicada en el centro de la ciudad de San Cristóbal, capital del estado Táchira, tomó asiento en la mesa habitual y pidió el desayuno acostumbrado. Llevaba repitiendo esa rutina por varios días, tomándose una hora diaria para dicho ritual antes de volver al hotel donde se estaba alojando.

Siendo Táchira un estado fronterizo entre Venezuela y Colombia y estando separados ambos países tan solo por algunos ríos, las actividades comerciales y sociales del mismo estaban muy ligadas a las del Norte de Santander, provincia del país vecino. Muchos venezolanos vivían en el lado venezolano pero tenían a sus hijos estudiando o laboraban en el lado colombiano, hacían las compras de comida, ropa e incluso materia prima para trabajar cruzando la frontera y viceversa.

Además de ello, existía también contrabando de todo tipo —desde gasolina hasta tráfico de drogas— tanto por las vías legales

tales como el Puente Internacional Simón Bolívar, como por rutas ilegales conocidas como trochas, cruzando los ríos nadando o en canoas e incursionando por la selva. Estos caminos alternos eran controlados principalmente por el paramilitarismo colombiano, como lo diría públicamente el exjefe paramilitar de las Autodefensas Unidas de Colombia conocido como Jorge 40 al caer detenido imputado por tráfico de drogas: “Nosotros mandábamos desde Puerto Santander hasta Tres Bocas”. Sin embargo, algunas de estas trochas también servían de paso a miembros de los grupos guerrilleros colombianos como el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Por eso estaba en esa cafetería Sócrates, cumpliendo las órdenes de su jefe Pablo García, alias El Viejo o Papá Oso y siguiendo su ejemplo. Como cofundador y miembro del Movimiento Revolucionario Tamanairé en Venezuela, Papá Oso había ido a entrenarse en Colombia con las FARC e incluso había sido detenido en el país vecino junto a otros tres líderes del movimiento a finales de los años noventa del siglo xx, al momento de la adquisición de un conjunto de armas que iban desde fusiles automáticos hasta lanza granadas suministrados por las FARC. Habían sido recluidos en una cárcel colombiana de máxima seguridad conocida como La Picota, donde fueron encerrados y torturados por casi un lustro.

Los Tamanaires eran un grupo armado de izquierda que nació a finales de los años setenta del siglo xx en la parroquia 23 de Enero, ubicada en Caracas en las cercanías del Palacio Presidencial de Miraflores, sede del Poder Ejecutivo en Venezuela. Era una parroquia populosa de clase humilde y

por su proximidad con Miraflores, además de la participación de sus habitantes en el derrocamiento de la dictadura durante los primeros gobiernos de la llamada era democrática después de la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez —el 23 de enero de 1958 y de ahí su nombre—, estos sufrieron una brutal represión de los cuerpos de seguridad del Estado, promovándose el surgimiento de ese tipo de organizaciones armadas que comenzaron a hacerles frente a los órganos gubernamentales, así como también a los grupos delictivos del sector.

Sus principales fundadores fueron Juan Pérez apodado “El Gordo” o “Comandante Lobo” y el ya mencionado Pablo García, alias El Viejo o Papá Oso, quienes canalizaron el descontento popular de muchos habitantes de la zona y crearon una organización con una estructura jerárquica sólida, un importante número de miembros e incluso una normativa escrita que la hacían estudiar a sus adeptos y cumplirla a rajatabla. Entre las normas destacaba la número dieciocho, la cual era constantemente citada solo por su número y era utilizada sobre todo por los líderes de cuadrillas a manera de intimidante recordatorio para todos. La misma hacía referencia a la sentencia de muerte para todo aquel que faltara a los principios de Los Tamanares.

La lucha armada de Los Tamanares incluyó la ejecución de atentados explosivos en diversos lugares de la ciudad capital, asaltos a entidades bancarias, así como también secuestros de personalidades importantes a nivel político y económico, que llevaron a la detención por varios años en el Cuartel San Carlos de Caracas del propio Juan Pérez. Luego de la rebelión militar en Venezuela liderada por el entonces teniente coronel

del Ejército Hugo Chávez en el año 1992 y su llegada al poder por la vía electoral en 1998, Los Tamanares recibieron un importante espaldarazo a nivel político. De hecho, Pablo García y los otros tres líderes de la organización detenidos en Colombia, son liberados y repatriados a Venezuela por gestiones del ahora presidente Chávez con su par colombiano, Andrés Pastrana.

En el año 2004, el presidente Chávez le propone al Movimiento Revolucionario Tamanaire dejar las armas para pasar a ser una organización política en el marco de la legalidad. Es entonces que Juan Pérez y Pablo García toman la decisión de aceptar a medias dicha oferta, fundando las Tendencias Autónomas Mayoritarias para Avanzar en el Neosocialismo Accionando la Irreversible Revolución del Estado o Tamanaire como partido político dirigido públicamente por el Comandante Lobo; y los Guaicaipuros como brazo armado del movimiento liderado en la clandestinidad por Papá Oso. Esto trajo consigo la ruptura con algunos frentes o cuadrillas que formaban parte de los antiguos Tamanares, tales como La Roca o los Jarianos, quienes se quedaron controlando militarmente con armamento zonas o bloques del 23 de Enero y bajo las órdenes de sus propios cabecillas. En esa época, el mismo Juan Pérez fue víctima de un atentado perpetrado por Vicente, líder de La Roca, quien a pesar de recibir cinco disparos, logró sobrevivir.

Los dos personajes, en su propio estilo, tenían una presencia atemorizante. El Comandante Lobo era un individuo muy alto y grueso, de piel morena, rasgos endurecidos, pelo abundante siempre cortado al ras y un bigote espeso, ambos encanecidos desde muy temprana edad, rematado con una voz

ronca y profunda. Papá Oso era más bien de pequeña estatura, también de piel morena, rasgos faciales gruesos y recios; por su calvicie casi absoluta mantenía su cabeza y su rostro completamente afeitados. Para completar su siniestra apariencia, debido a las torturas sufridas en la cárcel de Colombia, su antebrazo izquierdo justo después del codo presentaba una terrible deformidad que lo convertía en una especie de garfio delgado hecho de piel, rematado por unos dedos curvos apiñados donde se veían restos de uñas. A pesar de ello, solo con su mano derecha podía disparar casi cualquier fusil automático. Aunque su voz era áspera y baja, cuando hablaba imponía un respeto mortal.

Por aquellos años también, Papá Oso fue nombrado miembro del Secretariado de las FARC en función de su capacidad guerrillera y su cercanía con personajes con poder económico y político. Por otro lado, el Comandante Lobo se unió con su partido político al Gran Polo Patriótico en apoyo al gobierno nacional, ganando incluso espacios de poder como concejalías, alcaldías, diputaciones y hasta la Gobernación del estado Cojedes, que les permitió reforzar también su potencial bélico tanto en el número de adeptos como en armamento y campos de entrenamiento. De esta manera, estos dos personajes consolidaron una alianza que fortaleció a Los Tamanares en toda Venezuela.

En ese contexto político, como miembro de Los Tamanares y bajo los lineamientos de Papá Oso era que Sócrates se encontraba en aquella cafetería de San Cristobal, esperando que apareciera el contacto de las FARC que lo iba a llevar a entrenar al otro lado de la frontera. Él, era el quinto de un total de doce miembros del movimiento que tenían la misión de viajar

a recibir un adiestramiento intensivo en tácticas de combate y guerrilla tanto rural como urbana, con la finalidad de replicar sus conocimientos en los centros y campamentos de entrenamiento de las diferentes cuadrillas y frentes que se encontraban esparcidos por toda Venezuela.

Finalmente, aquella mañana apareció su contacto. Lo que no se esperaba el guerrillero era que fuera una mujer y dicho sea de paso, excepcionalmente hermosa. En el instante que se encontraba tomándose pausadamente un café, entró una muchacha joven, de unos veintitantos años de edad. De piel morena, con un cabello largo y oscuro, con los rasgos del rostro refinados y una hermosa silueta bien definida. Sócrates la observó desde el momento en que entró a la cafetería, se dirigió hasta su mesa, le dio un beso en la mejilla y lo saludó con un acento colombiano muy marcado.

—¿Qué hubo, parcero? —le preguntó la joven—. ¿Puedo sentarme o estás esperando a alguien más?

—Todo bien —respondió el guerrillero reconociendo la frase clave—. Por favor siéntate, a quien estaba esperando nunca llegó.

—Quite esa cara, hombre —bromeó la chica sentándose frente a él—. Pareciera que hubiera visto un fantasma. Soy Tanibel, es un placer —le dijo extendiéndole la mano.

—Igualmente —contestó este estrechándola—. Soy José. Ningún fantasma, es que no me esperaba a alguien como tú.

—O sea, una mujer. Bueno, así es la vida, sorpresas y más sorpresas. Llevamos varios días observándolo, vigilando sus movimientos y asegurándonos que nadie más estuviera pendiente de usted o lo estuvieran siguiendo.

—Comprendo perfectamente.

—Aquí podemos hablar con confianza, el dueño de este lugar es un aliado nuestro. ¿Se encuentra listo para partir?

—Totalmente. Estaba esperando este encuentro con ansias.

—Excelente. Después de que yo me vaya diríjase a su hotel, liquide la cuenta y espere en la recepción. En aproximadamente una hora se va a detener frente al mismo una camioneta doble cabina color gris, con los vidrios oscuros. Salga con su equipaje y aborde la misma en el asiento trasero. Su frase clave es preguntarle si se dirige hacia el aeropuerto. Si la respuesta que recibe es que siempre y cuando haya buen tiempo, súbase con confianza.

—Copiado y en cuenta.

Una hora más tarde iba el guerrillero montado en la camioneta que le había descrito la muchacha, dirigiéndose hacia un destino incierto.

2

José Toro era el nombre que le habían colocado al guerrillero al nacer. Hijo de un campesino oriundo de El Morro, una población de los llamados Pueblos del Sur de los Andes merideños y de una mujer originaria de Caracas, su madre se había ido de la ciudad capital al estado Mérida a vivir en aquel pueblo rural en la casa de su progenitor. Sin embargo, este los había abandonado a ella, sus dos hermanas mayores y a él cuando contaba con apenas unos dos años de edad.

Siendo un niño acostumbrado al trabajo duro en el campo y criado bajo un régimen estricto de obediencia a los mayores, José era muy colaborador, por lo que su ayuda era altamente

apreciada por sus familiares, vecinos y conocidos. A pesar de ser un muchacho con muy buena actitud y de buenas costumbres, desde muy niño en contadas ocasiones estallaba en episodios de violencia física extrema, particularmente si se sentía acorralado o percibía estar ante un acto de injusticia, especialmente para con otros de sus congéneres. Estos episodios ocurrían sin que José levantara la voz, ni profiriera amenaza o insulto alguno, hasta sin mediar palabra, simplemente atacaba con fiereza a quien consideraba un agresor en un solo acto violento.

Era muy sobreprotector con su madre y sus hermanas, a quienes defendía como fuera y de quien fuera. En una oportunidad siendo tan solo un niño de unos ocho años de edad, se enfrentó a su tío, quien era un hombre alcohólico acostumbrado a llegar borracho a la casa, gritando y maltratando a su cuñada —la madre de José—. Sin embargo, aquella tarde se encontró con la reacción inesperada de su pequeño sobrino.

Ocurrió a la hora de la cena, cuando se encontraban sentados su mamá, sus hermanas y José comiendo unas típicas arepas de harina de trigo, rellenas de queso ahumado, tomando un guarapo dulce y caliente de panela o papelón —que es la miel cocida y solidificada de la caña de azúcar—. En ese momento entró su tío dando tumbos de la borrachera, pidiéndole a gritos a su mamá la cena, se sentó en una silla frente a la mesa del comedor y le estampó un empujón que hizo que esta se cayera al suelo de espaldas en su propio asiento. Instintivamente, el pequeño José se puso de pie, tomó con ambas manos la vasija de barro que contenía las arepas y se la estrelló en la cara a aquel hombre, cortándolo en la frente y dejándolo inconsciente. A lo cual, el niño recogió las arepas que habían caído al suelo,

las colocó sobre la mesa, se sentó y continuó comiendo bajo la mirada atónita de sus hermanas y su madre.

En ese mismo momento su mamá tomó la decisión de irse de aquella casa con sus hijos, por lo que un par de días más tarde dejaron el pueblo y se mudaron al casco central de la ciudad de Mérida, donde esta se dedicó a labores domésticas, jardinería, cuidado de niños, personas discapacitadas o enfermas y muchas otras ocupaciones con la finalidad de mantener a sus hijos y poder sacar adelante su hogar.

A medida que fue creciendo, José demostró habilidades para los trabajos manuales, incluyendo la reparación de equipos eléctricos y mecánicos. Debido a ello, su progenitora decidió inscribirlo en la Escuela Técnica Industrial del estado Mérida para que estudiara Mecánica de Mantenimiento, de manera tal que reforzara sus destrezas y aprendiera una profesión que le permitiera mantenerse a sí mismo en el futuro. Sin embargo, a los trece años de edad le ocurre un acontecimiento que cambia su vida por completo, nuevamente por su temperamento explosivo.

Aquella mañana, desde bien temprano José había llegado al taller mecánico de la Escuela con el fin de culminar una labor que le había quedado pendiente del día anterior. Mientras se encontraba concentrado frente a la mesa de trabajo, intentando terminar de armar una pieza de un motor con un destornillador, un grupo de tres estudiantes del último año, quienes constantemente lo molestaban tanto a él como a otros de sus compañeros de primer año, entraron al taller y lo rodearon sin que este se diera cuenta.

Cuando se percató de la presencia de ellos y volteó, ya era demasiado tarde. El más alto de los tres lo tomó por el cuello y lo empujó hacia la mesa.

—Pero si es el campesino madrugador —le soltó en la cara—. ¿Por qué no te vas a sembrar papas o a ordeñar vacas mariquita? Agárrenlo —le espetó a sus secuaces.

Ambos muchachos lo agarraron por los brazos y el líder de los agresores lo golpeó en el rostro. En ese instante, José se soltó de un jalón de ambos brazos y a continuación le enterró el destornillador que aún empuñaba, en el ojo izquierdo de su atacante. Inmediatamente el ojo le estalló, el muchacho soltó un alarido de dolor, se llevó las manos al rostro y cayó al piso retorciéndose. Sus dos acompañantes salieron corriendo despavoridos a llamar a algún profesor, mientras José se volteó a la mesa de trabajo, limpió la sangre de la punta del destornillador con un trapo y continuó su trabajo sin inmutarse.

Luego de todo el revuelo que se causó en la Escuela Técnica debido a la acción de José, incluyendo el llamado a las autoridades y la expulsión del mismo del centro de estudios, su progenitora se vio en la obligación de tomar otra decisión drástica con el muchacho, principalmente para evitar acciones legales en su contra y el escarnio público de su entorno. Así que decidió enviarlo a vivir con su propia madre, la abuela de José, quien residía en un edificio del 23 de Enero en Caracas, la ciudad capital. Es ahí donde conoce a un individuo que le daría otra perspectiva a su existencia, iniciándolo en el grupo guerrillero urbano Los Tamanaires.

Julio Ordaz era un vecino de su abuela que vivía en el mismo edificio que esta. La primera vez que José lo vio, venía

caminando hacia la entrada del bloque con sus manos dentro de los bolsillos. Era un hombre joven, alto, delgado, de piel morena y con una cicatriz que le cruzaba el pómulo izquierdo hasta la barbilla. En esa oportunidad vestía un pantalón de gabardina, una camisa de vestir manga corta y unos zapatos de patente muy brillantes, estaba de punta en blanco. Su imagen ese día distaba mucho de la que quedó plasmada en un video que circuló por una televisora local en Venezuela a finales de los años ochenta del siglo xx, donde se le veía al propio Julio encapuchado y disparando un fusil a una tanqueta durante la famosa revuelta conocida como El Caracazo. Se le acercó al muchacho, lo miró de arriba a abajo, se detuvo y a continuación lo abordó.

—Épale, chamo, ¿tú vives por aquí? —le preguntó Julio.

—Sí, vivo en este edificio con mi abuela —respondió señalando a su espalda.

—Pero eres nuevo, ¿verdad?

—Sí, vengo de Mérida.

—Ah, eres gocho. ¿Y qué haces, estudias, trabajas?

—Pues no. Solo acompaño y ayudo a mi abuela.

—O sea que estás desocupado. ¿Tu alguna vez has escuchado hablar del Che Guevara?

—No, nunca.

—¿Quisieras conocerlo?

—Bueno, pues sí... puede ser.

—Listo entonces, acompáñame y te lo presento. Así como a otros camaradas y combatientes.

A partir de ese día, José se convirtió en la sombra de Julio, quien lo introdujo en la organización, le presentó a Papá Oso,

al comandante Lobo y comenzó a adoctrinarlo en ideología de izquierda con lecturas de Marx, Mao y el Che Guevara, entre otros, además de recibir entrenamiento militar y aprender la normativa interna de Los Tamanares. La crianza y la personalidad propia del muchacho lo convirtieron en un discípulo aventajado que le permitieron adaptarse completamente a la organización, con su filosofía y sus normas.

Algunos meses después de aquel primer encuentro, ya José era miembro de las filas de la organización guerrillera, y se encontraba una noche patrullando una zona del 23 de Enero junto con Julio cuando se toparon con un vendedor de drogas o jíbaro, como se le conoce en el lenguaje de la calle. Era un traficante de poca monta, un adolescente que vendía pequeños envoltorios de cocaína base —o perico, en lenguaje coloquial—, que los consumidores aspiraban por la nariz o fumaban. A pesar que en varias ocasiones el muchacho había sido encarado por Julio y hasta golpeado para que dejara de comercializar su producto en el sector, una vez más lo habían encontrado en dicha actividad.

Al verlos aproximarse, el muchacho quiso escapar y salió corriendo hacia la parte trasera de uno de los edificios. Inmediatamente Julio y José lo persiguieron, lo alcanzaron justo detrás de unos contenedores de desechos sólidos y lo derribaron al suelo entre ambos. Inmediatamente, el traficante se arrodilló, juntó las manos frente a su pecho y suplicó para que lo perdonaran y no fueran a golpearlo.

—¡Perdón mi pana! ¡No vuelvo a hacerlo te lo juro! ¡Es que no hay comida en la casa! —gritó el jíbaro.

—Mira, mal parido —le increpó Julio—, esta es la tercera vez que pecas. Así que ya no hay perdón.

En ese momento Julio sacó de su cintura una pistola de color negro calibre nueve milímetros. La empuñó en su mano derecha, colocando la misma en la sien del muchacho arrodillado y sin mediar más palabras la accionó. Al instante se escuchó una detonación, se vio un fogonazo en la oscuridad, se le abrió un agujero en la cabeza de donde brotó la sangre y el cuerpo sin vida del adolescente cayó de espaldas al suelo.

—Vamos —le dijo Julio a José guardando el arma y empezando a caminar rápidamente, quien automáticamente lo siguió y apuró el paso—. Lo que más le sorprendió del incidente al aprendiz de guerrillero, fue observar su propia calma y tranquilidad ante el suceso.

3

De los doce miembros de Los Tamanares en Venezuela que habían ido a entrenarse con la FARC en Colombia durante los primeros años del siglo XXI, apenas tres habían regresado con vida; entre los cuales se encontraba José Toro. Después de poco más de un año había aprendido tácticas de guerrilla rural y urbana, manejo de armas de guerra, fabricación de artefactos explosivos y supervivencia en condiciones extremas, participó incluso en enfrentamientos directos con elementos del gobierno colombiano, grupos paramilitares y cayó enfermo al contagiarse de lepra en el dorso de la mano izquierda, regresó a Venezuela con algunos kilos de menos, mucha hambre y mucho cansancio acumulado.

Tras su llegada a Caracas y después de un corto período de recuperación, se realizó una reunión entre la plana mayor de Los Guaicaipuros, el brazo armado de Los Tamanares, dirigida por Papá Oso y Julio. Este último se había convertido con el pasar de los años en el lugarteniente del primero, ayudando al Viejo a coordinar y ejecutar todas las operaciones del grupo guerrillero, teniendo además voz y voto en la toma de decisiones de la organización. Fue de esa manera que entre los cinco miembros principales decidieron que al guerrillero José Toro había que darle una nueva identidad y enviarlo al estado Mérida para limpiar su expediente de antecedentes penales y que desde ahí impulsara y dirigiera al movimiento en la región occidental de Venezuela. Así nace con nuevos documentos de identidad completamente registrados y legales, el guerrillero Sócrates Guzmán.

Es en esa época que el guerrillero conoce al criminólogo y comienzan a hacer cosas juntos, al principio manteniendo su militancia en Los Tamanares de bajo perfil y después de su visita conjunta a la comunidad de refugiados colombianos en la Sierra de Perijá en el estado Zulia ya de forma abierta, hasta que finalmente en un viaje a Caracas le presenta a Julio, al Comandante Lobo y al propio Papá Oso. A partir de ese momento Félix se convirtió en un aliado de la organización y sin llegar a formar parte del grupo subversivo se embarcó en muchas acciones conjuntas, promoviendo la ayuda a muchas personas, comunidades y en ocasiones prestando algunos servicios al movimiento revolucionario y viceversa.

En varios de los múltiples viajes que realizaron por toda Venezuela, Sócrates llevó a Félix a una finca llamada El

Consuelo en el estado Cojedes, cuyo dueño era un empresario que financiaba y protegía a Los Tamanares. La misma era una enorme hacienda agropecuaria que servía de fachada a uno de los centros de entrenamiento del grupo armado y donde además funcionaba un centro de compra y venta de armas de todo tipo, tamaño y calibre, la cual era administrada por un hombre de confianza del dueño de la hacienda, quien negociaba armamento no solo con la organización de Sócrates, sino también con diversos grupos ilegales que se dedicaban al secuestro, robo, tráfico, entre muchas otras ocupaciones delictivas: era un negocio redondo. El gerente de dicho comercio era conocido por todos como el “Ruso”.

El Ruso era un hombre de mediana edad, cuya apariencia física lo hacía parecer nativo de un país nórdico. Era más alto que el venezolano promedio, de contextura fornida, de piel muy blanca y cabellos dorados. Su apodo se lo habían dado luego del estreno de una de las más célebres películas de la saga de Rocky Balboa en los años ochenta del siglo xx por su parecido con el antagonista, el famoso boxeador ruso. En función de eso, a pesar de que había nacido en el estado Mérida y lo habían bautizado como Antonio Gutiérrez, debido a su aspecto era conocido también como Antony, Tony e incluso Antuán —en una especie de acrónimo afrancesado de su nombre real.

En esa oportunidad se encontraban el Ruso, Sócrates y Félix, en un polígono de tiro privado dentro de la finca El Consuelo, probando unas armas largas automáticas que tenían que trasladar al 23 de Enero en Caracas y entregarlas personalmente a Julio. Los tres personajes portaban unos audífonos antirruido y sendos fusiles de asalto Kaláshnikov AK-12. Vaciaban el

cargador disparando a unos blancos a la distancia y tomaban otro fusil para seguir probando. Cuando finalmente terminaron de probar una docena de AK, se quitaron los audífonos y el Ruso le soltó al guerrillero una expresión muy coloquial en Venezuela.

—Hermano, le tengo un chisme —inició el Ruso.

—Cuéntemelo, compa —le respondió Sócrates.

—Bueno, más que un chisme es una historia que sé que le va a interesar —prosiguió el vendedor de armas.

—Ajá, y ¿de quién es la historia?

—Es una historia de un antiguo socio de Jabón, el narco que mataron hace unos años en Mérida. El hombre quiere que se la cuente a ustedes Los Tamas, a ver si con sus contactos políticos y su fuerza en el país pueden ayudarlo a resolver un dilema que tiene.

—Negativo, compa, usted sabe que nosotros no negociamos con esa gente.

—Ya va, hermano, deje que le cuente la historia. Sé que le va a interesar a usted y a su jefe.

—A ver, cuéntemela.

—Resulta que a este hombre le dicen el Hindú, porque es medio esotérico, solo habla de la India, de su religión y de sus costumbres, pero de hindú no tiene nada en realidad. El Hindú es un colombiano de vieja data que ha traficado drogas desde tiempos inmemoriales. De hecho, cuando yo lo conocí, hace más de treinta años atrás, era un hombre de confianza del mismísimo Pablo Escobar y toda la vida ha estado en esas lides trabajando entre Colombia y Venezuela. Por eso es que me atrevo a comentarte lo que el hombre quiere.

—Ajá y, ¿qué es lo que quiere?

—En resumidas cuentas, el Hindú dice que sabe dónde hay una caleta de Pablo Escobar enterrada aquí en Venezuela, en un bosque alejado de las ciudades. Pero no cualquier caleta, él dice que es un container que trajeron desde Colombia en helicóptero a finales de los años ochenta, con la venia de Carlos Andrés Pérez, quien era el presidente en esa época. Él dice que en ese container hay debidamente resguardados millones de dólares en efectivo y en bonos pagaderos al portador, varios lingotes y otras piezas de oro puro, además de un buen lote de armas de todo tipo, incluyendo una nueve milímetros de oro macizo. Lo que él quiere de ustedes es saber si lo pueden ayudar a acceder al sitio y a mover el contenido sin ser molestados por las autoridades. Si lo ayudan con eso entonces se reparten el botín.

Por un instante los tres hombres se quedaron en completo silencio. Sócrates intercambió una mirada de incredulidad con Félix y luego miró al Ruso también con el mismo semblante de escepticismo. Finalmente, soltó lo que pensaba.

—Esa historia parece una película, compa —expresó el guerrillero.

—Pues sí, hermano, puede ser —le respondió el Ruso—. Lo único que juega a favor de la historia es que yo conozco al hombre y puede ser muchas cosas, pero no un mentiroso. Además, no creo que se arriesgue a proponer eso si fuera falso y mucho menos a ustedes. Él está en estos momentos aquí en Cojedes, si quieres lo llamo para que te eche el cuento personalmente y ahí tú decides qué hacer. ¿Quién quita y sea verdad y nos queda un chispeado a todos?

—Pues sí, no hay mucho que perder. Ya terminamos aquí, llámalo, compa, y nos reunimos de una vez con él.

Un par de horas más tarde se encontraban los tres personajes sentados alrededor de una pequeña fuente en un área recreativa de la hacienda cuando llegó el Hindú solo, conduciendo un Volkswagen escarabajo color blanco. Tal y como lo había mencionado el Ruso, este podía pasar como de cualquier otra nacionalidad menos por una persona originaria de la India. Era un individuo de la tercera edad, de estatura pequeña, contextura gruesa, de piel muy blanca, completamente calvo y con un acento colombiano muy marcado al hablar. Al llegar a la reunión juntó las manos, hizo una pequeña inclinación y saludó con la palabra *Namasté*. A continuación se sentó y comenzó a hablar.

—Tony me dice que ustedes son personas serias —expresó el Hindú—, por eso me atrevo a hablar con absoluta confianza.

—Eso es correcto —respondió Sócrates—. Y nosotros accedimos a escucharlo por recomendación de él. Adelante.

La historia que les había contado el Ruso fue repetida casi como una grabación por parte del Hindú. Solo le agregó algunos detalles y respondió a algunas preguntas que le hizo Sócrates. En resumidas cuentas el único que conocía la ubicación exacta de esa caleta era él, porque todos los demás que habían participado en esa expedición ya habían muerto.

—¿Y cómo está tan seguro de eso? —le preguntó el guerrillero.

—Porque yo los maté —respondió el Hindú—. En ese entonces no tenía ningún respeto por la vida humana y quien me impuso esa tarea me ordenó asesinar a todos los que viajamos

a enterrar esas provisiones, incluyendo a los pilotos del helicóptero y de una avioneta que aterrizó en el sitio.

—Entonces, ¿al sitio llegan y aterrizan avionetas? —lo interrogó Sócrates.

—Sí llegan avionetas, pero de aterrizar hoy día no creo, ya la pista debe estar enmontada.

—Bueno, déjeme decirle cómo veo el asunto —prosiguió Sócrates—. Si usted quiere que le dé parte a mi jefe de su propuesta tiene que darme unas coordenadas o mostrarme algo que me haga creíble su historia.

—Le comprendo perfectamente. Puedo llevarlos al sitio para sobrevolarlo, está en un Parque Nacional. Aunque no podamos aterrizar sí les puedo decir por anticipado dos detalles muy particulares que vamos a observar desde el aire que, si bien no les va a dar el lugar exacto, son una prueba de que conozco el sitio y de que en un espacio cercano está enterrada una de las más grandes caletas de Pablo Escobar Gaviria.

—Listo, deme los detalles entonces. Ruso, voy a llamar a tu jefe para que nos autorice el uso de la avioneta para mañana y que pida permiso para sobrevolar... ¿Cuál Parque Nacional dice usted, Hindú?

—El Parque Nacional Caura, en el estado Bolívar.

A la mañana siguiente despegaron desde la finca El Consuelo en el estado Cojedes, Sócrates, Félix y el Hindú, en una avioneta Cessna propiedad de Douglas Martínez, el empresario dueño de todos esos bienes, pilotada por un empleado suyo. El mencionado hombre de negocios, era propietario de una inmensa fortuna que incluía fincas, empresas y negocios de las más diversas índoles. Sócrates era su amigo personal y ejecutaba

algunos trabajos privados para el mismo, sin que Papá Oso tuviera conocimiento de ello. En un vuelo que duró más de seis horas en total, sobrevolaron el Parque Nacional Caura en el estado Bolívar, un bosque tropical de más de setenta y cinco mil kilómetros cuadrados —el segundo más grande del mundo— cruzados por un río que lleva el mismo nombre. Lo más interesante del vuelo fue que pudieron observar y fotografiar desde la avioneta, dos detalles específicos: los restos inconfundibles de una pista para el aterrizaje y despegue de avionetas en medio de una zona boscosa y lo que desde el aire parecía ser una roca grande y plana, que al volar casi a ras de suelo pudieron comprobar que se trataba de una inmensa losa de cemento parcialmente tapada por la vegetación, tal y como lo había dicho el Hindú.

—¡Antes de que esto fuera Parque Nacional lo llamaban la hacienda La Vaca! —gritó por encima del ruido del motor de la avioneta el Hindú.

—¡Listo—respondió en el mismo tono Sócrates—, a partir de hoy ese será su nombre clave: “La Vaca”!

Una semana más tarde estaba el propio Papá Oso acompañado de su lugarteniente y su anillo de seguridad, un grupo importante de Guaicaipuros, en la finca El Consuelo, para reunirse con el antiguo socio de Pablo Escobar. Habían acordado encontrarse en un restaurante muy conocido en Cojedes, ubicado en la población de Tinaquillo justo frente a uno de los puntos de control más duros de la Guardia Nacional en el estado. En el sitio vendían las famosas cachapas forradas, un plato típico de Venezuela hecho a base de maíz molido, rellenas con queso, jamón y diferentes clases de carnes al gusto

del cliente, que en ese lugar tenía la particularidad de que una vez listas las envolvían en un queso muy fino llamado telita y la volvían a asar brevemente antes de servirla.

Debido a que Félix había estado en el vuelo de reconocimiento del lugar donde se suponía estaba la caleta, al entregar las armas en Caracas fue el testigo de Sócrates de la historia y, por tanto, participó en todas las reuniones de negociación para liberar a la Vaca. Los únicos presentes en las mismas fueron el Viejo, Julio, el guerrillero, el criminólogo y el Hindú. Este último se presentó en el lugar acordado una vez más sin compañía y manejando el escarabajo blanco. A pesar de alguna frialdad en el trato entre Papá Oso y el Hindú, en ese primer encuentro parecía que el convenio marchaba sobre ruedas, hasta que el traficante de drogas colocó una limitación.

—Considero que en principio tenemos un acuerdo —expresó el Hindú—. Sin embargo, tengo una sola condición para darles la ubicación exacta de la caleta.

—A ver, ¿qué es lo que quieres? —respondió el Viejo.

—Como ustedes saben hoy día soy un fiel practicante del hinduismo, lo que me obliga a buscar la paz y respetar la vida de todos los seres vivos. Además, ya tengo demasiado karma en mi pasado para sumarle aún más. Es por ello que quiero rescatar ese dinero para hacerle el bien a la mayor cantidad posible de personas y podamos repartirlo en partes iguales. Mi única condición es que todas y cada una de las armas que se encuentran ahí queden sepultadas en el sitio o si es posible destruirlas, mucho mejor.

En ese instante el semblante de Papá Oso se ensombreció. Las comisuras de sus labios se estiraron hasta formar una línea

recta con su boca y una vena comenzó a palpar en su sien izquierda. El puño de su mano derecha se frunció hasta comenzar a temblar y parecía a punto de saltar de un momento a otro sobre el Hindú. No obstante, respiró profundamente, comenzó a bajar la tensión de sus músculos y se tranquilizó un poco para responder. Dejó que pasaran un par de minutos y finalmente habló.

—Voy a hablar lo más claro posible, Hindú —espetó el Viejo—. Tú puedes tener la religión que te dé la gana, pero mi religión es el combate, la guerra. Como te puedes imaginar es inaceptable para mí tu condición. Las armas forman parte fundamental de esta negociación y no voy a permitir ni que se queden ahí, ni mucho menos que las destruyan.

A partir de ese momento, las diferencias entre el Hindú y Papá Oso se hicieron insalvables. Durante tres días consecutivos, por más de seis horas en cada ocasión, se reunieron en el mismo lugar los mismos personajes para intentar llegar a un acuerdo, con Julio, Sócrates y Félix como testigos mudos de las discusiones. No obstante, el tema de las armas se convirtió en un punto de inflexión sin retorno. El último día, el Viejo se levantó de su asiento y dio por terminadas las negociaciones con una frase lapidaria.

—Lamentablemente, no hay forma de llegar a un acuerdo. A partir de ahora, dejemos que sean otros los que hablen —concluyó Papá Oso.

El Hindú palideció. Abrió la boca para decir algo, lo pensó mejor y volvió a cerrarla sin emitir ningún sonido. Se levantó de su asiento, salió del local, abordó el Volkswagen y se retiró manejando.

—¿Lo mando a seguir jefe? —preguntó Julio.

—Déjalo ir —respondió el Viejo—. Ya lo tenemos ubicado.

Un par de meses después, salió publicada una breve reseña sin fotografías en varios medios digitales y redes sociales que decía que el ejército venezolano había conseguido “algunos bienes sepultados” pertenecientes a mafias del narcotráfico en el Parque Nacional Caura. Del Hindú nadie supo nada, nunca más.

4

El abandono del cual fue objeto Sócrates por parte de Yarumí se convirtió en un momento crítico de su vida que terminó marcándolo de manera irreversible, ya que desde su visión, el único responsable de dicha situación era el individuo con el cual se había marchado su compañera. Después de que el guerrillero tuvo en su poder toda la información relacionada con ese hombre por el cual lo había dejado la China, se ideó un plan maquiavélico para conseguir la aprobación de parte de Papá Oso para ejecutarlo.

Sócrates le armó un expediente ficticio al individuo donde lo implicaba en actividades de secuestro, asesinato, tráfico de drogas y vinculación directa con el paramilitarismo colombiano, incluyendo el posible conocimiento de la organización de Los Tamañaires, sus líderes y hasta supuestos enfrentamientos personales con él en un par de ocasiones, por lo que sugería la eliminación física del mismo. Todo ello lo sustanció con argumentos y se los hizo llegar a Julio en un documento encriptado

a través de un correo electrónico que tenían destinado para tal fin.

Sin embargo, a medida que pasaban los días y sin recibir respuesta de parte de sus jefes sobre la aprobación o no de su solicitud, se convenció de que algo no iba definitivamente bien. Así que para no darle más largas al asunto, llamó directamente a Julio. Conversaron en clave, por unas líneas de teléfono que no les pertenecía a ninguno de ellos y que previamente habían acordado utilizar.

—Saludos, Miranda —dijo Sócrates cuando le contestaron el teléfono—. Por aquí te habla Morillo. ¿Cómo está todo?

—Saludos, Morillo —respondió Julio por la misma vía—. Todo bien. ¿Qué novedades hay?

—Ninguna novedad, compa, estoy a la espera de la respuesta al reporte que les envié hace una semana.

—La respuesta es negativa, compa. Nosotros tenemos una información de una fuente totalmente confiable que eso se trata de un asunto personal. Si nos envías evidencias de lo que estás planteando podemos reconsiderar la decisión, de lo contrario está negada cualquier acción al respecto.

Sócrates no se quedó con esa respuesta de Julio. Inmediatamente viajó a Caracas y se reunió personalmente con Papá Oso para solicitar su aprobación para eliminar al sujeto que representaba para él, en ese momento, la fuente de todos sus problemas. El propio Julio le confirmó lo que el guerrillero sospechaba, Félix Segovia era quien les había informado de su problema con la China, ellos habían sacado sus cuentas cuando recibieron el informe y llegaron a la conclusión de que se

trataba del mismo individuo. Por ello, la respuesta realizada por el Viejo también fue tajante.

—Combatiente —le dijo Papá Oso cuando lo tuvo enfrente—, yo no voy a hablar mucha paja. La pregunta es, ¿ese carajo que tú identificas como paramilitar es el mismo con el que se fue tu compañera, correcto?

—Eso es correcto jefe —respondió Sócrates—, la cuestión es...

—La cuestión es que tú lo quieres joder por un asunto de pantaletas, más allá de que sea narco o para o lo que sea, y eso tu sabes que yo no lo voy a permitir.

—Jefe, el problema es que él tiene información importante sobre nosotros y es necesario eliminarlo para no correr riesgos.

—Te lo voy a dejar bien claro, combatiente, tú no tienes ninguna prueba de que ese tipo sea paramilitar y si tiene alguna información de nosotros es porque la China se la dio. Entonces, hay que eliminarla es a ella. Te lo voy a decir así, primero la mando a joder a ella que al tipo. Tú lo que estás es arrecho porque te dejó por él, entonces, compórtate como un hombre y agárralo a coñazos. Pero si atentas contra su vida ya conoces el artículo dieciocho, vamos por ti. ¿Te quedó claro?

—Entendido —expresó Sócrates dando por concluido el asunto.

Al volver a la ciudad de Mérida, tenía una sola cosa en su mente, lastimar al tipo de la forma más ruda y dolorosa posible. Sabía que no podía llevar ningún arma consigo porque quizás se le saldría el asunto de las manos. Pensar en golpearlo no le satisfacía, además de que el sujeto era corpulento y podía presentarle pelea. Así que empezó a seguirlo en las noches,

cuando salía en su carro o en su moto a pasear, comer o beber con Yarumí, con quien estaba viviendo.

Dado que era un individuo que poseía recursos económicos, su vida nocturna era muy agitada. Sócrates lo observaba desde lejos andando con la China y pensaba en lo sencillo que sería asesinarlo. Sin embargo, dado que no podía hacerlo, ya tenía pensado en como infligirle daño de una forma que lo marcara para toda la vida. Solo tenía que esperar el instante preciso para hacerlo. Y ese momento llegó.

Una noche el tipo salió de su casa completamente solo en su motocicleta de alta cilindrada. El guerrillero lo siguió en su propia moto, manteniéndose a una distancia prudencial. Repentinamente el individuo se orilló en la acera de una avenida, se bajó de la motocicleta y se quitó el casco, destapando su cabeza completamente rapada. Sócrates se había detenido a pocos metros de distancia, pero entrando con su moto en una calle transversal, donde la estacionó, se bajó de la misma y se fue acercando lentamente al sitio. El sujeto se sentó en la acera, colocó el casco a un lado, comenzó a revisar algo en el motor de su vehículo y fue cuando el guerrillero tuvo su ocasión.

Rápidamente Sócrates se le abalanzó por la espalda, sin darle oportunidad de reacción empezó a ahorcarlo con sus brazos en forma de candado y de manera simultánea comenzó a morderle la oreja derecha, apretándola con toda la fuerza de su mandíbula. El sujeto al sentir la mordida se lanzó hacia atrás sacudiéndose, intentando zafarse de ese doble enganche. El guerrillero acusó el golpe contra el suelo en la espalda; no obstante, apretó con más fuerza sus brazos y sus dientes, hasta comenzar a sentir la sangre en su boca.

El tipo, tal y como lo había calculado Sócrates, dando una muestra inequívoca de una fortaleza física acorde con su tamaño, consiguió voltearse y levantarse del suelo, a pesar de tener guindado al guerrillero en su espalda. El dolor en la oreja era indescriptible, comenzaba a sentirse ahogado por el agarre en la garganta y además sentía corriendo la sangre por su cuello. Intentó sacudirse y golpear a su atacante pero eso tampoco funcionó. Así que en un último intento, llevó sus manos hacia la espalda, agarró a Sócrates fuertemente, se impulsó hacia adelante y lo jaló con todas sus fuerzas.

El individuo se fue de bruces al suelo, golpeándose la cara. Sócrates salió despedido por encima de este, cayó sobre su costado y rodó, arrancando con sus dientes y llevándose en la boca la parte superior de la oreja del sujeto. El guerrillero inmediatamente se levantó, aprovechando el aturdimiento del tipo por el golpe y el dolor, viendo como se retorció y se tapaba lo que le quedaba de oreja, salió corriendo, se montó en su moto, la encendió y se fue. Mientras aceleraba vio como unas personas que estaban en una licorería un poco más arriba de donde había ocurrido el ataque, se acercaban a auxiliar al herido. Estando ya a varias cuadras de distancia, se percató del dolor en sus dientes por la presión, saboreó nuevamente la sangre, sintió el pedazo de oreja que estaba en su boca, aflojó la mandíbula y la escupió.

A pesar de la satisfacción momentánea que le produjo haberle causado daño al individuo, el hecho de que la China continuara viviendo con él y de no haber podido eliminarlo le seguía carcomiendo a Sócrates las entrañas. Lo que quería era

asesinarlo. Y justamente la situación política de Venezuela le presentó una coyuntura invaluable para alcanzar su objetivo.

Poco antes de la muerte del presidente Chávez por una larga y dolorosa enfermedad, en una alocución televisada a nivel nacional, el presidente nombra a su sucesor en el poder para que sus seguidores lo voten. No obstante, el chavismo se debilita ostensiblemente y a pesar de que Nicolás Maduro gana las elecciones, lo hace por un margen menor al uno por ciento de los votantes que participaron en dichos comicios.

La oposición canta fraude al chavismo, llama a sus seguidores a salir a la calle a protestar y unos meses más tarde se montan en un plan organizado y financiado por el Departamento de Estado norteamericano que llamaron “Guarimbas”.

Las Guarimbas consistieron en una tranca sectorizada de calles y avenidas en diferentes lugares de Venezuela, particularmente en las zonas de clase media ubicadas en las ciudades capitales de cada estado. Se caracterizó por la destrucción general de bienes públicos como aceras, cercas, paredes, postes, entre otros elementos de la vía pública, además de vehículos institucionales o de transporte masivo y el bloqueo de los mencionados sectores, formando barricadas con dichos componentes, declarando esos espacios como zonas liberadas, no permitían el tránsito ni vehicular ni personal por esas vías y atacaban a todo aquel que intentara movilizarse a hacer cualquier tipo de actividad.

Esos sectores fueron tomados y controlados por mercenarios armados que recibían diariamente sus provisiones de municiones, droga y dinero para evitar cualquier movilización, cobrar peaje a los que tenían urgencia de pasar por la zona, quemar basura, atacar cualquier institución pública cercana con disparos

y bombas molotov y en términos generales, sembrar el terror. Incluso colocaron alambres a un metro y medio del piso con los que decapitaron a varios motorizados que se atrevieron a intentar pasar las barricadas. Un detalle importante a mencionar es que muchos de esos malandros contratados también se les habían visto anteriormente defendiendo y militando en partidos y movimientos que apoyaban al gobierno que ahora pretendían derrocar.

En ese entonces, diversos sectores de clase media del país se convirtieron durante casi seis meses en verdaderos espacios sin ley, donde robaban, mataban, violaban y hasta quemaban a la gente viva. Sin embargo, no cumplieron su objetivo, el chavismo se mantuvo en el poder y los mercenarios se cocinaron lentamente en su propio fuego hasta que los recursos con que los financiaban empezaron a escasear y los propios habitantes decidieron recuperar el control de las zonas. No obstante, ese período de tiempo fue suficiente para que Sócrates lograra su cometido con el nuevo compañero de la China.

Debido a que el individuo vivía con Yarumí en una de esas zonas de guerra y en función al caos imperante en esos sitios, Sócrates sabía que era el momento ideal para eliminarlo. Sin embargo, estaba consciente de que no podía hacerlo personalmente porque era impensable acercarse al sector y además para poder tener la excusa perfecta ante sus jefes. Así que a través de un enlace con un tercero, consiguió citarse con uno de los líderes de los guarimberos, quien era uno de los que le suministraba los insumos a los mencionados mercenarios.

Se encontraron en un estacionamiento subterráneo de un edificio que se hallaba en una zona neutral. Sócrates llegó en

su moto con un bolso colgado en los hombros, se estacionó justo al lado del vehículo donde estaba el hombre, se bajó y se subió al asiento de copiloto del mismo. El líder guarimbero era un profesor jubilado de la universidad, ya bastante mayor, de piel blanca, textura gruesa y con escaso cabello, totalmente encanecido el poco que le quedaba. Su auto era una camioneta Grand Cherokee del año, color plata, cuyo asiento trasero y maletera los tenía copados con bolsas, cajas y maletas.

—A ver —le preguntó el guarimbero—, cuénteme para que soy bueno.

—Vengo a proponerle un negocio —le respondió Sócrates—. Necesito que eliminen a alguien que vive en una de las zonas que ustedes controlan, específicamente en la avenida Las Américas. ¿Cuánto me cobra por eso? —le preguntó entregándole una carpeta con fotos y los datos del individuo.

—Pues, ¿cuánto me ofrece? —lo interpeló de vuelta mientras revisaba los documentos.

—Le ofrezco este fusil AR15 retráctil, con cinco cargadores de veinticinco cartuchos cada uno —le contestó entregándole el bolso.

El antiguo profesor universitario cerró la carpeta, la colocó en el tablero de la camioneta y luego tomó el bolso que le ofrecían. Lo abrió, vio su contenido, realizó un largo silbido para mostrar su admiración, sacó el fusil, lo pesó, lo acarició y lo puso nuevamente dentro del mismo. Después cerró el bolso y lo arrojó en la parte de atrás de su vehículo. Finalmente, le extendió la mano a Sócrates.

—Creo que tenemos un trato —expresó el guarimbero con su mano extendida.

—Totalmente —sentenció el guerrillero aceptando el apretón de manos.

A continuación, Sócrates se bajó del vehículo, cerró la puerta, su nuevo socio lo encendió y arrancó ruidosamente. Luego se montó en su moto y también salió del estacionamiento manejando, con una sonrisa de satisfacción por el trato conseguido. De lo que no se percató en medio de su alegría fue que en una camioneta con papel ahumado negro en sus vidrios, que estaba parqueada del otro lado, apenas un par de puestos laterales más allá, con el parabrisas trasero casi al frente de donde habían hecho el negocio, había un testigo presencial de la reunión entre ambos.

Una semana más tarde, el nuevo compañero de la China se convertía en un número más que engrosó la cifra de muertos durante las guarimbas en el estado Mérida. Y en ese preciso instante también se transformó el guerrillero, Sócrates Guzmán, en el desertor más buscado del Movimiento Revolucionario Tamanaire.

EL INVESTIGADOR

*La estupidez, el vicio y hasta el crimen
pueden tener su precio señalado.
Las llagas del defecto no se miran
si las cubre un diamante bien cortado.*

RAMÓN ORTEGA
VERDADES AMARGAS

1

Félix Segovia se encontraba aquel día domingo acostado en su cama, mirando la televisión sin observar ningún programa realmente. Durante los últimos tres meses de su vida, desde la muerte de su esposa y de su hijo no nacido, se había dedicado precisamente a eso, a no hacer prácticamente nada. A pesar de todas las herramientas psicológicas de resiliencia que había aprendido durante su carrera como criminólogo tanto a nivel teórico como práctico, el golpe recibido lo tenía profundamente afligido.

Sin embargo, aquel día una historia que le había contado su mamá siendo adolescente le estaba rondando insistentemente en la cabeza, como si su propio cerebro estuviese tratando de darse ánimos y sembrarse una idea de resistencia ante la adversidad. El relato lo había escuchado cuando no tenía ni la menor idea de lo que significaba la resiliencia. No obstante, era un vivo ejemplo de su concepto y aplicabilidad en la vida diaria.

El cuento de su progenitora tenía como protagonistas a un conjunto de árboles que fueron sembrados en fila, uno al lado del otro, con el objetivo de servir de cercado al terreno de un hombre. Este los había sembrado estando aún pequeños, a un par de pasos de distancia cada uno, entrelazando entre ellos hasta tres hileras de alambres de púas, con el fin de que a medida que fueran creciendo se convirtieran en una cerca “natural” para dividir y proteger su campo de invasores externos.

Con el pasar de los años, a medida que los árboles iban creciendo, los alambres de púas fueron incrustándose en la corteza de cada uno, convirtiéndose precisamente en lo que el hombre planificó, un cercado para su terreno. Sin embargo, cada árbol adoptó los alambres de manera distinta. Algunos parecían haberse querido liberar de los mismos, creciendo afectados, retorcidos y con muchas cicatrices en su exterior. Otros se adaptaron de mejor forma, acoplándose a los alambres a medida que se iban estirando, de tal manera que pareciera que los alambres formaban parte de ellos, casi sin dejar marcas, desarrollándose sanos y erguidos.

De eso se trataba precisamente la resiliencia, de la capacidad de poder asumir aquellas situaciones en la vida que no se pueden evitar y que hacen daño, de una manera lo menos destructiva posible. Al contrario, el objetivo era que dichas circunstancias afectaran a la persona en la menor medida concebible y que más bien se convirtieran en parte cotidiana de su existencia, generando incluso acciones positivas y constructivas a partir de estas. Y eso fue lo que decidió hacer el criminólogo con toda su tristeza, su rabia y su desánimo.

Una vez tomada la decisión, Félix se obligó a apagar el televisor, levantarse de la cama e irse a preparar un café. Entró a la cocina, destapó una greca, la llenó de agua, le colocó café en polvo y la puso en la hornilla del fogón para que hirviera. Mientras esperaba que estuviera lista la bebida, se sentó frente a su computadora personal, la encendió y comenzó a revisar algunas carpetas del escritorio. De pronto, se le ocurrió repasar algunos de sus casos y se levantó para buscar su disco duro portátil de respaldo. Al llegar a la vitrina donde lo tenía guardado la abrió, sacó la caja de madera donde lo escondía, sintió que no pesaba lo suficiente, la destapó y la consiguió vacía.

Inmediatamente, el corazón le dio un vuelco y aun antes de que hirviera el café, en su cerebro comenzaron a bullir una serie de pensamientos e hipótesis. El hecho de que ese disco duro hubiera desaparecido y de que tan pocas personas conocieran su existencia, lo hacían imaginarse un conjunto de escenarios posibles que se le presentaban realmente nefastos. Aunque también significaban diversas explicaciones plausibles a toda la desgracia por la que estaba pasando.

En ese momento, todos y cada uno de los sentimientos negativos comenzaron a convertirse en determinación para descubrir qué era exactamente lo que había ocurrido. Así que olvidándose del café, de la computadora y de sus casos, se dirigió uno por uno a los dormitorios del apartamento, los cuales daban a la fachada del edificio y tenían cada uno su propio ventanal. Primero se encaminó a la habitación principal y comenzó a examinar minuciosamente el borde de cada ventana, así como el brocal que daba al frente de la edificación, en búsqueda de huellas o marcas de pisadas.

Hizo lo mismo en el segundo y tercer dormitorio, sin encontrar ninguna señal de pasos o rastros de que alguna persona hubiera entrado o salido por cualquiera de las ventanas. Una vez revisado todo desde esa perspectiva, el criminólogo salió del apartamento, bajó las escaleras y se dirigió a la fachada del edificio, observando también meticulosamente cualquier detalle diferente que le indicara algún indicio de escalada al primer piso, donde se encontraba su vivienda. Sin embargo, no consiguió nada fuera de lugar.

A continuación, subió de nuevo a su apartamento y se dirigió a la cocina, apagó el fogón, se sirvió de forma automática una taza de café con azúcar y comenzó a saborearlo mientras su cerebro trabajaba a una velocidad vertiginosa. Con la bebida en su mano, caminó hacia el patio del apartamento, se puso a revisar el piso del mismo y luego levantó la mirada hacia la azotea. De inmediato, una idea surgió en su mente y sin detenerse un instante, se dirigió hacia la puerta principal para ascender a la terraza del edificio.

Después de subir dos niveles por las escaleras internas, abrió la reja de entrada a la azotea y accedió a un espacio de unos seiscientos metros cuadrados, rodeado por un muro de aproximadamente un metro y medio de altura, que tenía en el centro un inmenso tanque de agua y a los lados dos claraboyas techadas que permitían por sendas aberturas la entrada de luz solar a los patios de los dos apartamentos más grandes del edificio, que estaban en el primer piso y cuyos frentes daban a la fachada del bloque. Uno de esos, era precisamente el suyo.

El criminólogo exploró toda la azotea del edificio, palmo a palmo. Se concentró fundamentalmente en el muro que la

rodeaba, las paredes laterales, las de la fachada y las de las casas aledañas, buscando cualquier indicio, marca o señal de que alguien hubiera trepado por cualquiera de ellas recientemente. Sin embargo, no consiguió ninguna traza que le insinuara alguna actividad inusual de una persona en dichos espacios.

Finalmente, se acercó al tragaluz que daba a su piso, colocó la taza ya vacía en el borde del pequeño muro del mismo, metió la cabeza por la abertura y comenzó a recorrer con la vista todos los detalles de las paredes internas y de su propio patio. Una vez más, no observó nada inusual. Sin embargo, se concentró por un momento en una ventana interna que pertenecía al apartamento que se encontraba justo debajo de él y fue entonces cuando las vio. Parecían ser unas marcas de dedos de un par de manos, que habían quedado impresas en el polvo acumulado en el borde interno del mencionado ventanal.

Sintió cómo su corazón latía con más fuerza, luego recogió la taza, cerró la puerta de la azotea y bajó a su apartamento. Una vez ahí, se dirigió al patio, donde recogió una escalera de mano que se encontraba en el piso, la levantó, la colocó justo al lado del ventanal interno y trepó por la misma. Ya en el último peldaño, pudo observar de cerca lo que indudablemente eran las huellas de los dedos de unas manos, que habían quedado marcadas arrastrando las partículas de polvo y determinó que esas huellas fueron marcas dejadas por el peso de una persona saltando desde el borde de la claraboya, sosteniéndose por un momento en la orilla de la ventana, para luego dejarse caer en su piso.

Examinando las huellas de cerca, pudo comprobar que lamentablemente no servían para realizar la prueba dactiloscópica

debida —casi con total seguridad la persona que las había dejado portaba guantes—, además de que con el paso de los días, sobre estas se había acumulado algo de polvo nuevo, tapando cualquier tipo de detalle. Sin embargo, su hallazgo era una prueba innegable de que alguien había entrado a su apartamento de forma ilícita, hacía unos meses atrás.

Era el momento de pasar a la siguiente etapa de la investigación, debía buscar testigos de cualquier tipo que hubieran visto algún movimiento inusual durante los últimos meses en los alrededores del edificio y específicamente en torno a su apartamento. A raíz de ese descubrimiento, el criminólogo se trazó un plan de acción claro y preciso para alcanzar su objetivo: determinar quién había incursionado en su piso, para qué había robado su disco duro portátil y porqué había asesinado a su esposa y a su hijo.

2

Después del descubrimiento de esas huellas en un lugar tan inusual del edificio, Félix tomó una ducha y se vistió con un atuendo formal muy sobrio, de color oscuro. A continuación se hizo de su grabadora, su credencial de la Policía Científica y salió a buscar información. A pesar de que con la mayoría de las personas con las que iba a conversar eran vecinos y conocidos suyos, era muy importante darle la formalidad necesaria a las entrevistas que iba a realizar, de tal manera que todos entendieran la seriedad e importancia del asunto.

El primer sitio al que se dirigió fue una casa cuya fachada daba justo al frente del bloque donde vivía. En la misma,

habitaba una familia de conocidos suyos, compuesta por el padre, la madre y sus dos hijas adultas. Siendo como lo era un día domingo, todos los miembros del grupo familiar se encontraban en el hogar y respondieron a sus preguntas de muy buen agrado. Sin embargo, todas sus respuestas fueron negativas. Ninguno de ellos había visto a persona alguna merodeando el edificio en actitud sospechosa durante los últimos seis meses, a ninguna hora del día, ni mucho menos habían visto a nadie intentando meterse de manera furtiva. No obstante, de igual forma los grabó a todos con su consentimiento.

Luego de esa visita, el criminólogo se encaminó al siguiente lugar, justo al lado de la casa donde había entrado primero. Esta no era una vivienda, sino un negocio muy reconocido en la ciudad, un famoso hostel con habitaciones para hospedarse, con su respectivo restaurante cuya especialidad eran los mariscos, moluscos y en general la comida propia del mediterráneo. Dado que el gerente era un buen amigo —a quien incluso le había prestado sus servicios en otras ocasiones—, no tuvo problemas en colaborar personalmente y permitir que entrevistara a todos sus trabajadores. Una vez más era un buen detalle que fuera domingo, debido a que era el día más movido del establecimiento y estaban casi todos los empleados.

Después de hacer lo propio con el dueño del hostel, uno a uno fueron pasando los trabajadores a la oficina y respondiendo a las inquietudes de Félix. De la misma forma que en su visita anterior, todos los testimonios fueron estériles en relación a algún merodeador foráneo que cualquiera hubiese observado en determinado momento. Así que una vez culminadas las

entrevistas, se despidió del propietario y se marchó a la siguiente vivienda.

En este caso, se trataba de un edificio que tenía incluso mayor número de pisos y, por ende, de apartamentos que donde él vivía. Después de solicitar la autorización del conserje del mismo, aunque sabía que significaba una jornada larga para un día domingo, Félix visitó uno a uno todos los hogares de sus vecinos. No obstante, cada familia que interpelaba le daba prácticamente la misma respuesta, nadie había percibido nada anormal o extraño en torno a su bloque durante los últimos meses.

Al llegar al último piso, tocó en el apartamento de una señora de mediana edad cuyo nombre era Esperanza. Era la dueña de una peluquería muy concurrida que se encontraba a un par de manzanas, ella misma atendía dicho negocio y poseía un ritmo de vida muy exigente con horarios de descanso muy cortos. Por lo general llegaba a altas horas de la madrugada a su piso y se levantaba temprano para volver a salir a acometer sus labores diarias.

El criminólogo fue recibido de muy buen agrado por Esperanza, quien incluso le ofreció una taza de café y una rodaja de pan para acompañarlo. Félix le agradeció en sobremanera el gesto, era lo primero que comía ese día. Y ese no fue el único detalle agradable que recibió de ella. Cuando comenzó a grabarla y le manifestó las mismas inquietudes que llevaba todo el día repitiendo, la peluquera le contestó que sí había visto hacía unos tres meses atrás a alguien extraño entrando a una casa de enfrente, pero no había sido a su edificio.

—A ver, señora Esperanza, cuénteme exactamente qué fue lo que vio —le inquirió el criminólogo sintiendo la adrenalina fluir por todo su cuerpo.

—Bueno, esa madrugada yo acababa de llegar a mi apartamento, me cambié y ya me iba a acostar cuando escuché un perro ladrando. Era el que está en la azotea de la casa de enfrente, ¿sabe?

—¿Se refiere a la casa que está justo al lado de mi edificio?

—Exacto, esa misma. La casa que tiene una pequeña azotea. Ahí hay un perro grande pero que muy rara vez ladra. Por eso me llamó la atención y fui al balcón a ver qué pasaba.

—Bien, y ¿qué fue lo que vio?

—Pues había un hombre joven, creo que un muchacho, que estaba caminando por la cornisa de la casa con muchísima rapidez.

—¿Y saltó a la azotea de la casa?

—Yo creo que sí. Apenas lo vi, salí corriendo a mi cuarto a buscar el celular para llamar a la policía. Pero cuando regresé al balcón el muchacho ya no estaba y el perro había dejado de ladrar.

—Entonces, ¿usted no lo vio saltar a la azotea de la casa?

—No, pero yo creo que eso fue lo que hizo, porque no tuvo tiempo de hacer nada más y en la calle no estaba. Además que el perro se calló, por eso ni llamé a emergencias. Pensé que quizás era alguien de la casa al que se le habían olvidado las llaves o no lo querían dejar entrar. Yo hice esas cosas muchas veces estando muchacha —dijo soltando una carcajada.

—Perfecto, señora Esperanza. Por favor intente recordar todo lo que pueda del muchacho. Su color de piel, su altura,

su contextura, como estaba vestido y cualquier otro detalle que haya notado y que recuerde.

—Pues eso hace tres meses más o menos. Déjeme hacer memoria. Era un muchacho alto, muy ágil. No era ni gordo, ni flaco, pero se veía fuerte. Tenía un corte de caballero normal, sin líneas, ni raspados, ni degradados. A pesar de que estaba de espaldas, la luz del poste le alumbraba el cuello y me pareció que era de piel morena. Estaba vestido con ropa oscura y tenía un bolso cruzado en su espalda. Quizás era un estudiante.

—Excelente. ¿Algún otro detalle importante que recuerde de esa noche?

—Ahora que lo menciona, sí. Esa madrugada cuando yo venía llegando, usted iba saliendo en su carro.

—Gracias, señora Esperanza. Ha sido usted sumamente amable.

—Siempre a su orden, señor Félix.

Con esa entrevista, el criminólogo obtuvo información sumamente valiosa relacionada con algunos aspectos del fenotipo del individuo. Ya sabía que se trataba de un joven, de sexo masculino, de aproximadamente entre los quince y los veinticinco años de edad, de piel morena, cabello negro con un corte clásico, con una estatura alrededor de un metro ochenta a un metro noventa, de contextura atlética, extremadamente ágil, de movimientos felinos y una actitud decidida. Todos esos detalles los fue anotando en un archivo de texto en su computador personal.

El siguiente paso en la investigación, consistía en armar un perfil psicológico del victimario. Para ello, lo primero que debía analizar era la escena del crimen, en este caso, su propio

apartamento. El acto había sido completamente limpio. Tanto era así, que al principio ni siquiera él mismo sospechó que su compañera había sido asesinada. Todo parecía indicar que se trataba de una caída accidental, quizás levantándose para ir al baño —algo que acostumbraba a hacer— se había resbalado, golpeándose la cabeza contra la mesa del recibidor y fracturándose el cuello.

La escena y la acción habían sido tan pulcros, que Félix comenzó a pensar que quizás el propio asesino probablemente no sabía que había matado a alguien. Y eso estaba ligado al segundo punto a tomar en cuenta para el perfilado que se hallaba realizando, el *modus operandi* del delincuente. En este caso, el criminólogo estaba seguro de que el individuo era una persona que se dedicaba a entrar a diferentes lugares a hurtar cosas y en el momento en que era descubierto, acudía a la violencia ocasional para poder escapar. El hecho de que llevara un bolso mostraba que estaba preparado para el hurto, pero el que no usara armas ni de fuego ni blancas, ratificaba la visión de que no se dedicaba a matar ni tampoco iba con esa intención.

El tercer elemento a tomar en cuenta era el autógrafo personal del criminal, es decir, su firma o su marca personalizada. En este caso, era su forma de trabajar, la cual era sumamente organizada y metódica, por lo que debía realizar esos actos completamente solo. Se podía deducir que tenía varios años ejecutando ese tipo de actividades de incursión, hurto y escape, para lo cual debía estudiar muy bien el lugar al que tenía que ingresar o en su defecto que alguien conocedor de las especificaciones del sitio se los graficara de una forma muy detallada, pero a la hora de actuar lo hacía en solitario.

Otro fundamento a tomar en cuenta era la víctima y su posible relación con el victimario. No obstante, en esta ocasión todo parecía indicar que había sido un hecho fortuito y sin que hubiera vínculo alguno entre los actores de la tragedia. Simplemente ocurrió que el agresor estaba robando y la agredida se interpuso incidentalmente en su camino. Por ello, cualquier estudio sobre los hábitos de vida de su difunta esposa carecía de relevancia para esclarecer los hechos.

Y, finalmente, era muy importante tomar en cuenta el área geográfica de acción del malhechor. Sin embargo, para ello debía revisar específicamente tres fuentes de información fundamentales, el Sistema de Información Policial (Sipol), la Internet y una base de datos de algún medio de comunicación nacional. A la primera tenía acceso como funcionario de la Policía Científica, a la segunda obviamente con su proveedor de servicios y en cuanto a la tercera sí estaba un poco más complicado. El único conocido que tenía en un diario local que publicaba noticias de índole nacional, ya no trabajaba en el medio.

Con los perfiles del individuo de rasgos fenotípicos y psicológicos ya armados, el criminólogo se obligó a comer algo y a acostarse a descansar. Había sido un día muy largo, ocupado y lleno de emotividades. Todavía tenía un prolongado camino que recorrer para conseguir al culpable de la tragedia que había enlutado su vida. No obstante, ya el camino para lograrlo lo tenía completamente trazado. Una vez conseguido el objetivo, tomaría la decisión de qué hacer con el homicida.

Al día siguiente, el criminólogo fue a su oficina en la Policía Científica, casi tres meses después de la última vez que había asistido a su trabajo. Fue recibido tanto por sus compañeros como por sus superiores jerárquicos de una manera muy afable, con abrazos, apretones de mano y besos en la mejilla. Todas esas muestras de afecto fueron aceptadas cálidamente por Félix, quien muy aparte de todo, realmente las necesitaba. En carne propia pudo comprobar que la cordialidad humana forma parte fundamental de todo proceso de recuperación después de un duelo tan profundo.

Una vez sentado frente a su computador institucional, ingresó al Sipol e inició la búsqueda que se había pautado. Debido a que el mismo era un servicio *web* alimentado por el Ministerio Público a nivel nacional, las exploraciones solo podían hacerse sobre denuncias hechas por las víctimas de algún delito o acerca de sentencias emitidas por los tribunales. En tal sentido, los datos a ingresar para consultar eran los de identificación personal de los denunciantes, denunciados, condenados o la información registrada de los bienes implicados en algún proceso judicial.

Es decir, que el perfil fenotípico y psicológico del asesino, le eran de poca utilidad para esa búsqueda. De hecho, la única forma de consultar que tenía para ese caso en particular era buscando por el tipo de delito, lo cual hacía la tarea mucho más engorrosa y complicada, debido a que implicaba la lectura detallada de cada una de las descripciones de los casos, verificando que se compaginara con el rompecabezas que estaba

intentando armar. Sin embargo, se dedicó a ello con mucha minuciosidad y paciencia durante todo el día, levantándose solo un par de veces para tomar café y un ligero aperitivo.

Terminando el día, guardó la información recopilada durante la jornada en un *pendrive* y se levantó de su escritorio para ir a descansar. Mientras salía al estacionamiento a buscar su vehículo, iba pensando en la importancia de consultar los casos que no eran denunciados tanto en la internet como en una base de datos de publicaciones periodísticas, los cuales recogían información clave para comparar con la registrada en el Sipol. Con ese pensamiento en su mente, condujo hasta una cafetería en el centro de la ciudad, pensando en tomarse un café fuerte de máquina para trabajar un poco más en su apartamento antes de acostarse.

Al llegar al sitio, aparcó el carro, se bajó del mismo, entró al local y se dirigió directamente a la caja para realizar el pago y pedir el café para llevar. En el preciso momento que estaba cancelando, se sintió observado, volteó la mirada, se encontró con los profundos ojos color miel de Adriana Fariña y de inmediato se dirigió a saludarla. Después de un abrazo y los respectivos saludos, el criminólogo aprovechó el momento para pedirle su ayuda con la investigación, por lo que concertaron una cita al día siguiente en el diario donde en ese momento la periodista era la jefa de redacción.

Tras una noche de sueño reparador, el criminólogo se dirigió bien temprano a la oficina de la periodista, quien ya estaba esperándolo y lo recibió muy cariñosamente, con un abrazo, un beso en la mejilla y un café. Esa mañana Adriana estaba radiante, peinada y maquillada delicada y sutilmente; vestida

con una falda ajustada que le llegaba a la rodilla, cuyas caderas parecían querer romperla y una blusa también ceñida que sus enormes senos igualmente pretendían intentar reventarla. Ningún detalle de estos se le pasó por alto a Félix, quien cortésmente se lo manifestó.

—Permite que te diga que estás muy hermosa —le expresó Félix ya sentado frente a Adriana en su oficina.

—Gracias —le respondió ella un poco ruborizada—. Tú también te ves muy bien.

A continuación, el criminólogo le contó a la periodista por todo lo que estaba pasando. Optó por no guardarse nada, permitiéndose abrirse completamente en sus pensamientos, sus sentimientos y sus objetivos. Esto también le sirvió a Félix para desahogarse y reordenarse internamente un poco. Adriana lo escuchó atentamente y tomó nota de algunos detalles. Recibió en el *pendrive* el archivo con el perfil fenotípico y el psicológico del individuo que había que ubicar y le manifestó su completa solidaridad y apoyo para la tarea.

Durante las siguientes semanas, el criminólogo y la periodista formaron un equipo de trabajo dedicado a buscar, revisar y encontrar todos los hechos delictivos que tuvieran un *modus operandi* similar al caso que estaban armando y un ámbito territorial aledaño en el que hubieran ocurrido los sucesos, de tal manera que fuera dentro del estado Mérida o algunas provincias cercanas. Para ello, alternaban las responsabilidades en sus respectivos trabajos con la búsqueda y recopilación de los casos. Al final de la tarde se reunían para comparar los resúmenes de cada uno y entrecruzar datos. Debido a ello, empezaron a pasar mucho tiempo juntos.

De esta manera, comenzaron a juntarse hasta altas horas de la noche y poco después, inclusive los fines de semana, alternando el trabajo de investigación que estaban realizando con algunos ratos de esparcimiento. Debido a ello, la periodista también se abrió con el criminólogo, contándole sobre sus problemas personales, su situación de vida y recibiendo de parte de este ayuda aun en medio de su propia aflicción, comprobando además el adagio que reza que salvar a otros al final es lo que te salva a ti mismo.

Tres meses más tarde de aquel encuentro en la cafetería, después de una ardua labor de búsqueda, comparación y perfilado de múltiples casos registrados tanto en el Sipol, la Internet, como en la base de datos de investigaciones periodísticas, Félix y Adriana redujeron a cinco el número de posibles sospechosos que reunían los tres indicadores revisados: encajaban aproximadamente con las particularidades físicas, actitudinales y mentales armadas por el criminólogo, tenían un ámbito de acción geográfico cercano entre los estados Mérida, Táchira, Zulia, Barinas y habían participado en acciones de allanamiento de morada sin el uso de la fuerza, perpetrando robos, hurtos, con violencia ocasional sin el uso de armas y actuando de manera individual, es decir, sin cómplices directos en el acto delictivo.

De esos cinco posibles sospechosos, tres se encontraban privados de libertad: dos en el Centro Penitenciario de la Región Los Andes en Mérida, uno en el Centro Penitenciario de Occidente en Táchira, también conocido como la cárcel de Santa Ana y dos se hallaban en libertad. Estos últimos eran los que más le preocupaban a Félix a la hora de poder ubicarlos. Como ya había revisado que para la fecha del homicidio los

cinco se encontraban en libertad y casi con total seguridad en Mérida, ahora debía averiguar y comprobar las coartadas de cada uno para el descarte final. En tal sentido, las probabilidades estaban a su favor. La investigación realizada casi había culminado y desde el punto de vista estadístico tenía muchas posibilidades de ubicar con certeza al agresor, especialmente por el *modus operandi* tan específico.

Una semana atrás, estando Félix a solas en la oficina de Adriana trabajando hasta muy tarde, el criminólogo había acercado bastante su rostro al de la periodista y dado que ella se encontraba frente al computador y él a su lado, en un instante quedaron frente a frente, lo que aprovechó para darle un beso que fue aceptado de buen agrado. Por ello, a pesar de que no hubiera ocurrido nada más entre ellos desde entonces, cuando le propuso que celebraran lo cerca que estaban de alcanzar su objetivo con una fiesta privada, no le sorprendió que ella accediera con una mirada seductora.

A media tarde salieron juntos de la oficina en el carro de Félix y se dirigieron a un motel muy acogedor que se encontraba en las afueras de la ciudad. El sitio, que era bastante conocido, tenía un estilo campestre con acabados rústicos en sus paredes y en sus muebles de madera. Una vez en la habitación, con algo de timidez de parte de ambos empezaron a desvestirse, sin ayudarse mutuamente. Todo iba según lo planeado hasta que el criminólogo se quitó la camisa, la colgó en el clóset y se volteó a mirar a Adriana. A pesar de ser una mujer madura y madre de tres hijos, se consiguió con una hembra espectacular, de una belleza majestuosa como nunca había siquiera soñado.

Ante sus ojos estaba –completamente desnuda– una diosa de piel morena muy clara, con un llamativo rostro ovalado, unos labios acorazonados, un pelo castaño oscuro ondulado que le caía sobre los pequeños hombros, los cuales daban paso a unos delicados brazos que, entrecruzados, sostenían los más monumentales senos que jamás hubiera visto en persona, coronados con unos grandes y perfectos pezones color marrón claro. Bajo estos, un hermoso abdomen redondeado con pequeñas marcas de sus embarazos, siendo el preámbulo de unas curvadas caderas que en el centro contenían una vulva carnosa completamente afeitada; por detrás unas nalgas esféricas con algunas estrías que semejaban la hermosa superficie de un mar en calma y finalmente unas preciosas piernas serpenteantes con algunas cicatrices que sostenían toda esa belleza junta.

Félix terminó de desvestirse y se metió en la cama con Adriana. Era tanto lo que le gustaba aquella mujer y tan impactado estaba con su hermosura, que junto a todas las emociones vividas con ella en los últimos días, terminaron por meterle demasiada presión y por un buen rato, su cuerpo no le respondió de la manera que lo ameritaba la ocasión. A pesar de que se besaron y se acariciaron apasionadamente, parecía que nada iba a ocurrir. Así que se acostaron uno al lado del otro, se abrazaron y dormitaron un rato.

Cuando ya iban a arreglarse para irse, Félix se volteó, besó profundamente a Adriana, empezó a acariciarla, a lamer sus senos y su cuerpo despertó. Inmediatamente se subió encima de ella, esta abrió las piernas y como estaba lista, la penetró una y otra vez por un buen rato. Luego se acostó y ella se

subió encima de él, tomando esta su miembro con las manos y apuntándolo a su propia vagina.

Una vez adentro, ella comenzó a moverse rítmicamente hacia adelante y hacia atrás. Así estuvo por varios minutos, aumentando el ritmo y disminuyéndolo. Hasta que empezó a palidecer, se sintió mal, se detuvo y se acostó encima de él. Solo entonces recordaron que ni siquiera habían almorzado.

Después de abanicar un poco de aire a Adriana con una almohada y darle un vaso con agua, ambos se rieron de la situación y se vistieron ahora sí ayudándose mutuamente. Salieron del motel y se fueron a un negocio cercano a comer una buena sopa de mondongo, también conocido como callo o panza del ganado vacuno y unos pastelitos, que le decían a unas tortillas fritas hechas de harina de trigo y rellenos con carne, queso, pollo, entre otros contenidos. Después de la opípara comida, el criminólogo llevó a la periodista a la casa de su madre y se despidió de ella con un profundo beso. A la mañana siguiente se consiguió con la sorpresa de que habían estallado las guarimbas en el estado Mérida y en toda Venezuela.

4

La situación social en Venezuela durante las guarimbas mantuvo bastante ocupados tanto a la periodista como al criminólogo en sus respectivos trabajos. A pesar de ello, buscaban el tiempo para verse y estar juntos, estableciendo una relación formal entre ellos y continuando con la investigación para determinar con certeza quién había sido el responsable de hurto y homicidio en el hogar de Félix. Por este motivo, decidieron ubicar primero a

los dos sospechosos que se encontraban en libertad, ya que era la tarea más complicada. Los otros tres sabían exactamente dónde encontrarlos y no iban a ir a ningún sitio por los momentos.

Debido a que el eje central de la ciudad de Mérida era atravesada por cuatro avenidas principales y dos de ellas se encontraban bloqueadas por barricadas controladas por grupos subversivos, la movilidad se hizo cada vez más complicada y peligrosa. Así que el criminólogo optó por solicitar en su trabajo el apoyo para trasladarse y para resguardar su seguridad, dado que incluso la sede de la Policía Científica se encontraba en medio de una de las zonas de guerra. De esta manera, le asignaron como transporte una camioneta blindada sin marcas ni placas oficiales, que era conducida por un funcionario vestido de paisano, quien lo buscaba y lo llevaba de su casa a la oficina y viceversa.

Una de las tareas más importantes a las que Félix estuvo dedicado a lo largo de ese período de protestas fue a la búsqueda, sistematización y análisis de información proveniente de las redes sociales y las aplicaciones de mensajería instantánea relacionada con el accionar de los colectivos conspiradores, particularmente para la identificación de los elementos que los lideraban, protegían y financiaban. De esta manera, contribuyó a dilucidar la estructura de las redes organizacionales de los guarimberos principales además de sus respectivos perfiles fenotípicos y psicológicos.

Al final de una jornada intensa de trabajo, al criminólogo fue a buscarlo el funcionario asignado para su movilización y este le pidió que por favor lo llevara hasta la oficina de la periodista, que estaba ubicada en la parte norte de la ciudad,

una zona libre de guarimbas. De esta manera, salieron en la camioneta blindada de la sede de la Policía Científica, sortearon una serie de barricadas y comenzaron a subir por una de las avenidas despejadas. Llegaron a un semáforo que estaba en rojo y el conductor detuvo el vehículo. Justo en ese momento se paró al lado de la camioneta una Grand Cherokee color plata. Félix volteó su mirada hacia el mismo y a través de la invisibilidad que le daba el papel ahumado que recubría la ventanilla, comenzó a observar minuciosamente al otro conductor. Y fue entonces que lo reconoció.

—Compañero —le dijo el criminólogo al funcionario policial—, ese individuo es de los que tenemos identificados como uno de los líderes de las guarimbas. Necesito que por favor, de la manera más prudente posible, lo siga para ver hacia dónde se dirige.

—Entendido —le respondió el aludido.

Cuando el semáforo cambió a verde, el funcionario permitió que la camioneta plateada lo adelantara, consintiendo incluso que se alejara un poco. El mismo avanzó hacia la zona norte de la ciudad y luego cruzó el último viaducto del casco central a mano derecha. De inmediato, lo siguieron a una distancia prudente y observaron cómo entraba al estacionamiento de un conjunto residencial de varios bloques, cuyo portón estaba abierto.

—¿Qué hago? —le consultó el conductor a Félix.

—Síguelo y cuando se detenga, trata de estacionarte lo suficientemente cerca pero sin levantar sospechas —respondió el criminólogo.

La camioneta plateada avanzó por el estacionamiento y se metió a un sótano justo debajo de uno de los edificios. El vehículo lo siguió, entrando a un parqueadero subterráneo que se encontraba prácticamente lleno de vehículos. El líder guarimbero se estacionó de retroceso en uno de los puestos vacíos, los cuales estaban marcados con rayas amarillas en el pavimento y a su vez con los números de los apartamentos a los que correspondían en la pared. El funcionario hizo lo propio, parándose frontalmente en un lugar desocupado que estaba del otro lado, un par de sitios antes, casi al frente de donde se había aparcado la Grand Cherokee. Dado que el vehículo donde iba Félix tenía todos los vidrios recubiertos con papel ahumado, era imposible que el chófer del otro carro supiera cuantos ocupantes había en el mismo. De tal manera que el criminólogo pensó rápidamente.

—Compañero —le dijo al conductor—, por favor apague la camioneta, bájese y suba por las escaleras del edificio sin mirar atrás. No sé qué va a hacer, siéntese en algún pasillo, toque en un apartamento y pida agua, pero cierre, déjeme aquí solo y no vuelva hasta que yo lo llame a su celular.

—Entendido —le respondió el chófer e hizo exactamente lo que Félix le instruyó.

El guarimbero siguió al funcionario policial con la mirada hasta que comenzó a subir las escaleras. El criminólogo se pasó muy cuidadosamente al asiento trasero de la camioneta para observarlo mejor y sacó su teléfono celular para grabarlo en caso de ser necesario. Así, pasaron varios minutos sin que nada ocurriera. Hasta que de pronto un motorizado entró al estacionamiento y se detuvo justo al lado de la camioneta

plateada. Se bajó de la moto, se sacó un bolso que tenía cruzado y cuando se quitó el casco, Félix confirmó con certeza lo que ya había notado al ver entrar la moto, que era el propio Sócrates en persona.

El criminólogo sintió la adrenalina fluir por cada fibra de su ser mientras grabó al guerrillero negociando con el guarimbero. A pesar de que no podía escuchar la conversación, recogió en video la entrega de una carpeta, el bolso, la revisión de un fusil automático, el posterior apretón de manos entre ambos y la salida del sótano de cada uno. Una vez hubo guardado en su teléfono el registro audiovisual, procedió a llamar al funcionario policial para que lo llevara a su oficina. La cita con la periodista había quedado ese día suspendida.

Debido a lo delicado de la información recogida, dado que la misma se encontraba en video y por las complicaciones de movilidad en todo el país, Félix tardó varias semanas en poder hacerle llegar la misma a Papá Oso a través de Julio. No obstante, utilizando una persona de confianza y un mecanismo completamente seguro, se la envió a la ciudad capital y fue recibida por los jefes del guerrillero.

Durante ese tiempo, se dedicó a completar la investigación personal que tenía pendiente. Con la ayuda de la periodista, logró conseguir a los dos individuos que se hallaban en libertad. Como ambos tenían antecedentes penales, una vez vieron su credencial de la Policía Científica, cooperaron plenamente con el criminólogo y además los dos demostraron sendas coartadas absolutamente corroborables para el día en cuestión.

A continuación, ubicó telefónicamente al individuo que se hallaba privado de libertad en la cárcel de Santa Ana, en la

ciudad de San Cristóbal, estado Táchira. Una vez se identificaron ambos, Félix lo interrogó sobre la fecha de la tragedia. El hombre argumentó que en ese momento se encontraba en la misma ciudad donde estaba detenido.

—Me acuerdo perfectamente porque dos días después yo cumplo años y estaba aquí en la casa de mi madre —le respondió el convicto a través del teléfono.

—Comprendo —le dijo el criminólogo—. ¿Tienes testigos que puedan confirmar eso?

—Sí, claro, toda mi familia, mis amigos, el que era mi jefe y mis compañeros en el restaurante donde trabajaba en ese momento.

—Vale, muchas gracias.

El criminólogo se dio por satisfecho con la respuesta del muchacho. Si hacía falta revisar el asunto, tenía suficientes indicios para ello. Con ese testimonio, las posibilidades habían quedado reducidas a dos individuos, los cuales se encontraban privados de libertad en el Centro Penitenciario de la Región Los Andes en el propio estado Mérida. La periodista estaba encargada de hacer un contacto telefónico previo con ellos antes de trasladarse al sitio. Los resultados se los dio personalmente a Félix, estando reunidos en la oficina del periódico.

—Te tengo una noticia buena y una mala —le expresó Adriana—. ¿Cuál quieres que te diga primero?

—La mala —le soltó Félix.

—La mala es que el Sipol no tiene información completamente confiable.

—A ver, ¿a qué te refieres?

—Pues resulta que uno de los que llamé hoy estaba detenido la fecha en que entraron a robar a tu apartamento, lo corroboré con un custodio del centro penitenciario y con una secretaria del Circuito Judicial Penal.

—Es decir, que está descartado.

—Así es.

—Ajá y, ¿cuál es la buena noticia?

—El otro muchacho estaba aquí en Mérida y fue detenido apenas un mes después de lo que ocurrió en tu casa, saliendo de otro apartamento donde había entrado a robar.

—Es decir, que todo indica que él es nuestro hombre.

—Eso es correcto. Bueno, más bien nuestro niño, tiene apenas dieciocho años con unos cuantos meses de edad.

Así, casi seis meses después de haber conseguido los rastro de las huellas de unos dedos en una ventana interna de su edificio y haber iniciado una investigación exhaustiva para conseguir al dueño de las mismas, el nombre de Josué Nieto había salido a relucir entre muchos. Ahora, el criminólogo sabía que debía ir a visitarlo en la cárcel.

EL JUSTICIERO

*A nadie habrá de herir lo que aquí digo,
porque ceñido a la verdad estoy
me dieron a beber hiel y veneno
hiel y veneno en recompensa doy.*

RAMÓN ORTEGA
VERDADES AMARGAS

1

El seguimiento que el criminólogo le hizo al sujeto identificado como uno de los líderes guarimberos conllevó a su posterior detención por parte de las autoridades. Dicho individuo al cual grabó en video fue apresado *in fraganti* en posesión de armamento de guerra, dinero en efectivo en altas cantidades distribuido en sobres y sustancias estupefacientes que portaba en su vehículo personal, una Grand Cherokee del año, color plata. Sin embargo, no pudo ser así en el caso de Sócrates, quien después de eso prácticamente se desapareció del mapa sin dejar rastro.

Una mañana muy temprano, estando todavía en su casa arreglándose para salir a trabajar, Félix recibió una llamada en su celular personal proveniente de un número desconocido. Un poco extrañado contestó el teléfono para encontrarse con la sorpresa de que era el propio Papá Oso en persona quien lo estaba llamando. El hecho en sí mismo resultaba insólito, ya

que el Viejo no acostumbraba a hablar por teléfono absolutamente con nadie.

—Buen día, compa, ¿cómo amanece? —lo saludó el líder guerrillero.

—Buen día, compa, todo bajo control —le respondió el saludo el criminólogo.

—Qué bueno, de verdad. Compa, lo estoy llamando por un asunto urgente. Recibimos el material que nos envió, además de otro informe mucho más grave. Por eso es que andamos buscando a nuestro amigo en común por todos lados, pero pareciera que se lo tragó la tierra.

—Así es, compa, por aquí también lo buscaron y no lo consiguieron.

—Qué vaina con ese compa de verdad. Nosotros vamos a enviarle por la vía segura de siempre varios documentos relacionados con el hombre que queremos que revise, incluso los que él mismo nos envió la última vez, para que además de darnos su opinión nos ayude a ubicarlo. Sabemos que usted conoce sus costumbres y amistades mejor que cualquier otra persona. No se sienta obligado a nada, pero si puede ayudarnos se lo sabríamos agradecer enormemente.

—Cuenta conmigo, compa. Haré todo lo que esté en mis manos para apoyarlos. Nuestra amistad sigue inquebrantable.

—Gracias de verdad, compa. Yo sabía que podíamos contar con usted. Un abrazo grande.

—A sus órdenes siempre. Otro abrazo de vuelta, compa.

Después de una jornada laboral intensa, Félix se reunió con Adriana en la oficina del periódico. Ahí, le compartió la información de la llamada telefónica y aprovechó para abrir el correo

electrónico encriptado por medio del cual compartía datos y documentos con los jefes del grupo subversivo. Lo primero que descargó fue el escrito sin fundamento que Sócrates les había enviado donde perfilaba sin pruebas al nuevo compañero de Yarumí como un paramilitar.

Bajó del correo además dos reportes realizados por un tercero, uno en el que se describía la persecución y el ataque que había sufrido dicho individuo por obra del guerrillero y finalmente otro en el cual se aseguraba que el mismo sujeto había sido asesinado por guarimberos, con la respectiva sospecha de que dicho acto había sido promovido por el propio Sócrates.

El criminólogo leyó toda la información, le sumó el vídeo que había grabado y tuvo el rompecabezas completo, desde la primera hasta la última pieza. Por un instante se olvidó absolutamente de todo, hasta de Josué Nieto; sintió una fuerza interior que le carcomía las entrañas y supo que desde ese momento su principal objetivo era encontrar y darle caza al guerrillero Sócrates Guzmán. No obstante, sabía que no iba a ser una tarea sencilla.

Para ello empezó por contactar en el propio estado Mérida a toda la red de colaboradores y otros conocidos en común, intentando determinar el último encuentro o movimiento más reciente que hubieran tenido con Sócrates o con Yarumí, a quien estaba completamente convencido el criminólogo que si la hallaba, también encontraría al guerrillero.

A la persona que entrevistó cuyo testimonio fue el más esclarecedor de todos, fue la propia madre de Sócrates. Esta lo recibió con mucha amabilidad, siendo como era una mujer muy conversadora y dado que estaba viviendo sola. Le brindó una

taza de café humeante y se desahogó contándole sus vivencias y sus problemas desde la última vez que se habían visto. Una vez que lo puso al día con todo, conversaron sobre el guerrillero.

—La verdad es que ese hombre se volvió loco —le expresó la señora a Félix—. Bueno, él siempre ha tenido sus arranques, pero después que la China se fue ni comía, ni dormía, casi no paraba en la casa y de paso estaba todo el tiempo de mal humor, cosa que no era normal en él.

—Qué tema, de verdad —afirmó el criminólogo—. ¿Y qué otras cosas hacía?

—Pues un día hasta se atrevió a levantarme la voz, a mí, que soy su madre. Imagínese eso.

—Qué terrible, de verdad.

—Sí, terrible. Pero lo peor fue cuando ella volvió.

—¿A quién se refiere, a la China?

—Sí, claro. Un día, varios meses después de que se fuera, él llegó aquí con ella. Pero eso era espantoso, discutían y peleaban todos los días. Desde la mañana hasta la noche.

—Me imagino su preocupación. ¿Y dónde están ahora?

—Pues ahí sí no lo sé. Conforme llegaron, unos días después hicieron su maleta y se fueron sin decirme para dónde. Usted sabe cómo es él de misterioso. Lo que me preocupa es que hace poco vino a buscarlo hasta la policía. Claro, no es la primera vez que pasa, pero quién sabe en qué lío está metido esta vez.

—Entiendo. De verdad muchísimas gracias por su tiempo y por el café. Estaba muy sabroso.

—A su orden. Cuando quiera me vuelve a visitar.

La mayoría de los cooperantes y amigos habituales coincidían en que no habían tenido contacto con Sócrates ni con su

compañera durante los últimos meses. Algunos pocos se habían tropezado con el guerrillero mientras andaba buscando a la China desesperadamente y solo una persona poseía información valiosa respecto a ella. Se trataba de una buena amiga de Yarumí, una joven de su misma edad de nombre Gabriela con quien había trabajado un tiempo en una oficina del gobierno regional en el estado Mérida. También recibió con beneplácito al criminólogo y se abrió completamente con él.

—Realmente estoy muy preocupada por mi amiga —le afirmó Gabriela a Félix—. Ella había abandonado a Sócrates por su nueva pareja de quien estaba muy enamorada.

—Y entonces, ¿por qué volvió con él? —le preguntó el criminólogo.

—Después de la muerte de su novio, ella no tenía a donde ir y Sócrates fue muy insistente. Yarumí se estaba quedando en mi casa pero él la buscó una y otra vez hasta que ella aceptó volver con él.

—Entiendo. ¿Y sabes para dónde se fueron?

—Pues un par de días estuvieron en casa de Sócrates pero después se marcharon y desde entonces no he vuelto a saber nada de Yarumí.

—¿Ni siquiera te ha llamado?

—Nada. Ni tampoco puedo contactarla a su número. Pareciera que lo tiene cortado. Y hay una cosa que me preocupa demasiado...

—Cuéntame...

—El asunto es que ella, cuando se fue de aquí con Sócrates, estaba embarazada de su difunto novio.

Esa revelación hizo que Félix se formara una perspectiva bien puntual sobre el paradero del guerrillero y la China. Sin embargo, era necesario descartar un par de hipótesis y confirmar sus sospechas. Para ello, debía extender su búsqueda más allá de los límites del estado Mérida. De tal manera que, aquella misma noche, mientras se encontraba acostado en su cama con Adriana después de haber hecho el amor, el criminólogo le hizo una propuesta.

—Amor —le dijo cariñosamente Félix mientras le acariciaba la espalda desnuda—, ¿me quieres acompañar en una nueva odisea?

—Claro que sí, amor —le respondió Adriana—, contigo a donde lo necesites.

—Excelente. Ya tengo trazado un plan.

—A ver, ¿qué tienes en mente?

—Tenemos que irnos de viaje por carretera. Vamos a buscar un fugitivo.

—Bueno, puedo pedir un par de semanas de vacaciones que tengo atrasadas. El problema es la dificultad para movilizarnos por las guarimbas.

—No te preocupes, ese tema no creo que vaya a durar mucho tiempo más. El desgaste de la gente es tremendo. Esperemos unos días y verás.

—Lo que tú digas, amor.

Casi un mes más tarde, habiéndose levantado por completo las guarimbas, el criminólogo y la periodista salieron de viaje por carretera, con el objetivo de encontrar al guerrillero. Para ello, su primer destino estaba ubicado en la hacienda El Consuelo, en el estado Cojedes.

Félix y Adriana emprendieron el viaje juntos en un carro de alquiler, un Ford Fiesta Power color negro con papel ahumado oscuro en sus vidrios. Tomaron una de las dos vías de salida y entrada de vehículos con las que cuenta el estado Mérida, la cual se encuentra hacia el norte. Por esta se agarra una carretera que cruza el páramo merideño atravesando el Parque Nacional Sierra Nevada, subiendo desde los mil seiscientos hasta casi los cuatro mil metros de altura en un par de horas, para luego bajar abruptamente aproximadamente en una hora más hasta Barinas, un estado llanero que se encuentra casi a cien metros sobre el nivel del mar.

La ruta está marcada por cambios disruptivos en la altura, una carretera angosta con un solo canal de ida y otro de vuelta con muchas curvas –algunas de ellas bastante pronunciadas–, con montañas por un lado y precipicios por el otro; desde el clima frío con temperaturas por debajo de los cero grados centígrados, hasta los hermosos paisajes campestres que incluyen flora y fauna autóctona de la región tales como el frailejón y el oso frontino, además de las nevadas ocasionales durante el año, todos esos detalles hacen de esa vía una de las más impresionantes y encantadoras de toda Venezuela.

La primera parada la hicieron en el estado Barinas, un poco más de tres horas después de haber salido de Mérida. Ahí se detuvieron a almorzar en un restaurante que estaba a orilla de la carretera, comiendo carne de res asada en vara acompañada con yuca sancochada. Poco antes de detenerse, el criminólogo había hecho una llamada a una persona de esa ciudad, la cual

quedó en encontrarse con ellos en el mencionado comedero. Casi terminando de comer, un grupo de motorizados vestidos de rojo y negro, con pañoletas de los mismos colores, se detuvieron en frente del local y uno de ellos se bajó de su moto, entró al mismo y se dirigió a la mesa donde estaban Félix y Adriana.

—Saludos, camarada –le dijo el motorizado al criminólogo sosteniendo su casco en la mano.

—Saludos, compa –le contestó el aludido.

—Vengo a darle el parte solicitado. Hicimos una búsqueda por todo el estado Barinas y no ha habido ninguno de los nuestros que haya sabido del compañero en meses.

—Entendido, compa, muy agradecido.

—A su orden, camarada –concluyó el motorizado y salió del establecimiento.

—¿Quiénes son esos? –le preguntó Adriana a Félix mientras veía a través del cristal al grupo encender las motos y retirarse del sitio.

—Son Los Tamanares –le respondió este—. Están activos por todo el país por instrucciones efectuadas por el Viejo para apoyarnos en la búsqueda y en cualquier otra cosa que necesitemos.

Luego de esa parada obligatoria, continuaron su camino por la autopista José Antonio Páez. Casi tres horas más tarde llegaron hasta el estado Cojedes y se dirigieron a la finca El Consuelo. Un día antes de salir de viaje, Félix había anunciado su visita al gerente. Los estaban esperando y aun sin anunciarse les abrieron el portón principal, entraron con el vehículo y fueron recibidos por el propio Ruso en persona.

Después de la presentación de Adriana a Anthony por parte de Félix, este les dio una gira por los espacios de producción

ganadera y las áreas recreativas de la hacienda, los alojó en una de las mejores cabañas con todas las comodidades y antes de dejarlos solos los invitó a cenar y a tomar una botella de vino esa misma noche para darles la bienvenida. Toda esa hospitalidad radicaba en que ambos eran invitados de Papá Oso.

Aquella noche, después de una encantadora velada para los tres a la luz de las velas, una vez que cenaron y tomaron un par de botellas de vino, Félix le recibió un habano al Ruso, quien de paso se lo encendió e hizo lo propio con otro tabaco similar. Después de unas cuantas bocanadas de humo, el criminólogo sirvió tres copas de una nueva botella, se reclinó en su asiento y abordó al gerente de la hacienda.

—Compa, imagino que sabes a qué fue lo que vine —le expresó Félix.

—Pues tengo mis sospechas al respecto —le respondió el Ruso dándole una rápida mirada a la periodista.

—No te preocupes, hermano, ella es mi compañera. Todo lo que conversemos puede escucharlo. Es de mi absoluta confianza.

—Perfecto. Conversemos entonces.

—Listo, compa. Estoy aquí porque necesito información respecto a Sócrates Guzmán. Necesitamos conocer su ubicación exacta.

—Comprendo perfectamente. El único detalle es que desconozco su paradero.

—Eso me parece bastante difícil de creer, compa. Si no has hecho ninguna negociación recientemente con él, seguro que alguno de tus contactos debe haberte dicho algo.

—Todo el mundo sabe que Papá Oso lo está buscando, si alguno de sus conocidos supiera de él ya se lo habrían informado.

—Eso es correcto, el detalle está en los que no son conocidos ni amigos, de los cuales un buen número negocian directamente contigo y además te traen información.

—Es posible, el tema es que no es una información que yo ande buscando, además de que la credibilidad de este negocio se fundamenta principalmente en mi discreción.

—Sí, pero también en los contactos políticos que tiene el Viejo. Voy a ser completamente honesto contigo, más allá de que Papá Oso quiere ubicarlo, se trata para mí de un asunto personal.

—Te entiendo, pero de verdad no tengo esa información, compa.

—Pero pudieras conseguirla.

—Pudiera ser...

—Hagamos algo, te tengo una propuesta. Vamos a jugar un juego muy famoso, la ruleta rusa. Por supuesto que no con un arma, sino con tu teléfono.

—Pues, suena interesante. ¿Cómo es el juego?

—Yo voy mencionando una por una hasta a seis personas, tantas como las posibilidades del tambor de un revólver. Si tienes a las mismas en tu lista de contactos, los llamas aquí, de una vez, hablando en altavoz y les preguntas por Sócrates. Si algún número no lo tienes, no contestan o la persona no te da la información, será una recámara vacía. Pero si alguno te da la respuesta, el disparo habrá dado en el blanco. Después de seis intentos fallidos olvidamos el asunto. ¿Te parece?

—Listo, me agrada, ¡Juguemos!

—¿Tengo tu palabra de hombre que si tienes el contacto no lo vas a negar?

—¡Absolutamente! —sentenció el Ruso bastante animado por el alcohol.

Automáticamente, el Ruso colocó su teléfono celular inteligente sobre la mesa de cristal y lo hizo girar con la pantalla hacia arriba. El criminólogo sonrió, le dio una calada a su habano, soltó una humarada proveniente del mismo, con su mano derecha detuvo el giro del teléfono y mencionó el primero y único nombre que formó parte del juego.

—Douglas Martínez —soltó el criminólogo.

El rostro del Ruso se ensombreció. Inmediatamente dejó de sonreír y frunció el entrecejo.

—Esos no son juegos, compa —mencionó el Ruso—. Sabe que no puedo llamar a mi jefe para preguntarle eso.

—Tú sabes que no estoy jugando —respondió Félix con una seriedad mortal—. Sabes a quién represento. Nosotros necesitamos esa información y sabemos que tú la tienes.

—Me parece de muy mal gusto que me coloques en una situación tan incómoda. Pero bueno, así es la vida. Espero que esto no me traiga repercusiones porque a la hora de la verdad a mí no me protege absolutamente nadie. La velada ha terminado.

El Ruso se levantó de su asiento, se tomó el resto del vino que quedaba en su copa, la colocó en la mesa y caminó hasta la entrada del comedor. Se detuvo en el umbral, dio media vuelta e hizo una pausa antes de hablar.

—Ustedes saben cómo llegar hasta su cabaña, no necesitan que los guíe. Que pasen buenas noches. Por cierto, Sócrates

está encuevado en la península de La Guajira –dejó caer el Ruso justo antes de retirarse.

3

La siguiente parada en el viaje del criminólogo y la periodista fue en Caracas, la capital de Venezuela. Este era el lugar de origen de Félix, donde había nacido y vivido hasta los diez años de edad cuando su familia se había mudado al estado Mérida. Oriundo de La Pastora, una parroquia de gran patrimonio cultural cuyas casas y fachadas son de estilo colonial. Debido a que su padre se había separado de su progenitora cuando solo era un infante de tres años de edad, se había criado con su madre y sus abuelos maternos en el mencionado sector de la ciudad.

Mientras que por el lado de su abuela y sus tías eran testigos de Jehová, por el lado de su abuelo y sus tíos se profesaban comunistas. Se crió escuchando cánticos religiosos por un lado y canciones de Alí Primera por el otro, así como leyendo la Biblia, las revistas *Atalaya* y *Despertad* por una parte y literatura sobre Karl Marx, Friedrich Engels y el Che Guevara por la otra. Durante los primeros años de su vida la figura paterna por excelencia fue su abuelo José Díaz, conocido como Jota o Pajaloca en La Pastora. Cuando murió, Félix tenía apenas ocho años, y lo suplanta como modelo varonil su tío Carlos Díaz.

Carlos Díaz perteneció a las juventudes comunistas desde muy joven. Siendo tan solo un adolescente, luego del derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez, durante el mandato de Rómulo Betancourt –el primer período presidencial de la

llamada era democrática— estuvo detenido en el tristemente célebre Retén de Catia. La historia de la noche de su detención era increíblemente peliaguda, ya que aquella tarde un joven Carlos que contaba con dieciséis años, había llegado a su casa en La Pastora con dos fusiles AK-47 y su madre, la abuela de Félix, había aprovechado como estaban en obras de ampliación, para meterlos en la estructura metálica de una columna y vaciarles cemento encima ante la mirada atónita del muchacho. Esa misma noche los allanaron e igualmente lo detuvieron por posesión de literatura comunista.

Cuando su abuelo falleció, Félix se adueñó de su habitación. El hogar materno de La Pastora era una casa muy larga, con dos patios, una inmensa sala de estar, una cocina de iguales dimensiones, un sótano y una serie de cuartos a lo largo. El último de ellos, en ubicación y en construcción era el del viejo José Díaz. Ahí tenía su búnker personal para leer y fumar. Aunque su abuelo era carpintero y había estudiado hasta segundo grado, era un hombre muy culto, que leía demasiado e incluso daba clases de carpintería en una escuela técnica. De hecho, irónicamente había recibido la Orden Gran Mariscal de Ayacucho de manos del presidente Luis Herrera Campíns por sus méritos como docente, a pesar de ser un férreo opositor a ese y a todos los gobiernos de esa época. Al llegar a su casa del acto de premiación, su abuelo le regaló las medallas al pequeño Félix para que jugara con ellas.

Así, Félix descubrió un mundo totalmente nuevo en centenares de libros que tenía su abuelo almacenados en aquel cuarto. Aprendió a leer prácticamente en la Biblia por su mamá y con tan solo ocho años de edad lee por primera vez una novela

completa, *El Padrino* de Mario Puzo y se termina de enamorar de la lectura. Se muda entonces a aquella habitación y por años se dedicó a leer todos y cada uno de los libros de su abuelo. Además, su tío Carlos compartía con él anécdotas familiares en aquel espacio y durante muchas vacaciones fue su lugar de encuentro y complicidades, incluyendo la historia de los fusiles AK-47 que se encontraban precisamente en una columna de aquella habitación. Incluso hablaban de algún día sacarlos y restaurarlos, hasta que finalmente lo hicieron.

Félix conservó aquella habitación para su uso personal aun después de la muerte de su abuela y de que su familia se fuera a vivir a Mérida. Todas las vacaciones escolares las pasaba ahí, compartiendo principalmente con su tío Carlos. Y ya adulto siguió usando ese cuarto cada vez que viajaba a Caracas, manteniendo el mismo cerrado bajo llave el resto del tiempo. Un par de años después de la muerte de su madre, su tío lo convenció de sacar los fusiles y restaurarlos. Así que contrataron a una persona de confianza que acometió la tarea, picó el cemento, sacó los AK-47, se los entregó y finalmente restauró la columna de la habitación.

Félix, en aquel momento, le llevó los fusiles al Ruso en la hacienda El Consuelo, quien los mandó a limpiar, a restaurar y les proveyó municiones. El criminólogo y su tío entonces escogen uno para cada uno, llegaron a probarlos en un par de ocasiones y luego los volvieron a guardar bajo llave en la habitación de la casa materna en La Pastora, donde ocasionalmente se siguieron reuniendo una vez al año, continuaron contándose las mismas historias familiares y de vez en cuando sacaban los AK-47 de sus estuches para limpiarlos, cargar los

peines y descargarlos. Fue hasta la muerte de Carlos Díaz unos años antes de que Félix se casara, cuando pierde más que a un tío a un padre y hereda su fusil.

A Caracas, a La Pastora, a esa casa materna y específicamente a esa habitación fue que Félix llevó a Adriana para que conociera parte de su pasado, para contarle algunas de las historias de su familia y para buscar uno de sus fusiles, el cual iba a utilizar para cazar a Sócrates Guzmán. Sentado ahí en la vieja cama de su abuelo, rodeado por los mismos libros de siempre, recordando muchas cosas de su infancia y su adolescencia, el criminólogo soltó algunas lágrimas mientras limpiaba, engrasaba y cargaba las AK-47.

A la mañana siguiente, el criminólogo se dirigió a un sector justo al lado de La Pastora, llamado Puerta de Caracas, donde vivía Papá Oso. Ahí se reunió con el Viejo y con Julio mientras Adriana esperaba frente a la casa en el carro. Luego llevó a la periodista a un hotel de la ciudad capital, la dejó en la habitación, se despidió de ella y se dirigió manejando hacia la península de La Guajira a darle cacería al guerrillero.

4

Entrar a la península de La Guajira tanto por el lado venezolano como por el lado colombiano, se percibe como entrar a un país diferente. A pesar de que en ambos sitios existe una administración política territorial propia de las dos naciones, su idioma, su cultura y particularmente su idiosincrasia, hacen de los guajiros un pueblo apartado del resto de sus coterráneos. Y eso ha sido así históricamente.

Los guajiros fueron de los pocos habitantes originarios de la región que resistieron y vencieron a los invasores españoles durante la época de la conquista. En función de lo inhóspito del territorio donde habitan, de la agresividad con la que resuelven sus conflictos y de esa resistencia a mezclarse con personas de otras razas, lograron repeler la ocupación europea y mantener sus propias costumbres vivas hasta la actualidad.

Según cuenta la tradición, el propio nombre de Venezuela —la pequeña Venecia— fue dado al territorio por el explorador Américo Vespucio ante la visión de los palafitos, que son las pequeñas casas de madera construidas sobre el agua por los wayús o guajiros en la laguna de Sinamaica, debido a su parecido con la provincia italiana que también reposa sobre una laguna que lleva el mismo nombre de la mencionada ciudad europea.

Para los guajiros existe una ley no escrita que le da relevancia a dos elementos fundamentales, la sangre y las posesiones materiales, pudiendo ser valoradas la una en relación a las otras o viceversa. Es así como por ejemplo, un hombre que quiera desposar a una muchacha guajira debe pagarle una dote a sus padres, la cual será acordada con los mismos y puede ser cancelada en bienes tales como tierras, casas, vehículos, ganado, dinero o distribuida en partes o cuotas entre los diferentes recursos con los que se cuente. Por otro lado, cuando ocurre un hecho violento entre ellos mismos o con un extranjero, bien sea de manera intencional o accidental donde se considera que hay una ofensa, lesiones o hasta la muerte, según la magnitud del agravio se puede cobrar venganza o en su defecto negociar una retribución material con el responsable del suceso.

Además de ello, es importante destacar que si bien esa ley aplica tanto en las relaciones entre guajiros como con foráneos, su administración es mucho más agresiva cuando se trata de forasteros, debido al elemento histórico presente. De hecho, cuando Félix en su primera visita a la península le pidió a un guajiro que le tradujera exactamente la palabra *alijuna*, que es la expresión para denominar a los que no pertenecen a su raza, le respondió que significaba “la mierda que dejaron los españoles aquí”. Así de explícita fue su respuesta.

Las autoridades de ambos países, tanto las venezolanas como las colombianas permiten la aplicación de esas costumbres guajiras y se hacen la vista gorda con la mayoría de ellas. No obstante, cuando la violencia se sale de los límites, se ven obligadas a intervenir y en ese momento o incluso antes entran en escena también los *putchipüu* o “palabreros”, una especie de líderes con funciones parecidas a las de los abogados con todas sus competencias inherentes: acusadores, defensores y jueces, quienes median o negocian entre propios y extraños con el fin de llegar a acuerdos y solventar las disputas de la mejor manera posible para todas las partes implicadas.

Debido a ello, el criminólogo entró a La Guajira venezolana con la confianza de que Papá Oso había informado a Los Tamanares de la zona sobre su objetivo en la península, en el cual lo iban a estar apoyando y con la misión de solicitar el permiso a Wilber Epinayú, uno de los palabreros más ancianos y respetados de la zona, quien era el responsable del clan al que pertenecía Yarumí junto a su familia y dicho sea de paso le debía a Félix un favor personal. Para ello, justo antes de cruzar los límites del municipio se había colocado la pulsera que el

mismo individuo le había obsequiado. Dado que el guerrillero era un forastero es que existía la posibilidad de pedir permiso para capturarlo en dicho territorio.

Se reunió con el palabrero en su casa, donde se sentaron en la sala de estar y le brindaron chicha, una bebida típica de La Guajira hecha de maíz fermentado, el cual es triturado con un molino y almacenado por días en recipientes donde se produce su efervescencia. Después de los respectivos saludos y preguntas sobre el bienestar de la familia, Félix fue directo al grano.

—Con el debido respeto que usted, su familia y todos los wayús se merecen, estoy aquí para cobrar una deuda de sangre —le soltó el criminólogo—, contra un *alijuna* que está viviendo en su territorio.

—¿Quién es el *alijuna*? —le inquirió el palabrero.

—Es Sócrates Guzmán, la misma persona que nos presentó.

—¿Y qué le debe? ¿Puede arreglarse eso con algún negocio?

—Lo que nos debe no puede arreglarse con dinero. Aunque realmente no busco matarlo, solo quiero capturarlo y entregarlo a los vengadores de la sangre.

—¿Y si el hombre le presenta pelea?

—Puede llegar a ocurrir que lo mate, pero voy a tratar de evitarlo a toda costa.

—Siendo una deuda de sangre, los wayús no vamos a intervenir en el asunto mientras ninguno de los nuestros sea herido.

—Puede contar con que ningún wayú saldrá lastimado.

—Y con la policía se entiende su persona.

—Totalmente de acuerdo.

—Tampoco puedo asegurarle silencio. Su visita a esta casa ya debe saberla el *alijuna* o lo sabrá en poco tiempo y seguro lo estará esperando.

—También lo comprendo perfectamente. Una última consulta, amigo, ¿puedes decirme exactamente en dónde encuentro a Sócrates?

—Al salir de aquí sigues manejando recto hasta el final de esta calle. Luego doblas a la derecha y vas a empezar a subir una pequeña colina que rodea la laguna. Al final de la colina, justo antes de empezar a bajar, te detienes y vas a mirar las casas del otro lado que están dentro de la laguna. La más bonita, color rojo ladrillo, fue la que compró el *alijuna*. Ahí vive con nuestra hermana.

—No tengo cómo agradecerte tanta ayuda.

—Por la información y por no intervenir en el asunto queda pagada nuestra deuda.

—Estamos en paz.

—No todos los *alijuna* son hombres malos. El *alijuna* que buscas, quien era tu amigo, sí lo es. Deseo que seas tan ágil como la serpiente.

—Gracias, amigo —concluyó Félix estrechando la mano del palabrero.

Luego de esa entrevista, el criminólogo abordó el vehículo de alquiler con el que venía manejando desde el estado Mérida. Arrancó y se dirigió a la pequeña colina que el *putchipüu* le había dicho que debía tomar. Una vez en lo más alto de esta detuvo el carro y a simple vista miró la casa. Se bajó del auto y sacó unos binoculares para poder observarla con mayor detalle. Al afinar la visión de los mismos, distinguió a una persona que

se encontraba tendiendo ropa en el patio de la vivienda, una mujer vestida con una colorida manta guajira quien se hallaba visiblemente en avanzado estado de gravidez. Era nadie más y nadie menos que Yarumí.

A continuación, Félix arrojó los binoculares en el asiento del copiloto, se montó en el vehículo y comenzó el leve descenso hacia el conjunto de palafitos entre los que se encontraba la casa de Sócrates. Al llegar a donde empezaban los mismos se desvió a la derecha y estacionó el automóvil entre la maleza que nacía justo detrás de las viviendas y que se extendía en un frondoso y tupido bosque. Descendió del carro, lo trancó, se dirigió a la parte trasera, abrió el maletero, sacó el fusil AK-47 que le había pertenecido a su tío Carlos, se cruzó la correa del mismo sobre el hombro izquierdo, cerró el portaequipaje y comenzó a marchar hacia las casas empuñando el rifle automático.

El criminólogo empezó a caminar por la parte trasera de los palafitos, en el espacio que había entre los mismos y el bosque. A medida que avanzaba pudo observar algún movimiento de personas en los mismos. Mujeres y hombres que entraban o cerraban puertas y ventanas. Algunos niños que jugaban distraídos o se columpiaban en hamacas. Varios ancianos que se refrescaban a la sombra de algunos árboles, sentados en sillas o mecedoras.

En tanto que se fue acercando a la casa que compartían Sócrates y Yarumí, la adrenalina comenzó a bullir por todo su cuerpo y el corazón parecía que le iba a explotar. Repentinamente, como una sombra veloz salió el guerrillero de detrás de la esquina más alejada de su vivienda y corrió rápidamente de espaldas a donde se encontraba el criminólogo,

hacia la jungla. Tan imprevista fue la acción que a Félix no le dio tiempo de reaccionar y apenas se pudo percatar de alguna clase de fusil que también portaba su contrincante.

Sin lugar a dudas era una invitación a dirimir el conflicto en un territorio que le era muy favorable a Sócrates, tanto por su entrenamiento previo en la selva con las FARC en Colombia, como por su posible conocimiento del sector, amén de todas las eventuales trampas que pudiese haber preparado para cualquier atacante que tarde o temprano iba a llegar a buscarlo. Sin embargo, Félix sabía que no era el momento de retroceder. Así que haciendo un acopio de fuerzas pero teniendo la mayor de las cautelas, comenzó a volver sobre sus pasos y sin perder de vista el lugar donde había penetrado el guerrillero, avanzó en sentido diagonal y se adentró también en el bosque.

A pesar de su inexistente entrenamiento en tácticas de combate en la selva, el criminólogo recordó sus prácticas como estudiante realizadas en el Centro Penitenciario de la Región Los Andes donde tenía que analizar el área con sus probables peligros, mantenerse completamente alerta, ubicarse lo más cerca posible de las zonas de escape y tratar de interponer cualquier obstáculo entre sí y algún posible atacante. Así que optó por tumbarse al suelo y comenzar a reptar hacia donde suponía que estaba el guerrillero pero lo más cerca posible de la franja donde culminaba el bosque.

De esta manera, Félix se fue arrastrando muy lentamente, tratando de distinguir algún sonido divergente al de la jungla y de divisar la silueta de su enemigo en medio de la tupida maleza. A su vez, intentaba hacer el menor ruido posible, evitaba realizar movimientos bruscos que agitaran la vegetación

a su alrededor y mantenía todos sus sentidos aguzados. Sin embargo, a medida que iban pasando los minutos su percepción sensorial se fue adormeciendo, lo que significó una ventaja para su adversario, la cual fue aprovechada.

El guerrillero logró ubicar la posición de su cazador y comenzó a dispararle. El tableteo de la ametralladora sonaba a cierta distancia y las balas silbaban sobre la cabeza de Félix, cortando la maleza a su paso. Este rodó sobre sí mismo hacia su costado derecho, mientras disparaba su fusil en respuesta y cubrió su cuerpo con el tronco de un árbol grueso que se encontraba en el sitio. Las municiones de su enemigo comenzaron a incrustarse en la madera y a rebotar en el suelo a su alrededor, cuando de pronto se escuchó un chasquido metálico, seguido de una maldición a viva voz en cuello emitida por Sócrates. Justo en ese instante, el criminólogo supo que tenía una oportunidad.

Sin darse tiempo a pensar, Félix se levantó del suelo y corrió hacia el punto desde donde le habían comenzado a disparar. A unos treinta metros, entre la vegetación pudo observar a Sócrates tratando de destrabar su ametralladora. Cuando ya tenía recorrida la mitad de la distancia, el guerrillero levantó la mirada y se encontró con el criminólogo, que venía a toda velocidad apuntándolo con su fusil. Apenas vio el cañón oscuro que se acercaba, soltó su rifle y levantó las manos.

—Me rindo, compa —le dijo Sócrates.

—Yo no soy tu compa —le respondió Félix deteniéndose frente a él, jadeando pero sin dejar de apuntarlo.

—¿Qué piensas hacer, matarme? Tú no has sido entrenado para eso. No tienes las agallas para dispararme.

—En pleno combate tal vez sí, pero a sangre fría y desar-
mado, no. A menos que me des una excusa para hacerlo.

—¿Ves? Al fin y al cabo, somos muy parecidos. Por algo
hacíamos un buen equipo.

—En eso te equivocas, yo jamás he renunciado a mis
principios.

En ese momento Félix Segovia con un rápido movimiento
de manos volteó su AK-47 y golpeó fuertemente con la culata
a Sócrates Guzmán en la sien, quien cayó de espaldas al suelo
completamente inconsciente. Después de arrastrarlo por el
bosque hasta donde estaba su vehículo, lo ató, lo amordazó
y lo encerró en el portaequipajes del mismo. Dos horas más
tarde, se lo entregaba completamente despierto a Julio y a un
grupo de Los Tamanares que habían conducido una furgoneta
desde Caracas hasta un punto de encuentro en la autopista.

—Hoy te aplican el artículo dieciocho —le espetó Félix a
Sócrates mientras Julio lo subía aturdido pero completamente
despierto a la parte trasera de su vehículo de carga.

De esa forma, el criminólogo venció al guerrillero en su
propio territorio y con sus propias armas.

EL INTERVENTOR

*Pero si tengo la palabra tosca
con estas líneas turbias y sin nombre,
doblando las rodillas en el polvo
pido perdón a Dios... pero no al hombre.*

RAMÓN ORTEGA
VERDADES AMARGAS

1

La segunda visita del criminólogo al Solitario en el Centro Penitenciario de la Región Los Andes fue completamente diferente a la primera. En esta ocasión el privado de libertad fue quien esperó ansioso a su entrevistador, el cual se sorprendió al encontrarlo anticipadamente en la sala de entrevistas. Después de saludarlo, se sentó frente a este, sacó su libreta y comenzó a escribir en ella. En el momento en que iba a iniciar la conversación, el muchacho lo interrumpió para hacerle una pregunta.

—¿Hoy no piensa grabar? —Lo interrogó Josué Nieto.

—Tienes razón —respondió Félix Segovia sonriendo—, lo había olvidado.

A continuación sacó su grabadora, la encendió e inició el diálogo con el presidiario. Empezó por interrogarlo para llenar todos los datos propios de una ficha criminológica. Si bien al condenado, con toda seguridad, ya le habían llenado un instrumento similar al internarlo en la cárcel, el criminólogo quería realizar un trabajo en limpio y mucho más completo,

aprovechando el conocimiento que tenía del joven en función de la investigación que había hecho sobre sus antecedentes y de la buena actitud que estaba mostrando, amén de que ahora Josué comprendía que todo lo que le contara a Félix estaba resguardado por el secreto profesional.

De esta manera, el Solitario se extendió contando todos y cada uno de los actos delictivos que había cometido, desglosando incluso detalles de los mismos y describiendo hasta las agresiones en las que había incurrido ocasionalmente. En el momento en que llegó a la incursión en su apartamento, el criminólogo se empeñó en obtener hasta el más mínimo pormenor, observando cuidadosamente cada inflexión en su voz, cada reacción, contra reacción, transferencia y contratransferencia que dejaba entrever el muchacho.

—¿Por qué entraste a ese apartamento? —le preguntó Félix.

—Fue una tarea que me puso mi mentor —le respondió Josué.

—¿Sabías lo que debías sustraer?

—Sabía exactamente dónde estaba, cuál era su forma y tamaño, pero no qué es lo que era exactamente. Mi mentor conocía el lugar a la perfección. Yo nunca había entrado en el sitio, pero cada pared, cada mueble, cada columna, me las describió con total exactitud. Es más, me dibujó un plano perfecto del apartamento, el edificio y sus alrededores. Y el lugar donde estaba el objeto, inclusive con el detalle que estaba dentro de una caja y que era un aparato delicado, que se podía dañar si lo golpeaba.

A medida que el privado de libertad relataba todo el proceso de irrupción en su casa, Félix lo interrumpía para aclarar

elementos en los que tenía dudas o que simplemente quería tenerlos claros. Al llegar al instante en que se cruzó con su esposa fue particularmente incisivo con sus preguntas.

—¿Cómo fue que te topaste con esa persona?

—La verdad todavía no me lo explico. Ya había tomado el paquete, lo había guardado y me disponía a dirigirme a la habitación para salir por la ventana, cuando al voltear simplemente estaba ahí. Creo que sentí su respiración antes de tocarlo siquiera.

—¿Y por qué crees que era un niño?

—Por su tamaño y su talla. Era pequeño y delgado.

—¿Qué fue lo que hiciste entonces?

—Por puro instinto lo empujé con todas mis fuerzas y salí huyendo.

—¿Y no gritó, no se quejó?

—Para nada. La verdad es que yo he pensado en ese momento y creo que el niño o la niña no se había percatado de mi presencia. A lo mejor se había levantado para ir al baño, que estaba a un lado de la vitrina donde yo me encontraba parado y simplemente se tropezó conmigo.

—¿Y no crees que a lo mejor le hiciste daño?

—Pues no creo, más allá de algún golpe que puede haberse dado. Además, si hubiera pasado algo serio mi mentor me lo habría dicho y seguro me hubiera castigado por ello.

—¿Qué sabes de tu mentor hoy día?

—Nada. Desde el momento en que me atraparon robando la última vez, Segundo no se volvió a comunicar conmigo ni mucho menos vino a visitarme cuando me condenaron. Él me

había advertido que si eso volvía a ocurrir me olvidara de que podía contar con él para nada.

La entrevista continuó por varias horas en el mismo tono. Al terminar la mañana, Félix se encontró con la ficha criminológica más completa y sólida que había construido en toda su carrera. Además de ello, Josué parecía haberse liberado de un enorme peso que cargaba sobre sus hombros. Se veía tranquilo y en sosiego consigo mismo. Sin lugar a dudas había sido una jornada muy productiva. Sin embargo, ninguno de los dos tenía la intención que terminara. El criminólogo solicitó autorización para almorzar con el Solitario en aquel salón para continuar la jornada en horas de la tarde.

Después del almuerzo, donde conversaron de cosas triviales, Félix continuó entrevistando a Josué. A continuación procedió a desarrollar el familiograma del muchacho, con el escaso conocimiento que entre ambos pudieron armar sobre los parientes del mismo y sus antecedentes.

El familiograma es una representación gráfica que utiliza símbolos para armar el árbol genealógico de un individuo, tanto de forma ascendente como descendente e incluyendo el tipo de relación entre dichos familiares. Esta herramienta es de mucha utilidad para la criminología ya que permite ayudar a comprender muchas de las actitudes y comportamientos de la persona en función de los patrones de conducta repetitivos de su parentela y los vínculos con cada uno de los miembros de su familia.

De esta manera, uno de los factores de riesgo más relevantes a la hora del desarrollo de problemas de conducta a temprana edad, es decir de la delincuencia juvenil, es una relación

problemática o inexistente del joven con su progenitora. La figura materna cumple un rol fundamental en el niño y la niña para el desenvolvimiento de hábitos socialmente apropiados. Esto es particularmente cierto en el caso de los jóvenes del sexo masculino y dado que las cárceles están llenas de hombres, prácticamente esa relación es la clave del comportamiento criminógeno en el mundo.

Tal era el caso de Josué Nieto. Nunca había conocido a su mamá y puesto que esa carencia de la figura materna no puede ser sustituida ni por el más amoroso de los padres, la ausencia materna lo había marcado sobremanera. Cualquier detalle que generaba su evocación producía en el Solitario una tristeza profunda que lo hacía sentir completamente vacío.

En el ámbito religioso, el Solitario había sido criado por su padre en la religión católica, había aprendido a rezar todas las plegarias propias de cada tradición y a asistir a las homilias en la iglesia cada domingo. A pesar de ello, luego del fallecimiento de su progenitor y su posterior mudanza al estado Zulia, se había alejado de cualquier manifestación religiosa, hasta el punto de perder la costumbre de orar cada noche como lo hacía con su papá.

En cuanto a ideología política, su progenitor le había hablado aunque de manera muy vaga sobre el tema, siendo como lo era un hombre de campo abocado a las ocupaciones diarias propias de su estilo de vida. Sin embargo, la formación obligatoria con literatura de izquierda que le impusieron en la segunda etapa de su vida hizo que se formara un criterio muy particular al respecto, especialmente viendo la diferencia de lo

que la teoría predicaba con la práctica que su mentor y otros a su alrededor desarrollaban.

Todos y cada uno de esos elementos fueron ayudando al criminólogo a construir el esquema de trabajo con el que iba a impulsar la reinserción social del muchacho. Sabía que no iba a ser una tarea sencilla, debido particularmente a la doble moral a la que había sido sometido por las personas con las que se estuvo codeando después de la muerte de su padre, los cuales habían sembrado en él profundas discrepancias con los valores éticos y humanistas que eran indispensables en toda persona.

Al final de la tarde, una vez culminada una larga sesión de trabajo, el Solitario y el criminólogo se estrecharon las manos por primera vez. Ambos se encontraban inmensamente cansados pero profundamente satisfechos. Al privado de libertad lo había venido a buscar al salón de entrevistas un custodio que iba a escoltarlo hasta el pabellón donde pernoctaba. Cuando estaba por salir del mismo, el muchacho se detuvo por un instante y se volteó para decirle algo a su nuevo amigo.

Lo que le dijo, desde la experiencia del criminólogo era una muestra importante de que el Solitario había empezado su proceso de reinserción social con buen pie. De hecho, era una manifestación del segundo de los doce pasos que utiliza una de las organizaciones de control social informal con mayor porcentaje de éxito en la recuperación de sus adeptos, Alcohólicos Anónimos. Sin lugar a dudas, era una buena idea que el muchacho creyera en un poder superior que podía ayudarlo.

—Señor Félix —le expresó Josué—. Hoy, por primera vez desde la muerte de mi padre, tengo ganas de orar.

—Hazlo —le respondió el aludido—. Pide perdón por tus errores y suplica porque pronto puedas salir de aquí para cambiar tu vida.

—Así lo haré. Gracias.

—Nos vemos pronto.

—Con el favor de Dios.

2

La muestra más tangible que había recibido el criminólogo del cambio drástico de administración en el centro de reclusión andino, la advirtió como testigo presencial en una oportunidad que fue invitado a la prisión a un acto deportivo en conmemoración del aniversario de fundación de la penitenciaría. No solo fue el cambio de actitud de los privados de libertad, las muestras de obediencia al orden cerrado militar y el giro de ciento ochenta grados que dio la infraestructura física de la cárcel y sus alrededores, haciendo honor a la teoría criminológica de las ventanas rotas, sino lo más impresionante fue la visita al pabellón de máxima seguridad. Ahí, cuando le abrieron las puertas se consiguieron a los reclusos haciendo un taller para la creación de múltiples figuras de origami y al custodio a cargo completamente dormido en una de las literas de la sección.

Después de la época de “La Guerra” en el Centro Penitenciario de la Región Los Andes y del desmantelamiento de la banda criminal comandada por el Edwin, el Estado venezolano tomó el control en esa prisión e impuso un régimen militar que permitió mejorar la vida de los privados de libertad allí recluidos, así como darles garantías a sus familiares

del bienestar de estos. A ese nuevo escenario de reclusión fue que se enfrentó el Solitario cuando fue condenado a cinco años de cárcel.

Además del régimen militar que imponía el orden a rajatabla, existían diversas organizaciones y programas de control social informal que hacían vida dentro de la prisión. Los mismos iban desde Alcohólicos y Narcóticos Anónimos hasta religiones cristianas de las más diversas índoles, pasando por el Consejo Comunal del sector, los cuales abrían un abanico de posibilidades para los privados de libertad, para eliminar los vicios indeseados, aprender temas religiosos, hacer cursos sobre profesiones, manualidades y estudiar seglarmente para aprobar la primaria, la secundaria e incluso alguna carrera universitaria.

Al punto que todas las áreas verdes del centro de reclusión se encontraban sembradas con diversas hortalizas, verduras y frutas, con el trabajo, la supervisión y el mantenimiento de los propios reclusos. Además, se habían construido un conjunto de talleres que les permitía también aprender y ejercer labores de electrónica, orfebrería, carpintería, talabartería, manualidades, pintura y escultura, obteniendo así algunos beneficios económicos con los productos y servicios que lograban colocar en el mercado a través de las mismas organizaciones seculares y religiosas que se desenvolvían tanto internamente como fuera de la prisión.

De esta manera, el criminólogo se trazó un plan con el objetivo de darle una oportunidad al Solitario de hacer lo que más le gustaba. Para ello, solicitó permiso de las autoridades de la prisión y realizó una inversión económica importante. Se realizaron unos trabajos de construcción de un galpón anexo a

los talleres ya existentes, cuya obra civil incluyó el levantamiento de un horno a leña para cerámica de ladrillo y adobe, además de la fabricación de un torno de pedal para ser impulsado a pie, junto con todos los espacios y utensilios necesarios para la decoración y el secado de las piezas de cerámica producidas.

Regularmente, todas las semanas Félix iba al centro de reclusión a entrevistarse con Josué, conversaban, revisaban sus avances en los estudios que el muchacho había empezado y se trazaban nuevas metas personales a alcanzar para el joven. Durante la construcción del espacio para torneear, el primero le mantuvo oculto al segundo toda la actividad con la complicidad del personal de la cárcel hasta que se concluyeron las obras. Una vez finalizadas, el criminólogo lo llevó al nuevo taller de alfarería de la prisión. Cuando el Solitario entró al mismo y observó cuidadosamente todo el espacio, comenzó a llorar.

—¿Qué te parece? —le preguntó Félix.

—Es... es... —trataba de responder Josué, llorando y gimiendo.

—Tranquilo. Respira profundo.

—Es... es... bellísimo.

—Me alegro que te guste.

—Gracias... —expresó el muchacho sin dejar de llorar y dándole un abrazo al criminólogo.

—A tu orden. Como te lo prometí, ahora podrás dedicarte a torneear.

—Es lo mejor que han hecho por mí en muchos años.

—No te preocupes, esto es solo mientras estés aquí encerrado. Además, este taller de alfarería va a servir no solo para

ayudarte a ti, sino a muchos otros privados de libertad que quieran aprender este oficio y tú debes ser parte de su formación.

—Entiendo perfectamente. Así lo voy a hacer. Tornear le cambia la vida a cualquiera y aquí adentro todos necesitamos cambiar nuestras vidas.

A partir de aquel momento, a pesar de que Josué Nieto quería pasar todo el tiempo posible en el taller de alfarería, Félix lo ayudó a planificar y organizar sus actividades, dejando tiempo para continuar con sus estudios y cumplir con sus obligaciones dentro del centro de reclusión, incluyendo los ejercicios militares, el mantenimiento de ciertas áreas del penal y sin descuidar las sesiones semanales con el criminólogo, cuya práctica ejercían un efecto reparador en el Solitario, quien se había convertido en un individuo más sociable, menos introvertido y completamente enfocado en alcanzar sus metas y objetivos. Incluso en ocasiones se le veía sonreír con mucha más frecuencia que antes, especialmente cuando estaba trabajando con el barro, convirtiéndolo en utensilios e implementos de cerámica.

La apertura del taller de alfarería permitió también al Solitario desarrollar una nueva faceta desconocida por él mismo hasta ese momento. Comenzó a ejercer labores de instructor de otros privados de libertad, enseñándoles a moldear el barro, decorarlo y hornearlo. Dado que era un nuevo espacio para el desarrollo de habilidades, producción de artesanía y hasta generadora de recursos, en muy poco tiempo surgió un número importante de reclusos interesados en aprender, a quienes Josué Nieto les enseñó la faena con paciencia y dedicación.

En esta época también el muchacho retomó algunas de sus prácticas religiosas, manteniendo su inclinación hacia el

catolicismo a pesar de que las religiones evangélicas hacían una vida intensa dentro de la cárcel. Josué evitaba cualquier tipo de acercamiento con ellos y más bien prefería asistir a las misas ocasionales, rezar en los actos públicos y orar un par de veces al día arrodillado en la capilla del centro penitenciario.

Así pasó un año desde la primera visita del criminólogo al Solitario y un año y medio desde la sentencia al muchacho. Contando también los seis meses que había pasado detenido mientras era juzgado, Josué Nieto ya había cumplido dos años desde que había sido privado de libertad por el delito de allanamiento de morada y hurto, agravado por tener un antecedente en la misma actividad delictiva.

Luego de ese tiempo y en función de toda la ayuda y el apoyo recibido de parte de Félix, podía decirse que Josué se había adaptado mejor que nunca a su situación y a su nuevo estilo de vida. Finalmente, sentía que sus días eran productivos y que tenían un propósito. Además de que por fin podía dedicarse a tornear con muchísima frecuencia, enseñando a otros a hacer aquello que lo llenaba y que amaba hacer.

Sin embargo, desde el punto de vista criminológico, si bien era importante la adaptación del privado de libertad a las normas, la rutina y la vida dentro del centro penitenciario, también era fundamental que no perdiera la perspectiva de la vida en el mundo exterior, fuera de los muros de la cárcel. Félix Segovia decidió entonces que era el momento indicado para sacudir un poco las cosas en el nuevo mundo de Josué Nieto.

La primera vez que Josué salió del Centro Penitenciario de la Región Los Andes tras dos años de encierro, tenía muchos sentimientos encontrados. Por un lado, sentía alivio de dejar atrás aunque fuera por unas horas aquellos muros con sus reglas y su encierro. Sin embargo, por otra parte sentía una aprehensión profunda en su corazón, producida por el hecho de que ya se había acostumbrado a una rutina que estas nuevas salidas parecía que venían a cambiar. Además, Félix le había informado que iban a ser una vez a la semana, pudiendo incluso pernoctar una noche fuera de la cárcel bajo la responsabilidad del criminólogo.

Mientras el Solitario iba sentado en el asiento del copiloto y el criminólogo conducía su auto, el primero sintió incluso un poco de miedo ante la perspectiva de estar fuera de la prisión y la seguridad que había sentido durante los últimos meses en la misma. En ningún momento se le ocurrió la posibilidad de intentar escapar de su bienhechor, el cual le había demostrado querer ayudarlo y preocuparse por él sin interés alguno a cambio.

Aquel día el criminólogo y el Solitario pasaron buscando a la periodista y a su hijo mayor, Adrián, quien tenía la misma edad que Josué. El muchacho se encontraba estudiando una carrera universitaria como realizador audiovisual en la Universidad de las Artes. Después de que los presentaron, a pesar de que ambos muchachos tenían una personalidad introvertida muy similar, compartieron juntos como si se conocieran de toda la vida.

Luego de almorzar los cuatro, fueron a comer helados en un centro comercial y posteriormente al cine a ver una película. Al final del día cenaron, dejaron a Adriana y a su hijo en su hogar para luego ir a dormir en un hotel donde Félix alquiló dos habitaciones, una para él y otra para el muchacho. A la mañana siguiente buscaron nuevamente a Adriana, esta vez con sus tres hijos y compartieron un día diferente en la piscina de dicho hotel donde habían pasado la noche. Cayendo la tarde, el criminólogo volvió a llevar al Solitario y lo dejó en el centro penitenciario.

—No tengo palabras para darte las gracias —dijo Josué antes de despedirse—. Hoy he hecho cosas que jamás en mi vida había siquiera imaginado.

—No tienes que agradecerme nada —le respondió Félix—. Lo único que debes hacer es continuar con tu buen comportamiento y cumpliendo con los acuerdos a los que hemos llegado.

—Ayer cuando salíamos del centro penitenciario tenía mucho miedo. Hoy que estamos de regreso lo único que me hace agradecer que estoy de vuelta es que voy a tornear.

—Me alegra escuchar eso. Allá afuera hay muchísimas cosas buenas que ver y que hacer. Además de que hay gente que vale la pena conocer y también puedes montar tu propia alfarería.

—Con el favor de Dios.

A partir de aquel día, el Solitario comenzó a disfrutar de una salida semanal de veinticuatro horas para pernoctar fuera del centro penitenciario. El criminólogo aprovechó para coordinar con él las sesiones justo en esos días, de tal manera que pudieran conversar y discutir fuera de los muros de la prisión. Esto le permitía continuar ejerciendo sus otras funciones laborales,

que si bien habían pasado a un segundo plano, continuaban siendo importantes para él.

En algunas ocasiones pasaban tiempo junto a la periodista y sus hijos, en otras se dedicaban a trabajar en aspectos de la personalidad del muchacho que eran necesarios cultivar. Para ello, leían muchísimo y discutían las lecturas, hacían terapias psicológicas y de relajación, pero sobretodo hablaban demasiado, a veces hasta el amanecer.

Una de las rutinas que establecieron cada cierto tiempo consistía en subir caminando a alguna zona campestre. Siendo el estado Mérida una de las regiones con mayores espacios naturales en Venezuela, con montañas, páramos, el Parque Nacional Sierra Nevada y hasta con picos nevados ocasionalmente, se acostumbraron a caminar por muchos de estos espacios, incluso acampando. Esas salidas al campo eran particularmente reconfortantes para Josué, quien se había criado en un espacio rodeado principalmente de naturaleza.

Por otro lado, Josué entabló una buena amistad con Adrián, el hijo mayor de la periodista, con quien empezó a salir cada cierto tiempo también, compartiendo además con otros jóvenes contemporáneos y haciendo actividades propias de los muchachos de esa edad, como bailar, hacer deportes, asistir a conciertos y jugar videojuegos. El antiguo Solitario empezó a mostrar interés hasta por los equipos electrónicos, incluyendo las computadoras y los celulares.

Cada cierto tiempo, Josué Nieto comenzó a quedarse también en la casa de la periodista, volviendo a sentir un poco nuevamente lo que significaba el calor de un hogar, las comidas en familia y las tareas propias de dichos espacios, con las cuales

colaboraba en buena medida y de buen agrado, ganándose el cariño y el respeto de todos con los que compartía.

—Félix, tengo una inquietud. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Le inquirió un día Josué.

—Por supuesto, ¿qué es lo que te preocupa? —le respondió el criminólogo.

—Es que realmente no comprendo por qué razón nunca me has llevado a conocer tu casa.

—No le hagas mente a eso. El día que menos lo esperes te llevo para que la conozcas.

A pesar de tal respuesta, Félix Segovia sabía que todavía no era el momento para enfrentar a Josué Nieto con la verdad. Y quizás pasaría mucho tiempo más para ello. El objetivo del criminólogo era que el muchacho se estabilizara lo más posible emocional y espiritualmente, antes de que pudiera aceptar y entender las consecuencias de sus propios actos.

Así fue pasando el tiempo entre la prisión y las actividades extramuros Josué Nieto. Igualmente seguía enfrentándose a un sinnúmero de problemas propios de su edad y de su condición como privado de libertad. No obstante, cada día aprendía nuevas herramientas de resiliencia que le permitían sortear las dificultades y continuar creciendo como persona. Además de ello, ahora conocía a más personas que lo apreciaban y lo apoyaban además de Félix Segovia.

Muchas de las piezas de cerámica que Josué producía en la alfarería se las obsequiaba a sus nuevos conocidos y amigos. Otras las colocaba en varios mercados artesanales para turistas en el casco central de la ciudad de Mérida con la ayuda del criminólogo. Eso comenzó a generarle ingresos que iba

ahorrando para cuando saliera de la cárcel, gastando solo lo necesario para sus insumos personales.

De esta manera, transcurrieron seis meses más desde aquella primera vez que salió fuera de la prisión. El Solitario había alcanzado la mitad de su sentencia, por lo que podía solicitar una medida sustitutiva a la de la privativa de libertad, siempre y cuando tuviera a alguien que se hiciera responsable de él fuera de la prisión por el tiempo que le restaba de pena, tiempo durante el cual tendría que tener un régimen de presentación semanal para firmar un cuaderno en la prisión y garantizar así que no hubiera salido del estado sin autorización del juez que llevaba su caso.

En función de eso, Félix Segovia decidió aplicarle una especie de prueba de seguimiento a Josué Nieto con el fin de determinar su progreso y su capacidad de reaccionar tomando las decisiones adecuadas desde ahora en adelante, particularmente ante momentos de estrés o donde tuviera que escoger entre cometer actos indebidos, teniendo la oportunidad de hacerlo o viéndose sometido bajo presión a ello.

Para ello montó un escenario controlado, con ayuda de la periodista y su hijo mayor. Le hicieron creer a Josué que Adrián, el hijo de Adriana había dejado sus llaves dentro de la casa donde vivía, la cual tenía un balcón que parecía bastante accesible desde afuera de la vivienda. Lo único que tenía que hacer el muchacho era subirse por el mismo, entrar a la casa, encontrar las llaves y abrir la puerta para que él y su amigo pudieran entrar. Y el propio Adrián era quien se lo estaba pidiendo, es decir, que podía parecer algo completamente normal.

Sin embargo, Josué Nieto se negó completamente a hacer lo que su amigo le pedía. Insistió en que lo mejor era llamar a su mamá para que abrieran con su llave o en un último caso a Félix para que las buscara. Entonces Adrián le dijo que su mamá estaba ocupada, que lo llamara mejor a él a ver si podía ayudarlos.

—Aló —respondió el criminólogo su celular al segundo repique.

—Aló —le contestó el Solitario—. Félix, tenemos una situación complicada, ¿será posible que nos ayudes?

—Cuéntame, ¿qué les pasó?

—Lo que pasa es que a Adrián se le quedó la llave de su casa adentro y no podemos comunicarnos con Adriana para que nos haga el favor de abrirnos o de prestarnos la de ella.

—Yo estoy algo ocupado. ¿Qué otra opción tienen?

—Pues Adrián me dice que por qué no entro por el balcón de su casa que está relativamente a poca altura y de ahí paso a la sala, donde probablemente están sus llaves. Pero obviamente le dije que esa opción está negada.

—No te preocupes, sube por el balcón. ¿Quién puede darse cuenta? Además, te está dando permiso el propio Adrián.

—No, Félix, no hay ninguna emergencia. Nadie se está muriendo, nosotros podemos esperar.

—Vale, Josué, está muy bien. Tranquilo, que ya les llevo las llaves —concluyó el criminólogo colgando la llamada y sonriéndole a la periodista que estaba con él.

Después de esa última salida del centro penitenciario y de que el muchacho le hubiera dado evidencias irrefutables de cuánto había cambiado, Félix Segovia dejó a Josué Nieto por

última vez en la prisión. De ahí condujo por casi una hora hasta llegar a una de las urbanizaciones de clase alta de la ciudad de Mérida. Al llegar frente a una fastuosa quinta se bajó del vehículo y tocó el timbre de la vivienda del juez que llevaba el caso de Josué Nieto.

4

A pesar de haber conducido en infinidad de oportunidades al Centro Penitenciario de la Región Los Andes, incluyendo el día anterior, en esta ocasión todo parecía completamente diferente para el criminólogo. El paisaje se veía distinto, el clima se sentía extraño, hasta los muros, las concertinas y las rejas se presentaban ajenos, como pertenecientes a otro edificio. En esta circunstancia no se trataba de que Félix sintiera que condujera hacia su destino, el cual estaba seguro que ya lo había alcanzado y sobrepasado, sino más bien que se dirigía al inicio, al comienzo de algo nuevo. Y ni remotamente sentía miedo, más bien experimentaba algo similar a una ilusión, una esperanza.

Incluso los protocolos de seguridad en la entrada de la cárcel el criminólogo tuvo que cumplirlos con un desconocido; el sargento Romero tampoco estaba de guardia esa mañana. No obstante, parecía lo más apropiado para aquel día, todo debía ser completamente nuevo y diferente. En función de eso, no le pareció extraño que su amigo Leonardo Márquez tampoco se encontrara en el penal y tuviera que ser atendido por una mujer, la segunda al mando de los custodios, a quien no conocía. A ella le entregó la orden de excarcelación de Josué

Nieto firmada por el juez, donde se hacía responsable a Félix Segovia de la actuación del muchacho fuera de los muros de la prisión. Luego se sentó en la recepción a esperar, como un completo forastero del lugar.

Al Solitario lo fueron a buscar al pabellón donde pernoctaba y sin darle mayores explicaciones le solicitaron que tomara todas sus cosas porque iba a salir del centro penitenciario. Sin todavía comprender bien a lo que se referían, se quitó la braga color anaranjada de los condenados, se colocó un mono, una franela, se calzó un par de zapatos y se disponía a salir cuando el custodio que lo fue a buscar lo detuvo.

—Tienes que tomar todas tus cosas —le dijo el custodio—. Hoy te vas para la calle.

Aún sin asimilar bien lo que le acababan de decir, regresó a su litera de cemento y del cajón fabricado con el mismo material en el muro, tomó la poca ropa que tenía, sus utensilios de higiene personal y se dispuso a salir. Unos cuantos reclusos se acercaron, lo felicitaron y se despidieron de él. A continuación salió del pabellón escoltado por el custodio y atravesaron todo el pasillo caminando en dirección a la salida del penal. Justo en la entrada de la recepción, su acompañante le señaló una taquilla y le dijo al privado de libertad que esperara en ese lugar.

Mientras Josué esperaba, el custodio se dirigió a la parte lateral, abrió una puerta y entró a la oficina donde se encontraba la taquilla. Unos minutos más tarde el mismo hombre le entregó a través de la ventanilla su documento de identificación, algo de dinero en efectivo, un cinturón y la foto de su mamá.

Esta última, era su pertenencia más preciada y por ello la tenía plastificada para protegerla de que se dañara por el uso.

Luego de firmar y recibir sus cosas, salió escoltado a la recepción de la prisión, recibió la copia de su orden de excarcelación, vio al criminólogo sentado esperándolo y repentinamente lo entendió todo.

El criminólogo se puso de pie y el Solitario, quien sentía ganas de abrazarlo, cohibido por el lugar donde se encontraban, lo saludó solo estrechándole la mano. Cuando ya se disponían a salir de aquel recinto, Josué se acordó de sus piezas de cerámica y le dijo a Félix que quería buscarlas en el taller. Volvieron a llamar a la responsable aquel día del penal para realizarle dicha solicitud, quien se mostró de acuerdo con que el muchacho fuera a buscarlas en compañía de un custodio.

Después de girar algunas instrucciones, Josué se dirigió al taller de alfarería del centro penitenciario y salió cargado con un buen número de vasijas, jarras, ollas, platos en algunas cajas de cartón y con una inmensa sonrisa dibujada en su rostro. Félix tuvo que ayudarlo a cargar todas sus cosas para salir del centro penitenciario y colocarlas en el automóvil. Una vez acomodados y sentados, el muchacho se dirigió a su nuevo mentor.

—Este es el día más feliz de mi vida —le expresó Josué.

—Me alegro que te sientas así —le respondió Félix—. Espero que al final del día puedas expresar el mismo sentimiento.

—Con el favor de Dios, así va a ser. ¿Hoy voy a conocer tu casa?

—Casi con total seguridad, sí. Sin embargo, en este momento vamos a ir a otro sitio.

—¿Vamos a buscar a Adriana y a Adrián?

—No, hoy tenemos que conversar algo muy importante para el futuro de los dos.

El criminólogo se alejó conduciendo del estacionamiento del recinto penitenciario acompañado por el Solitario, quien no paraba de sonreír. Después de salir con el vehículo hasta la calle principal de San Juan de Lagunillas donde se encontraba la cárcel, bajaron hasta la carretera panamericana como siempre lo hacían, pero en vez de cruzar hacia la mano izquierda Félix tomó la vía contraria, como yendo hacia la ciudad de El Vigía. Era la primera vez desde que Josué había empezado a salir semanalmente del presidio que se dirigían en esa dirección.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Josué.

—Ya lo verás —respondió Félix—. Vamos de excursión a una zona completamente diferente, donde no has estado antes.

Así, los nuevos y ocasionales compañeros de viaje se dirigieron hacia la zona sur del lago de Maracaibo, el sector con el clima más caluroso de Mérida, con la única salida al mar que tiene el estado, una vegetación y una humedad completamente diferentes al resto del territorio meridiano. Casi cuatro horas después de abandonar el Centro Penitenciario de la Región Los Andes, llegaron a una región costera ya en el estado Zulia llamada Gibraltar, a orillas de una playa con un muelle abandonado, con los restos de un inmenso barco oxidado y destruido por el salitre, el agua, el viento y el sol, todo en medio de palmeras, cangrejos y gaviotas adornando aquel paisaje surrealista.

Después de estacionar el vehículo, Félix y Josué se bajaron, el primero tomó un bolso que traía en el asiento trasero. De él sacó una manta que colocó en la arena al pie de una palmera que les proveía sombra de un radiante sol que brillaba esplendoroso aquel día. Luego extrajo unas provisiones que también

había traído, se sentaron en la manta, comieron, bebieron y hablaron de cosas triviales mientras disfrutaban de la brisa marina y el paisaje. Finalmente, el criminólogo introdujo el tema de conversación que tenía pensado abordar.

—Lo primero que debes saber es que no fue sencillo encontrarte —comenzó diciendo Félix—. Al contrario, tuvimos que realizar una investigación exhaustiva por unos seis meses para conocer tu identidad.

—¿Por qué dices que tuvieron, quiénes participaron en esa búsqueda?

—Adriana y mi persona.

—¿Y por qué me buscaban?

—Te buscábamos sin saber quién eras, debido a un delito que cometiste por el cual no has sido juzgado, ni has recibido sentencia.

—¿Cuál delito?

—Uno de los que me contaste y describiste con lujo de detalles. Lo cometiste aproximadamente un mes antes de que te atraparan hurtando nuevamente.

—¿A cuál te refieres específicamente?

—Al allanamiento de morada que cometiste en un apartamento en el centro de la ciudad de Mérida, de donde extrajiste un dispositivo electrónico que no sabías siquiera para que servía exactamente. Resulta que esa es mi casa.

El muchacho comenzó a respirar aceleradamente y miraba con los ojos muy abiertos a quien consideraba su amigo y su nuevo mentor.

—Te voy a explicar cómo dimos con tu paradero —prosiguió el criminólogo—. Cuando descubrí que faltaba mi disco duro

de respaldo comencé a realizar una búsqueda minuciosa en mi apartamento de cualquier indicio de que alguien hubiera entrado sin mi autorización... y lo conseguí. Antes que me contaras cómo habías entrado por la azotea ya yo había conseguido las huellas de tus dedos en una ventana interna del edificio. Pero eso no fue lo único que conseguí.

Josué Nieto escuchaba en silencio a Félix Segovia mientras su cerebro trabajaba sin cesar, recordando lo que había hecho y elucubrando por qué el criminólogo lo había ayudado a salir de la cárcel para llevarlo a ese sitio.

—También conseguí a una testigo presencial de tu ingreso al edificio —continuó Félix—, que si bien solo te vio de espaldas me permitió comenzar a armar tu perfil físico y psicológico. Luego de ello, solo tuvimos que empezar a nutrir una lista con todas las personas que tenían antecedentes penales relacionados con allanamientos de morada, hurtos y con la misma forma específica de actuar que tú tienes. La completamos con los que salieron en las noticias y en las redes sociales, buscando los datos de cada individuo y finalmente comenzamos a descartarlos según el aspecto físico y la coartada de cada persona que investigábamos.

En ese momento de la historia el Solitario ya había recordado por completo el apartamento del criminólogo y lo que había extraído del sitio.

—Al final dimos contigo —prosiguió Félix—. Quizás si no te hubieran atrapado por segunda vez en tu vida, probablemente no te habríamos encontrado.

—¿Ese fue el apartamento donde empujé al niño? —preguntó Josué.

—Sí, pero no fue un niño a quien empujaste. Fue a mi esposa. Ella cayó de espaldas sobre una pequeña mesa de estar que se encuentra en el recibidor y se partió el cuello. No tuvo tiempo ni siquiera de gritar o de pedir ayuda.

La mandíbula de Josué Nieto se abrió por completo, sus labios comenzaron a temblar y un par de lágrimas brotaron de sus ojos.

—Todos los expertos y yo mismo pensamos que había sido un accidente —avanzó en su discurso el criminólogo—. No fue sino hasta que noté la ausencia de mi disco duro cuando se me ocurrió una hipótesis diferente.

El muchacho había bajado la mirada y sollozaba escuchando a su bienhechor. Sentía que algo dentro de él se acababa de romper.

—Por eso fui tan insistente contigo para que me contaras cada detalle del hecho —expresó Félix—. Ahora estoy seguro que ni tú mismo sabías lo que había pasado. Y eso me lleva a otra parte fundamental de la historia. Yo conocí a tu jefe de cuadrilla dentro de Los Tamanares.

Al escuchar eso, Josué Nieto volvió a levantar la mirada con los ojos llorosos más abiertos que nunca.

—José Segundo Toro —dijo el criminólogo—, conocido en los últimos tiempos por todos como Sócrates Guzmán, era considerado por mí como un amigo personal. Él mismo conocía mi vida, mi hogar y mi familia como casi ninguna otra persona y me traicionó. Tanto a ti como a mí nos destruyó por completo.

—¿Por qué él me mandó a robar ese disco duro de tu casa?

—Porque su compañera, Yarumí, conocida como la China, lo había dejado por otro hombre, el cual él sospechaba que había sido uno de mis casos... lo que resultó ser cierto. Ángel Carnevali conoció a la China un día que ellos fueron a mi oficina a llevarme una señora cuyo hijo tenía problemas de adicción, la señora María. Y desde ese día la China se había quedado prendada de Ángel. Cuando ella lo abandonó, Sócrates se da cuenta de que la única manera de conseguir los datos de ese hombre era obteniendo mi disco duro. Por eso te envió a hurtarlo.

—No puede ser... Segundo me salvó la vida cuando yo era solo un niño.

—Estoy seguro de que sí, yo mismo soy testigo de muchísimas cosas buenas que él hizo. Sin embargo, también hizo cosas terribles. Por ejemplo, mandó a asesinar a Ángel Carnevali, el nuevo compañero que tenía la China.

—Y me mandó a mí a entrar a tu apartamento para robar tu disco duro con el propósito de encontrarlo para matarlo.

—Así es. Pero ya él fue juzgado por sus compañeros de armas, según las normas que él mismo aceptó en su vida y que además les aplicó a otras personas, incluido tú.

—Félix, yo...

—Calla. Todavía no me digas nada, aún tienes que escuchar un par de cosas importantes.

—¿Todavía hay más?

—Sí, así es. Todavía hay más. Tengo que decirte también que yo conocí a tu padre y fue precisamente a través de Sócrates o Segundo, como tú lo llamas. Omar Nieto, el patriarca de las comunidades de refugiados colombianos en la Sierra de Perijá,

estado Zulia. Mejor conocido como Copete o el Alfarero. Solo compartí con él unos cuantos días, pero te puedo decir que era una extraordinaria persona. Me enteré de su muerte por ti, hace unos meses. Sócrates jamás me mencionó lo que le había ocurrido.

—Todas las cosas que me estás contando son increíbles, ¿de verdad conociste a mi padre?

—Sí, lo conocí y tengo prueba de ello. Lo tengo grabado en varios videos contando la historia de los asentamientos de refugiados colombianos y de cómo era la vida en ese lugar.

—¿Puedo ver esos vídeos? —preguntó Josué iluminándosele el rostro.

—Por supuesto que puedes verlos. Sin embargo, hay algo que quiero que veas primero.

El criminólogo tomó el bolso que había traído y sacó una *tablet*. La encendió, busco un video en específico, lo puso a correr y se la dio al muchacho para que lo observara detenidamente. Era el registro audiovisual de Albaguiomar Nieto, la hija de Copete, moldeando con sus manos una pieza de barro en el torno, mientras explicaba ella misma todo el proceso.

—También conocí a tu mamá —le soltó Félix.

—¿Qué... no... no... no... pue... no... puede... ser? —tartamudeó Josué sin dejar de llorar ni de mirar la pantalla de la *tablet*—. Es la primera vez que escucho su voz.

—Lo sé, Josué. Y tengo varios otros videos y fotografías de ella.

—Pero, ¿cómo la conociste?

—Fue en el mismo viaje que conocí a tu padre. Tengo que decirte toda la verdad Josué, Omar Nieto fue y siempre será tu

padre. Pero Albaguionar era su hija también. Él te crió cuando ella murió, supongo que dándote a luz.

—Pero no entiendo. ¿Ella era mi hermana?

—No, Josué, era tu madre. Yo tuve un romance con ella de una sola noche. Tu padre biológico soy yo.

En ese instante Josué Nieto levantó la mirada de la *tablet* y miró a Félix Segovia como nunca desde que lo conocía había hecho, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar y de ver en sus ojos si estaba diciendo la verdad.

—No tengo ninguna excusa al respecto —le expresó el criminólogo—. Lo que pasó con tu madre fue un hermoso desliz de una noche y la verdad es que supuse que no había pasado de ahí. Nunca Sócrates me habló de tu existencia y la verdad es que yo jamás volví al lugar donde ustedes vivían. La última vez que pregunté, hará cosa de unos diez años, Sócrates me dijo que las comunidades se habían desintegrado, que algunos se habían regresado a Colombia y la mayoría estaba viviendo en el estado Zulia, en Venezuela.

Eran demasiadas emociones, demasiadas nuevas verdades para procesar tan rápidamente por un muchacho de poco más de veinte años de edad. En un solo instante Josué se había roto y se había vuelto a recomponer. No obstante, el criminólogo sabía que era la única forma de enfrentarlo con la realidad y darle una nueva perspectiva a su vida. Ambos se quedaron en absoluto silencio por varios minutos. Al terminar de ver el video, fue Josué quien habló. Su voz temblaba al punto de parecer que se quebraría de un momento a otro.

—Félix —le dijo Josué—, tengo demasiadas emociones encontradas. Lo primero que quiero es darte las gracias por todo

lo que has hecho por mí. Ahora entiendo muchas cosas que la verdad no tenían sentido para mí. No tengo cómo pagarte que me hayas ayudado tanto en todos los sentidos y que ahora me traigas de nuevo a mis seres queridos para poder verlos y escucharlos. Hasta a mi madre a quien ni siquiera conocía. Me arrepiento con el alma de lo que te hice a ti y a tu esposa, sé que es algo que jamás voy a poder reparar pero te pido perdón desde el fondo de mi corazón. Solo espero eso, que algún día me perdones.

—Josué —le respondió Félix—, yo he aprendido en esta vida que todos tenemos nuestros aciertos y nuestros errores. Y que sin importar la inclinación política, si eres de izquierda, de derecha; o religiosa, seas católico, evangélico, musulmán, o la ideología que tengas, todos tenemos algo de bondad y algo de maldad en nuestros corazones. Lo que debemos intentar siempre con todas nuestras fuerzas es que seamos mejores personas con los demás, cada día. No te preocupes porque ya yo te perdoné y tú también tienes cosas que perdonarme a mí. Lo más importante es que te perdones a ti mismo y que sientas que ese Dios al que tu padre te enseñó a orar, tu Dios, el Dios de tus antepasados, también te perdona por tus errores.

—Creo que tienes razón en casi todo, solo que no tengo nada que perdonarte. ¿Crees que podrías acompañarme a orarle a Dios para pedirle perdón por los errores cometidos, como lo hacía con mi papá?

—Por supuesto que sí.

En ese instante, padre e hijo se abrazaron, se perdonaron mutuamente y se arrodillaron en la arena para pedir juntos por

el perdón de sus errores y para dar gracias por la oportunidad de tener un nuevo comienzo...

APÉNDICE

VERDADES AMARGAS

Yo no quiero mirar lo que he mirado
a través del cristal de la experiencia
el mundo es un mercado donde se compran
honores, voluntades y conciencia.

¿Amigos? Es mentira, no hay amigos
la verdadera amistad es ilusión
ella cambia, se aleja y reaparece
con los giros que da la situación.

Amigos complacientes solo tienen
los que disfrutan de ventura y calma
pero a cuantos abate el infortunio
solo llevan tristezas en el alma.

Si estamos bien nos tratan con cariño
nos buscan, nos invitan, nos adulan
mas si acaso caemos, francamente
solo por cumplimiento nos saludan.

En este laberinto de la vida
donde tanto domina la maldad,
todo tiene su precio estipulado
amores, parentesco y amistad.
El que nada atesora, nada vale.
En la reunión suele pasar por necio
y por nobles que sus hechos sean
solo alcanzan la burla y el desprecio.

Lo que brilla no más tiene cabida
y aunque brille por oro lo que es cobre,
lo que no nos perdonan en la vida
es el atroz delito de ser pobre.

La estupidez, el vicio y hasta el crimen
pueden tener su precio señalado.
Las llagas del defecto no se miran
si las cubre un diamante bien cortado.

La sociedad que adora su desdoro
persigue con su saña al criminal
mas si el puñal del asesino es de oro
enmudece... y el juez besa el puñal.

Nada humano es perfecto nada afable,
todo está con lo impuro entremezclado
el mismo corazón con ser tan noble
cuantas veces se encuentra enmascarado.

¿Que existe la virtud? Yo no lo niego,
pero siempre en conjunto defectuoso,
hay rasgos de virtud en el malvado
y hay rasgos de maldad en el virtuoso.

Cuando veo en mi paso tanta infamia,
manchándome la planta de tanto lodo
ganas me dan de maldecir la vida
ganas me dan de maldecirlo todo.

A nadie habrá de herir lo que aquí digo,
porque ceñido a la verdad estoy
me dieron a beber hiel y veneno
hiel y veneno en recompensa doy.

Pero si tengo la palabra tosca
con estas líneas turbias y sin nombre,
doblando las rodillas en el polvo
pido perdón a Dios... pero no al hombre.

RAMÓN ORTEGA
(1885-1932)

ÍNDICE

Nota editorial / 9

Presentación / 11

EL CRIMINÓLOGO / 19

LOS INVISIBLES / 51

LA GUERRA / 77

EL AMOR / 101

EL SOLITARIO / 123

LA PERIODISTA / 151

EL GUERRILLERO / 175

EL INVESTIGADOR / 207

EL JUSTICIERO / 233

EL INTERVENTOR / 257

Apéndice / 287

El criminólogo
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
Octubre de 2023





El criminólogo es un apasionante y cautivador *thriller* policíaco. El joven Félix Segovia comprende que su vida estará dedicada al estudio del comportamiento humano cuando, un buen día, un criminólogo visita el colegio donde Félix cursa el último año de bachillerato para dar una charla de presentación de la carrera criminológica, que apenas se iniciaba en el país. Ese día descubre, con asombro, a lo que se quiere dedicar el resto de su vida. Es así como Félix Segovia emprende su camino académico por la senda de la Criminología. Su carrera le hará tener una intensa vida profesional y personal, en medio de peligrosas situaciones en recintos penitenciarios, y relacionándose con la guerrilla colombiana y con grupos irregulares paramilitares. Su sagacidad y astucia lo conducen a dilucidar y ayudar a mucha gente con diversidad de conflictos, pero, principalmente, lo dirigirán a resolver la muerte de su esposa embarazada. Sin embargo, el cruel destino lo llevará a un inesperado desenlace.

OSCAR GUELLER (Caracas, 1977)

Criminólogo, investigador, docente y escritor. Egresado de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Penales y Criminológicas de la Universidad de Los Andes (ULA) y especialista en Seguridad Informática. En la actualidad se desempeña como presidente del Centro Nacional de Desarrollo e Investigación en Tecnologías Libres (Cenditel), un ente con injerencia nacional adscrito al Ministerio del Poder Popular para la Ciencia y la Tecnología (Mincyt). Investigador A1 certificado por el Observatorio Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (Oncti). Se ha desempeñado como docente en áreas como Tecnologías de Información y la Comunicación (TIC) y el Ciberdelito, en la Universidad Experimental de la Seguridad (UNES). Su ejercicio como investigador lo ha dedicado al estudio de las Políticas Públicas venezolanas en el contexto del ciberespacio, con diversas publicaciones en la materia en revistas científicas indexadas.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA